



---

---

---

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA  
SISTEMA DE UNIVERSIDAD ABIERTA

MEMORIAS DE LA VIOLENCIA EN EL CUERPO SOCIAL E  
INDIVIDUAL

TESIS:  
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA EN PSICOLOGÍA  
PRESENTA:

ALICIA SANDRA TOVAR JARDINEZ

DIRECTOR: DR. ALFREDO GUERRERO TAPIA  
REVISORA: MTRA. GUADALUPE INDA SAENZ ROMERO



MÉXICO, D.F

2010



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## AGRADECIMIENTOS

---

*A la Universidad Nacional Autónoma de México  
por haber cambiado mi vida al abrirme las puertas  
de esa gran casa de estudios*

*A mi director de Tesis, a ti Alfredo  
porque me hiciste soñar este proyecto,  
pero sobre todo creer que era posible hacerlo*

*A mi hija Kelly Patricia  
porque me hizo querer ser mejor madre,  
pero sobre todo mejor ser humano*

*A mi madre, Martha  
acariciaste este sueño largamente  
hoy por fin te lo entrego con amor, es tuyo*

*A mi padre, David  
por ese amor endemoniado que me tiene  
y por hacerme fuerte frente a la adversidad*

*A Boris, gracias a ti supe y conocí  
que otra clase de vida es posible  
pero sobre todo por tu amor y compañía.*

*Al Instituto Nacional de las Mujeres D.F.  
"Nahui Ollín"– Gustavo A. Madero,  
a su directora María del Carmen Saavedra y a todo su personal*

*A mis cinco mujeres entrevistadas,  
mujeres valientes y nobles  
sin sus historias este proyecto no hubiera sido posible*

*Igualmente a mis tres hombres entrevistados  
con sus relatos y sus historias  
fue posible evidenciar la perspectiva masculina de la violencia*

## AGRADECIMIENTOS

---

*A Bertha y al Dr. Víctor Manuel Silva García  
quienes fueron un apoyo imprescindible  
en los momentos difíciles de esta historia*

*A mi tía Mary, mi segunda madre  
por todo el amor y el apoyo  
que siempre me diste*

*A Carmen, casi una hermana  
porque siempre y en todo momento  
has estado conmigo de forma incondicional*

*A Yolanda y el Señor Raúl  
que con su bondad, amor y nobleza  
me hicieron creer que un mundo sin violencia es posible*

*Al Ing. Jesús González  
porque siempre me alentó a seguir adelante  
pero sobre todo por todo su cariño*

*Al Instituto Politécnico Nacional  
que me brindó la oportunidad de realizar este proyecto  
y ha sido elemental en mi vida personal y profesional*

*A mis revisoras y sinodales  
por sus comentarios, su apoyo  
y por darme la libertad para soñar y realizar este proyecto*

*† A mi maestra Pilar Alanís  
ya estás en un mejor lugar  
pero gracias a ti volví a creer en mí.*

*A toda mi familia Jardinez y Tovar  
ustedes son lo más importante que tengo  
los quiero y soy feliz de ser parte de ustedes*

*A todos mis amigas y amigos  
han hecho mejor mi vida en todo momento  
su apoyo ha sido esencial para concretar este proyecto*

# ÍNDICE

---

RESUMEN	1
INTRODUCCIÓN	2
MARCO TEÓRICO	7
CAPÍTULO I	
BREVE MIRADA DE LOS ESTUDIOS PSICOLÓGICOS ALREDEDOR DE LA VIOLENCIA	8
CAPITULO II	
LA VIOLENCIA AYER Y HOY	12
CAPITULO III	
LAS DINÁMICAS DEL PODER Y LA VIOLENCIA Y SU RELACIÓN CON EL CUERPO	16
CAPITULO IV	
MEMORIAS DE LA VIOLENCIA EN EL CUERPO SOCIAL	21
Huellas de la relación Estado y Violencia	26
Huellas de la relación Iglesia y Violencia	29
Huellas de la relación Instituciones de Salud y Violencia	31
Huellas de la relación Trabajo y Violencia	34
Huellas de la relación Instituciones Educativa y Violencia	37
Huellas de la relación Familia y Violencia	41
CAPÍTULO V	44
MEMORIAS DE LA VIOLENCIA EN EL	

# ÍNDICE

---

## CUERPO INDIVIDUAL

Los rostros de la violencia en la afectividad del Cuerpo Individual	47
Huellas de la vivencia violenta en las acciones del Cuerpo Individual	50
Las representaciones de la violencia en las Memorias del Cuerpo Individual	53
La violencia en las tradiciones y su impresión en el Cuerpo Individual	58

## CAPÍTULO VI

### MÉTODO

Preguntas de Investigación	62
Objetivos Particulares	62
Hipótesis	63
Participantes	63
Instrumento	64
Escenario	64
Procedimiento	65
Resultados	67

## CAPÍTULO VII

### RESULTADOS

68

## CAPÍTULO VIII

### DISCUSIÓN

96

## CONCLUSIONES

106

## BIBLIOGRAFÍA

110

## RESUMEN

El propósito fundamental de esta investigación es indagar las memorias de la violencia en el cuerpo social y el cuerpo individual, y su relación con las dinámicas del poder, así como las repercusiones que tiene esa vivencia en el cotidiano de los sujetos.

El tema surgió de una inquietud propia por comprender el problema de la violencia, su relación con el poder y las implicaciones que el acto violento tiene en todos los ámbitos de la vida humana, pero sobre todo, de la relación que ésta guarda con los vínculos por medio de los cuales interactúan el sujeto y la sociedad. Así también, de la necesidad de abordar el problema de la violencia desde la propia psicología, con un enfoque más social que individual.

La perspectiva teórica de esta investigación abarca diversos enfoques disciplinarios que guardan una relación directa con el tema que se desarrolló en esta investigación. Desde la Psicología, Freud, Melanie Klein, Pichon Rivière y Moscovici fueron muy importantes porque unen lo individual con lo social del sujeto; las nociones antropológicas y políticas se consideraron también esenciales, es así como Hobbes, Castells y Marx son abordados en este estudio; en la dinámica del poder y su relación con la violencia fue imprescindible integrar a Foucault; Bataille, Deleuze y Guattari con respecto a la conformación del cuerpo social; y por supuesto, Lacan y su figuración del cuerpo individual en el estadio del espejo.

La exploración del cuerpo individual se realizó a partir de entrevistas semi-estructuradas, tanto a hombres como a mujeres, de las que se obtuvieron relatos autobiográficos que permitieron hacer un análisis de la relación que guarda la experiencia de la vivencia violenta, con el sujeto, su entorno y su cotidiano.

Del análisis de las entrevistas se distinguieron la diferencia de las memorias en el cuerpo individual y el social debido a la vivencia de la experiencia violenta, cómo se guardan dichas huellas en ambos cuerpos, la relación que guardan con la dinámica de poder y las consecuencias que el acto violento conlleva para las personas.

*Palabras Clave:* Cuerpo social, cuerpo individual, violencia, poder y memoria.

## INTRODUCCIÓN

Uno de los propósitos de esta investigación es contribuir al desarrollo de una comprensión más integral al fenómeno de la violencia, para ello fue necesario establecer su relación con las dinámicas del poder, la forma en que se imprime en las memorias del cuerpo individual y social, así como las repercusiones que esta *huella* tiene en el presente inmediato y futuro del cotidiano de las personas.

Una comprensión integral significa relacionar las complejidades del cuerpo individual y del cuerpo social, para lograr esto, fue muy importante partir de la certeza de que las personas que son consideradas como violentas proceden de un contexto social que es introyectado en la individualidad de su ser en forma de normas, ritos, costumbres, tradiciones, etcétera, y en las que el lenguaje tiene un papel preponderante. Para ello, fue esencial asumir una postura crítica durante el análisis de la cultura y la sociedad a la que pertenezco, así como del papel que juega mi profesión en el problema de la violencia; y a su vez establecer un lazo de comunicación con los entrevistados de este proyecto que les diera la certeza y la confianza de que sus relatos tienen un fin de investigación, que son confidenciales y que no se iba a emitir ningún juicio de valor, condena, etiqueta o solución propia durante el proceso de la entrevista.

Por comprensión entiendo abrir la posibilidad a nuevos caminos de investigación, desarrollo e indagación en torno a los fenómenos que se viven en el cotidiano, uno de ellos es la violencia, problema que en la actualidad ha crecido de forma acelerada y en el que cultura ha contribuido mucho en su invisibilización, justificación, legitimación y desensibilización. En todo el mundo el fenómeno de la violencia es un hecho que determina las vidas institucionales, sociales, colectivas e individuales de los sujetos; y México no es una excepción, sino más bien un claro ejemplo de que esta problemática puede rebasar por mucho los causes institucionales, llegando a causar lesiones graves en el tejido social, pero sobre todo en el individual.

Analizar las memorias de la violencia en los cuerpos individual y social permite abordar el tema desde una perspectiva poco explorada, pero que en lo personal, sirvió para redimensionar dicho fenómeno. Del análisis de las memorias se logró derivar el vínculo que guardan las vivencias de la violencia en ambos cuerpos, así como la forma en que se imprime la huella en los mismos y el conflicto que se origina de la incongruencia o falta de compatibilidad de dichas memorias.



Podemos decir que este proyecto es tan sólo un intento por integrar los muy diversos enfoques tanto disciplinarios como teóricos de un fenómeno por todos conocido y del que irónicamente pareciera saberse muy poco. A partir del desarrollo de esta investigación, nos enfrentamos a la complejidad que constituye el fenómeno de la violencia, ya que atraviesa el largo del cuerpo social y por consiguiente al cuerpo individual; sin embargo, coincidimos al igual que otros autores, de que se trata de un problema directamente vinculado a una historia y temporalidad, no sólo de la época sino también de la sociedad y su cultura.

La compleja red en la cual se llevan a cabo los actos violentos se teje a partir del dolor y sufrimiento de la persona que la padece, pero también, de la forma en que está vivencia es asimilada, introyectada, normalizada y regresada al cuerpo social en modo de un impacto nunca terso y del cual se derivan las diversas dinámicas por las que la violencia se mueve y forma parte del cotidiano social, a veces de manera casi invisible. El espiral de la violencia no es otra cosa que la respuesta exacerbada de los actores sociales e individuales a un mundo cada vez más violento, en el que pareciera que la única manera de sobrevivir es por la vía de la aniquilación, eliminación, negación, anulación y/o dominio del otro, que garantice la propia seguridad y superioridad necesarias para una guerra que ha sido gestada en las calles de asfalto.

El problema que dio origen a esta investigación fue la necesidad de integrar, violencia, cuerpo, memoria, individuo y sociedad en un mismo enfoque, desde nuestra perspectiva, el fenómeno de la violencia conlleva graves daños psicológicos no sólo al individuo, sino a todo su contexto inmediato que forma parte integral de la sociedad. Es por ello que para lograr una comprensión más completa de este problema y sus relaciones e implicaciones con el cuerpo individual y social, fue necesario integrar una investigación que abordará e integrará enfoques y perspectivas de diversas disciplinas, así como, los variados puntos de vista, reflexiones y explicaciones que se han desarrollado y que involucran de manera implícita o explícita las dimensiones mencionadas con anterioridad.

La hipótesis central de esta investigación puede resumirse así: la vivencia de la experiencia violenta imprime tanto en el cuerpo individual como social memorias, las cuales afectarán toda relación presente y futura que se establezca entre ambos cuerpos.

Diversas disciplinas han situado el problema de la violencia en el individuo; la biología y sus explicaciones del papel de agresión en las especies con fines de supervivencia; el psicoanálisis con la relación que establece entre el placer, el

---

ejercicio de la violencia y las pulsiones de vida y muerte de Freud; la antropología en el vínculo entre la vida del hombre primitivo y el estado de bienestar; etcétera. De igual forma se han desarrollado estudios en torno al contexto social como las dinámicas del poder de Foucault, los estudios del género como construcción social, las estructuras políticas y sociales, las relaciones de producción, el capitalismo, el neoliberalismo, la globalización, entre muchas otras.

Pero sin duda alguna, son los estudios integrados, es decir, los que constituyen su objeto de estudio desde ambas perspectivas, individual y social, los que han dado origen a mejores modelos de entendimiento y comprensión de la violencia.

Los ejes que guiaron el desarrollo de este estudio son: a) el cuerpo individual abordado de forma empírica por medio de los relatos autobiográficos parcialmente integrados en esta investigación, así como del desarrollo teórico de los diversos aportes en torno a las dinámicas corporales individuales; y b) el cuerpo social explorado a partir de los trabajos que diversos enfoques disciplinarios han realizado desde la perspectiva social.

Los relatos autobiográficos de los sujetos permitieron dar cuenta de los vínculos por los cuales el individuo interactúa con el exterior y que forman parte de las memorias de su cuerpo individual y que sin duda alguna, afectan toda interacción futura de la persona con el cuerpo social. Del análisis de los relatos se encontraron cinco formas principales de vinculación del sujeto con el exterior: cuerpo, afectividad, acciones, pensamientos y creencias; los cuales conciben la memoria psico-afectiva-emotiva del cuerpo individual derivada de la vivencia de la experiencia violenta.

Esta memoria del cuerpo individual nos permitió situar la composición de la memoria del cuerpo social ante el fenómeno de la violencia, integrada en forma histórica-normativa-estadística. Esta diferencia entre las memorias de ambos cuerpos, genera una incompatibilidad que causa graves daños al sujeto y al tejido social, pero sobre todo, que contribuye enormemente a incrementar el fenómeno de la violencia.

La investigación que aquí se presenta está dividida en cinco capítulos principales que abordan el objeto de estudio desde distintos ángulos, pero que están íntimamente ligados al fenómeno de la violencia, el cuerpo social, el cuerpo individual, así como las consecuencias individuales y sociales que se derivan de su interacción.

En el primer capítulo se expone muy brevemente, la posición preponderante que se ha mantenido en Psicología con respecto a la violencia centrada principalmente

---

en el individuo y su lógica postmodernista. De igual forma, se incluye una breve descripción de otros enfoques psicológicos más sociales que encuentran la importancia de integrar lo individual con lo social, como son los estudios de Melanie Klein y Pichón Rivière.

En el segundo capítulo se incluyen algunos estudios y teorías que han desarrollado sobre el fenómeno de la violencia a lo largo de la historia de la humanidad, desde Hobbes y su perspectiva antropológica del ser guerrero en los pueblos primitivos; Deveraux y su noción de esclavo-amor ubicado durante el proceso de conquista de los pueblos; los enfoques más actuales en los que Elsa Blair ubica principalmente tres tipos: estructural, cotidiana y de entretenimiento; y por último las posturas institucionalizadas ante de la violencia, como es el caso del Gobierno de Distrito Federal y su Ley de Acceso a las Mujeres a una Vida libre de violencia.

El capítulo tercero plantea la diferenciación y relación entre el poder y la violencia, así como su relación con la conformación de los cuerpos individual y social. Foucault y su noción de micropoderes integrados en la configuración del cuerpo, Freud y el sistema de dominación interno en el propio aparato psíquico, Delahanty como un principio panóptico que maneja espacios y tiempos en las relaciones de dominio-sumisión. Posteriormente se expone la relación entre poder y la violencia que da origen al acto violento como: la noción hobbesiana del uso legítimo del monopolio de la violencia del Estado, los lazos que guarda con la cultura, el cotidiano y las dinámicas del placer emergidas de las pulsiones de vida y muerte de Freud.

En el cuarto capítulo se desarrolla la dimensión de cuerpo social, su conformación, sus memorias y su influencia en la configuración del cuerpo individual. Para ello incluimos a Hobbes y su concepción del gran hombre artificial o Estado; Marx y los sistemas productivos del sistema económico hegemónico; Foucault y los saberes institucionales del cuerpo; Bajoit y el gran ISA (el gran Individuo, Sujeto, Actor); y por último, Deleuze y Guattari y el cuerpo sin órganos o máquina deseante.

La conformación del cuerpo social en esta investigación quedó integrada por el Estado, la Iglesia, las Instituciones de Salud, el Trabajo, la Escuela y la Familia, cada uno de estos elementos es desarrollado en subcapítulos referentes a su estructuración, función y sobre todo a su vinculación en la configuración del cuerpo individual.

El último capítulo de esta investigación corresponde al desarrollo de la dimensión del cuerpo individual, su estructuración, la forma en que se vincula con el cuerpo social, las *huellas* que de esta relación se derivan, así como las repercusiones que

---

impactan tanto al sujeto en sus futuras vivencias, como a las memorias del cuerpo social y a las interacciones que éste establece con las instituciones sociales a lo largo de su vida cotidiana.

El cuerpo individual es desarrollado principalmente desde las concepciones de Lacan en relación al estadio del espejo y el Otro, Foucault y el cuerpo como producto de los saberes y poderes ejercidos sobre él, y Deleuze y Guattari como el cuerpo-objeto.

Los vínculos que se distinguieron en la relación cuerpo social-cuerpo individual en el análisis de esta investigación son: corporal, afectivo, en las acciones, ideológicos y de las tradiciones; los cuales representan las formas en que el sujeto se relaciona con su ámbito externo conformado por el Estado, la Iglesia, las Instituciones de Salud, el Trabajo, la Escuela y la Familia. En todos estos contextos existen relaciones de dominio que el sujeto deberá introyectar a fin de poder convivir en sociedad y de las que se desprenden dinámicas violentas que afectan su *ser* individual y por ende al cuerpo social del cual forma parte.

El principal hallazgo de esta investigación está representado por lo que denominamos una incompatibilidad de las memorias de ambos cuerpos, que causan un malestar en el sujeto y una aparente falta de comunicación entre el individuo y su sociedad, mientras en la persona se advierte una manifestación psico-afectiva-emotiva derivada de la vivencia de la experiencia violenta, en lo social se percibe una tendencia que pretende “normalizar” esa expresión. Es la imagen de un mundo en la que nadie escucha a nadie y el todo social busca imponerse a cualquier precio y en todo lugar a la masa, descartando completamente lo individual, es decir, al sujeto mismo.

Por último me gustaría agregar que el camino de la no violencia siempre será mejor al de la violencia, el secreto está en descubrirlo, en trazarnos nuevas estructuras de pensamiento que permitan relacionarnos con los demás desde la comprensión y el amor, en creer que un mundo sin violencia es viable, cualquier sueño es posible si nos empeñamos todos en hacerlo realidad.

# MARCO TEÓRICO

CAPÍTULO I

BREVE MIRADA DE LOS  
ESTUDIOS  
PSICOLÓGICOS  
ALREDEDOR DE LA  
VIOLENCIA

## CAPÍTULO I

### BREVE MIRADA DE LOS ESTUDIOS PSICOLÓGICOS ALREDEDOR DE LA VIOLENCIA

En psicología se ha abordado el problema de la violencia principalmente de forma individual, omitiendo ciertos enfoques psicológicos, algunos por completo y otros menos, lo social. Algunos investigadores atribuyen este aparente abandono de la perspectiva social de la Psicología precisamente a la cultura y a las formas de pensamiento que ésta genera en el individuo, sumado a que en la actualidad existe una tendencia a pensar que la gente quiere efectos concretos, rápidos y que le impliquen el menor esfuerzo posible, razón por la cual se han originado técnicas como el análisis transaccional, terapias de la conducta y guesálticas, control mental, potencial humano, bioenergética, neurolingüística, entre otras, centradas en el individualismo imperante de la sociedad postmoderna que considera relevantes los temas de crecimiento personal, superación y autoayuda.

Estas propuestas se inscriben dentro de un marco domesticado, es decir, “acríticas respecto a las condiciones culturales, económicas, sociales y políticas productoras de las situaciones que pretenden modificar” (Guinsberg, 2000: 13); según Baramblitt, citado por Guinsberg, “están destinadas a administrar los efectos de la anormalidad, la vulnerabilidad, el desvío, la desagregación, la desinserción, la marginalización, la clandestinidad, la reclusión y hasta la eliminación... que el sistema dominante induce a contingentes cada vez mayores de la población mundial” (2000: 13). En general estas técnicas funcionan para exculpar aunque sea por simple omisión, al marco social de toda responsabilidad y se centran en los objetivos “propios del individualismo, es decir, al desarrollo de la capacidad competitiva, a la auto-suficiencia, a la desculpabilización, al auto-control adaptacionista y exitista, etc.” (2000: 14).

Otros esfuerzos en el mismo sentido son las basadas en el concepto de resiliencia, que Pepa Horno define como la capacidad del individuo para recurrir a personas o recursos externos que le permitan afrontar el sufrimiento y sanar el daño infligido (2009: 100) ¿pero qué acaso no fue el mundo externo el que infligió el daño?, y ¿quiénes serían las personas o recursos externos correctos a los que el sujeto podría acudir?, más allá todavía ¿quién los define como correctos?

Dentro de las técnicas de modificación de la conducta existen diversas variantes basadas, precisamente, en el “control” como son: desensibilización sistemática,

---

exposición, operantes, procedimiento de modelado, condicionamiento encubierto, aversivas, BIOFEEDBACK, entrenamiento en habilidades sociales, autocontrol, reestructuración cognitiva, habilidades de enfrentamiento, resolución de problemas, sólo por mencionar algunas de las que integran en su libro José Olivares y Francisco Méndez (2001: 11-16), pero ¿por qué es necesario controlar la conducta?, ¿quién y para qué la controla?, ¿quién determina que es necesaria una modificación?, lo dicho por Guinsberg podría darnos un pequeño atisbo y mostrarnos la punta del iceberg que respondería a dichos cuestionamientos.

Desde la perspectiva psicoanalista el nivel introspectivo es mucho mayor en cuanto al análisis individual, sin embargo, está centrado, al igual que las otras técnicas mencionadas, en el sujeto; lo social sólo existe como medio de explicación o guía del fenómeno psíquico para la comprensión del mundo interno y sus demandas hacia el afuera. Lo anterior se suma a las limitaciones que se derivan de una clase de psicólogos que en muchas ocasiones se sienten parte de un status quo al que no cualquier mortal merece la oportunidad de pertenecer, algo así como un narcisismo del propio psicoanalista.

En países como Francia, se han desarrollado los mayores aportes que vinculan la psicología del individuo y la relación que ésta guarda con el mundo exterior, por lo que cualquier esfuerzo que haga nuestra disciplina, en este sentido, tendrá que tomar en cuenta el aspecto social como parte integral de la subjetividad de la persona. Touati refiere en su libro “Violences: Penser, Agir, Transformer”, que los terapeutas que han hecho intervenciones en torno a la problemática de la violencia se han encontrado con una serie de obstáculos que muestran que el vínculo del sujeto con su contexto social es indisoluble, ya que existe una tendencia en las personas violentas a negar, ignorar o guardar en secreto sus acciones, una dificultad en el agresor a identificar su comportamiento como violento, puesto que forma parte de un sistema de creencias, cultural y simbólico propio de su cultura, por lo que no es posible diseñar una intervención en torno a dicho problema, sí primero no existe una toma conciencia por parte del sujeto del daño que sus acciones conllevan (1994, 70).

La Teoría de Melanie Klein es otro esfuerzo de la psicología por integrar la dimensión social a la comprensión del individuo, su técnica está basada precisamente en la reelaboración del vínculo de la historia personal del individuo con su pasado, su historia, los objetos arcaicos y sus significaciones, refiriéndose a ese pasado y esta historia como la relación del sujeto con el “mundo exterior”, referido por Jorge Galeano (1997: 68).

---



Otro avance importante en este sentido son las aportaciones de Pichon Rivière a la psicología social, a partir de dinámicas grupales éste encuentra que es posible descubrir las representaciones que tienen los sujetos sobre el cuerpo social, así como generar una conciencia que cuestione ese mundo exterior pero de una forma activa, es decir, que el sujeto identifique las posibles fuentes del problema y que a su vez, se sitúe como parte del mismo. En Argentina, la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo diseñó un Grupo RED basado en las teorías de Rivière, que tenía por objetivo que los sujetos hicieran cuestionamientos de las instituciones y los criterios de salud mental y descubrieron que este tipo de terapias era muy eficiente y servía como indicador de la necesidad de cambio institucional (Bello, 1997:57-58).

España ha sido otro de los países que ha incorporado dicha noción social a sus técnicas y terapias de prevención e intervención, un ejemplo importante son las terapias sistemáticas focalizadas primariamente no en el mundo interno de las personas, sino en sus relaciones, es decir, nuevamente el vínculo como forma primigenia de comprender la compleja problemática del cuerpo individual y su relación con el cuerpo social.

A pesar de que la psicología ha demostrado un mayor interés por el fenómeno individual en relación a la violencia, es importante mencionar que existen aportes como los anteriores, que reconocen la trascendencia del contexto social en los actos violentos de los sujetos.

A fin de continuar con el argumento de esta investigación es importante integrar al mismo, una breve perspectiva de la violencia como fenómeno histórico y cultural de la humanidad.

## CAPÍTULO II

# LA VIOLENCIA AYER Y HOY

## CAPÍTULO II

### LA VIOLENCIA AYER Y HOY

No es la intención en este capítulo referido al marco teórico de la investigación, hacer un recuento histórico de la violencia, ni plantear un panorama de la multiplicidad de estudios que hoy día existen dentro de las diversas disciplinas científicas que pretenden comprender dicho fenómeno; sino ubicar una serie de puntos que permitan dirigirnos a los ámbitos que nos interesan remarcar aquí, en relación a las memorias o *huellas* de la vivencia violenta en los cuerpos individual y social, así como situarlos en un contexto propio y en los momentos presentes.

Una mirada rápida y salteada en la historia nos muestra que la violencia es y ha sido un fenómeno predominante desde muy antiguas épocas. Clastres, refiriéndose a Thomas Hobbes, menciona la mítica figura del guerrero: “imagen tan dominante como para inducir a una constatación sociológica: las sociedades primitivas son sociedades violentas, su ser social es un *ser-para-la-guerra*, es decir, el rasgo distintivo de la condición natural de los hombres antes de vivir en sociedad, es la “guerra de todos contra todos”, (2004: 10).

Clastres puntualiza que existen textos muy antiguos como *La Guerre dans la sociétés primitives*, de Maurice R. Davie, en el que se señala que no ha existido ninguna sociedad primitiva que escapara a la violencia, sin importar su modo de producción, sistema tecno económico o entorno ecológico. Para Devereux, referido por Touati, las crisis históricas y sociales van unidas al “narcisismo de la pequeña diferencia” (1993: 10), es decir, a la necesidad que tenían las etnias de reafirmarse por medio de la diferencia que más tarde derivaría en una dialéctica de amo-esclavo.

En el caso del continente americano, durante la conquista fueron colonizados no sólo territorios, sino también estructuras sociales, en palabras propias de los conquistadores, los pobladores de los nuevos territorios no eran más que “una pandilla de caníbales, sin ciencia, sin tecnología, sin organización social... Una horda gobernada por costumbres salvajes, extrañas e ininteligibles” (Bifani-Richard, 2004: 180), los visualizaban como un algo “*sin*” al que ellos misericordiosamente llenarían, le darían todo eso que no tenían, los sacarían de la nada, les darían una existencia “civilizada” y adecuada.

La violencia está presente desde épocas muy antiguas en la vida de los seres humanos, ya sea ésta familiar, escolar, social, institucional o en cualquier clase de relación que se establece entre sujetos. Es por ello que se trata de un fenómeno complejo, multidimensional y multifactorial, relacionado directamente a temporalidades y contextos, de ahí que diversos autores han tratado de explicarla desde variados enfoques. Esla Blair, citando a Semelín, distingue tres categorías principales:

*a) diferenciar entre la violencia de la sangre (la de los muertos), de aquella que Galtung llamaba la violencia estructural, contenida en situaciones de miseria y opresión; b) la violencia cotidiana, integrada en nuestra forma de vida, y c) la violencia espectáculo, que atrae la mirada y, a su vez, la desaprobación, y que caracteriza buena parte de la ambivalencia de la violencia que por un lado asusta, pero por otro fascina (2009: 14).*

De este modo existen muchos estudios, investigaciones y aproximaciones en torno a la violencia. Tanto académicos, investigadores, como autoridades institucionales dedican múltiples esfuerzos que van enfocados no solamente a visibilizarla como fenómeno social, sino a tratar de marcar pautas de comprensión y prevención que permita a las personas tener una vida libre de violencia.

El Esfuerzo del gobierno del Distrito Federal es un claro ejemplo en este sentido, su preocupación en torno al fenómeno de la violencia y su relación con el género, lo llevó a crear una “Ley de Acceso de las Mujeres a una Vida libre de violencia”, en la cual se distinguen tipos y modalidades de violencia, los primeros se refieren a la: violencia psicoemocional, física, patrimonial, económica, sexual, contra los derechos reproductivos y feminicida; en tanto que los segundos son: violencia familiar, laboral, docente, en la comunidad e institucional (LAMVLV, 2008: 3-4).

Se infiere la complejidad de este fenómeno y las diversas dimensiones, tanto individuales como colectivas, a las que está relacionado. Limitar su explicación a papeles o estereotipos de víctima-victimario, no sólo dificulta su comprensión, sino que la mayoría de las veces ocasiona mayores problemas y por ende el exacerbamiento de la violencia.

Se trata de un fenómeno social de gran complejidad que debido a su ubicuidad, historicidad, temporalidad y relación directa con la cultura requiere planteamientos que permitan trazar panoramas más amplios y de mayor comprensión en torno a dicha problemática. Nadie ni nada escapa a ella, está presente tanto en la vida institucional de los países como en la vida privada e individual de las personas que integran esas culturas.

---

Por ello nos planteamos la importancia de estudiar la violencia desde un enfoque poco explorado, es decir, el de las memorias que produce esa clase de experiencia en el cuerpo social e individual.

Resalta, de esta manera, que el fenómeno de la violencia tiene implicado no solamente a la relación ya muy conocida del agresor y la víctima; y de esta última las huellas que deja. Así también hablar de huella es hablar de memoria; y hablar de la relación de agresor y víctima es hablar del poder, en este caso igualmente del micropoder. Enseguida referimos un panorama general de estos aspectos.

## CAPÍTULO III

# LAS DINÁMICAS DEL PODER Y LA VIOLENCIA Y SU RELACIÓN CON EL CUERPO

### **CAPÍTULO III**

## **LAS DINÁMICAS DEL PODER Y LA VIOLENCIA Y SU RELACIÓN CON EL CUERPO**

Una parte fundamental para el desarrollo de esta investigación fue justificar la diferencia entre poder y violencia, ya que muy a menudo son términos que se confunden, creando estructuras de pensamiento e inclusive de explicación, que definen al primero como necesariamente violento; sí bien existe una relación muy estrecha entre ambos, es importante puntualizar que se trata de dinámicas con particularidades y complejidades propias.

El poder es una relación de fuerzas, refiere al ejercicio de unos sobre las acciones de otros y no necesariamente es violento, ya que carece de la obviedad de la violencia. Desde la perspectiva de Foucault, María Inés García Canal encuentra que el elemento central de la dinámica del poder es la libertad, por restringida que esta pueda ser, ya que impone un juego posible entre los involucrados y “la capacidad de resistir, esa fuerza para enfrentarse o sustraerse al ejercicio del poder” (2005: 116-117).

El poder preexiste a la violencia, está presente en todas las relaciones sociales y existe en forma de códigos construidos históricamente y que subsisten en la cultura, cristalizándose en formas de dominio como las que ejerce el Estado, sus instituciones y demás entidades que de él derivan. “Surge en el nivel de las relaciones sociales y se encuentra presente en la reproducción de los sujetos sociales, en lo público y en lo privado, en todos los intersticios de la vida” (Lagarde: 2005: 153).

Forma parte del conjunto de aparatos, instituciones y reglamentos que ejercen múltiples formas de dominación en el interior de cada sociedad, por medio de las más variadas formas de sometimientos, sujeciones y obligaciones que tienen lugar y funcionan dentro del cuerpo social y el individual.

Es gracias al ejercicio sin descanso del poder que los cuerpos se van modelando, y estructurando, en cuanto espacio, lenguaje y relaciones de poder. En este sentido, Enrique Guinsberg menciona que “Freud encuentra que la fortaleza con la que el poder nos contiene no está afuera sino sitiándonos desde dentro de nosotros mismos, instalada en el dominio llamado ‘interior’, organizando con su aparato de dominación nuestro propio aparato psíquico” (1997: 16).

---

Es esta estructura o dispositivo la que da presencia, existencia e identidad al individuo, puesto que delimita el habla y la percepción; el pensamiento y las sensaciones; las acciones y los sentimientos; y lo más importante el deseo. En ella los sentidos se adecuan para ver, tocar, oler, gustar y oír de una manera “normalizada” y todo lo que escape a ella será considerada como una anomalía.

“El poder no es nunca propiedad de un individuo; pertenece al grupo y existe solo mientras este no se desintegra” (Delahanty, 2010: parr 1); como principio panóptico maneja espacios (distribución y circulación) y tiempos (presencias-ausencias), condicionando así, el proceso de transmutación del cuerpo en sujeto que se verá sometido al orden cultural y su “existencia” quedará condicionada al Otro, quien le otorgará un nombre en el cual podrá reconocerse y ser reconocido.

Cada cuerpo resulta así, “el producto de los micropoderes que han actuado sobre él, de las instituciones que viabilizaron las estrategias de control, de normativización y socialización, de los vínculos grupales en los que se jugó, de su lugar social, de su capacidad de resistencia” (Baz, 1996: 108).

La argumentación expone de forma breve las dinámicas del poder y su relación en la estructuración y modelación de los cuerpos, sin embargo, en el ejercicio de poder de los cuerpos individual y social se expresa también un uso desproporcionado del mismo. Blanca Aguilar y Martha Laura Tapia mencionan que:

*“desde el momento en que la comunidad incluye elementos de poder desigual para hombres y mujeres, para padres e hijos, para vencedores y vencidos que se transforman en amos y esclavos, el derecho de la comunidad se convierte en la expresión desigual de las relaciones de poder que imperan, porque las leyes son hechas por los dominadores favoreciéndose de todos los derechos y muy escasos derechos se les conceden a los sometidos”* (2006: 27).

La relación entre poder y violencia siempre estará vinculada al contexto sociopolítico que la produce y en “la dimensión imaginaria y simbólica de las relaciones sociales tanto de la subjetividad colectiva como de la subjetividad individual” (Araujo y Fernández, 2010: 13). La violencia en tanto abuso de poder se ejerce, no sólo a través del Estado que detenta el uso “legítimo del monopolio de la violencia” amparado en la protección a la soberanía de la nación; es ejercida también, por otras instituciones que conforman el cuerpo social como son: la familia, las instituciones de salud, la escuela, la religión y el trabajo; las que a

---



través del discurso pretenden legitimar su práctica, construyendo dispositivos mediante los cuales cometen abusos del poder que les fue “otorgado”.

La violencia es un hecho que encuentra sentido en la dimensión de la cultura y su ejercicio incluye siempre a la persona que la ejerce y a la que la padece, extingue toda posibilidad de libertad al negar toda probabilidad de resistencia, tiene un afán destructivo por lo que hace del sujeto que la sufre un simple objeto; es un acción (física o simbólica) de uno contra otro, un atentado contra la integridad física y/o psicológica del otro, sin que implique necesariamente la desaparición de la “*existencia*”, una acción destructiva de la integridad del individuo. “La característica principal de la violencia es la gravedad del riesgo que ella hace correr a la víctima; es la vida, la salud, la integridad corporal o la libertad individual la que está en juego” (Blair, 2009: 13).

Toda violencia emerge de un ejercicio de poder, concretamente de un abuso del mismo, que abre el espacio para la agresión; como ya mencionamos existen diversas acepciones de la violencia, pero su similitud radica en que el ejercicio de ésta implica necesariamente la negación de otro, en tanto objeto de exterminio o eliminación, ya sea física o simbólica. Las expresiones de la violencia pueden ser muy evidentes, pero también demasiado sutiles, como las que tienen lugar en la vida cotidiana inscritas en las esferas del micropoder.

Es precisamente en la vida cotidiana donde la violencia encuentra su mejor expresión, donde puede invisibilizarse y disfrazarse de práctica en el cotidiano, de una forma de pensar, de costumbre social, de norma, de figura de autoridad, inclusive hasta de amor. En este sentido atraviesa tanto el cuerpo individual como el social e imprime en ellos memorias que derivan de la experiencia de la vivencia violenta y son integradas al individuo como parte de su proceso de desarrollo, que en lo sucesivo formaran parte de su cuerpo, su subjetividad y su psique con obvias consecuencias para su vida en el cotidiano.

Del ejercicio del micropoder y sus expresiones en el cotidiano, la violencia como fuerza destructiva presenta otro aspecto importante de señalar, y es el placer que deriva de su ejercicio, algunos autores consideran que es porque seduce y crea un “*estado placentero*” en la persona que la práctica. Para el psicoanálisis esto se explica porque “la pulsión de vida (Eros) puede asociarse en algunos casos con la pulsión de muerte (Tánatos) en lugar de reprimirla” (Crettiez, 2009: 60).

Para los estudiosos de la sociología existe una seducción del crimen, Sebastián Roche, referido por Crettiez, encontró en sus estudios empíricos sobre los motines urbanos que “los jóvenes delincuentes buscan en sus actividades el máximo de

---

placer en un mínimo de tiempo: obtienen de ellas dinero, estremecimiento, autoestima, y, con los psicotrópicos, sensaciones” (2009, 60); esta perspectiva plantea que ante lo desagradable que se vive en el cotidiano, que puede estar permeado por un ambiente familiar nocivo, se encuentra que el ejercicio de la violencia produce sensaciones placenteras, convirtiéndose en una fuente de poder, que de otra forma les estaría negado. En esta concepción también encontramos la forma de pensamiento individualizado característico de las sociedades postmodernas: “Ellos tienen lo que los demás no tienen: el dominio de la violencia, el poder de atemorizar, las delicias del miedo que provocan” (2009: 66), dentro de un sistema social, donde se es inferior, dominado, pero sobre todo objeto de violencia también.

Este breve panorama de las dinámicas del poder y la violencia y su relación con el cuerpo y la vida cotidiana de las personas, da cuenta de la complejidad en que estos elementos tienen lugar en la vida de las personas que integran una sociedad, la relación tan íntima en que se vinculan y las formas en que, tanto poder como violencia, se imprimen en los cuerpos (individual y social) y la facilidad que encuentran en las prácticas derivadas de la cultura para ocultarse y disfrazarse de otras cosas.

Consideramos importante el desarrollo de los argumentos anteriores a fin de dar paso al desarrollo de la violencia específicamente en el cuerpo social y en el cuerpo individual, las memorias que en ellos imprime y las repercusiones que estas *huellas* tienen en la vida cotidiana de los seres humanos.

# CAPÍTULO IV

## MEMORIAS DE LA VIOLENCIA EN EL CUERPO SOCIAL

## **CAPÍTULO IV**

### **MEMORIAS DE LA VIOLENCIA EN EL CUERPO SOCIAL**

La noción de cuerpo social remite a la forma en que éste se halla constituido: Estado, las instituciones que él derivan y las entidades que conforman la estructura de una sociedad; en nuestra revisión de esta dimensión encontramos seis (Estado, Instituciones de Salud, Iglesia, Trabajo, Escuela y Familia) que nos parecen las más importantes y que sirven de base argumentativa a nuestra investigación.

Hobbes concibe el origen del cuerpo social en la naturaleza excelsa del hombre y su capacidad para crear arte, del que nace el gran Leviathan, república o Estado, que no es más que un hombre artificial instituido para protección y defensa del hombre natural. El alma del Leviatán radica en la figura de soberanía que es la que da vida y movimiento al total del cuerpo, a su vez, que crea los vínculos sobre los cuales se afianzaran las relaciones que garantizaran su figura y funcionamiento, pero sobre todo las leyes de las que se deriva la legitimación del dominio ejercido sobre los otros.

Para Hobbes, el poder del cuerpo social radica en el soberano y está integrado por “dos sistemas subordinados” (1971: 92:): 1) los cuerpos políticos y personas públicas, constituidos por el poder del Estado y 2) los privados, constituidos por los súbditos; la Familia es un claro ejemplo de éste último. Según el autor, en el cuerpo político reside el derecho de proteger y cuidar a sus súbditos, inclusive de ellos mismos, por lo que el Estado se otorga el monopolio de la violencia legítima, con el fin de salvaguardar su integridad de la que dependen la soberanía y el bienestar común. Poder que le fue otorgado por el mismo deseo del hombre como un instrumento para su propia preservación y librarse de la terrible condición de constante guerra.

En otra línea de pensamiento, Marx sitúa al cuerpo social en las relaciones de producción del sistema, como un cuerpo enajenado y orientado al dominio del mundo, con un estilo de pensamiento formal, una conducta disciplinada y un modo de organizar su vida alrededor de instituciones económicas y burocráticas.

Considera al hombre como un ser real de carne y hueso, pero resultado o predicado de la época histórica a la que pertenece, de sus relaciones sociales, ya

que no se trata de un ser abstracto y fuera del mundo sino que el hombre es en el mundo, esto es el Estado y la sociedad.

Todas las determinaciones históricas a las que está ceñido el hombre constituyen alienaciones en las que el capital económico juega un rol determinante en la enajenación del sujeto, tomando como forma primigenia una dimensión del cuerpo social que es el trabajo. Desde esta concepción, ahora el hombre es también una fuerza dentro del proceso productivo, un mecanismo más para la producción; el hombre como una herramienta al servicio del trabajo y por ende del dueño o patrón que aplica la normatividad laboral.

Desde esta perspectiva marxista, podemos situar un nuevo espacio para el desarrollo de la violencia, es por demás mencionar que basta echar un vistazo en la realidad actual para darnos cuenta hasta qué grado el cuerpo social, referido al Trabajo, ha logrado devorar al sujeto, negándole toda posibilidad de existencia fuera de él.

Si Hobbes concibe al cuerpo social en la figura del Estado y las instituciones que de él derivan, Foucault argumenta que a lo largo del siglo XIX se produjo un cambio radical por medio del cual, es el propio cuerpo social el que es convertido en el nuevo principio y se le “protegerá” de una manera casi médica, “se le van a aplicar recetas terapéuticas tales como la eliminación de los enfermos, el control de los contagiosos, la exclusión de los delincuentes” (1992: 111). Para Foucault el cuerpo social ya no está constituido por la universalidad de las voluntades sino por el *consensus*, “es la materialidad del poder sobre los cuerpos mismos de los individuos... se encuentra expuesto en los cuerpos mismos” (1992: 112)

Es así como Foucault sitúa a los controles y dominios del cuerpo social por lo que lo define como un cuerpo sitiado y tensado por las relaciones de poder, sujeto a una trama de relaciones de fuerza y relaciones de forma, y de saber; razón por lo que el cuerpo se convierte en algo más que simplemente la carne y los huesos, ahora es una “Estructura del Otro” que convierte esa carne en cuerpo y sobre la cual trabaja, modela y insufla deseos, “revestida de un nombre, de un sexo y de un género para existir y ser reconocida, para ser deseable y deseante” (García, 2005: 278).

Podemos ver entonces la relación imbricada entre el cuerpo social y el cuerpo individual, a tal grado que pareciera que el segundo no existe ya que queda totalmente expuesto al deseo del Otro, en cuanto a belleza, composición, sexualidad, salud, etcétera. Esta negación de la corporalidad individual irremediablemente nos remite a la violencia, ya que toda posibilidad de libertad o

---

resistencia le es negada al sujeto inclusive antes de nacer, su cuerpo será ahora producto de la socialización que sobre él se lleve a cabo, lo social como resultado de la “domesticación, control y disimulo de la violencia” (Blair, 2009: 17), valiéndose de ritos, normas y símbolos atados a la vida social como medio para institucionalizarla.

De esta forma, el origen del sujeto siempre estará atado a la estructura en que su sociedad este organizada y al orden y dominios que permiten su funcionamiento; lo que lo pone en clara desventaja con respecto a las imposiciones de las clases dominantes que controlan y manejan al cuerpo social, lo que “les permite organizar y gobernar las emociones de las masas” (Aguilar y Tapia, 2006: 24), así como los deseos, y convertirlos en instrumento de dominación.

Esta violencia como forma de socializar a los cuerpos individuales es lo que crea un proceso que Guy Bajoit define como violentación bidireccional, en el que concibe al cuerpo social como el “GRAN ISA: ¡el gran Individuo, Sujeto, Actor!” (2009: 10), el cual al igual que sus antecesores (Dios, la Razón) es:

*...un principio abstracto y último, producido por los humanos en la práctica de sus relaciones sociales proyectado fuera de las conciencias personales y, por lo tanto, considerado como un <<Personaje mayúsculo>> destinado a dar sentido -orientación y significado- a la existencia y a las conductas de los individuos en todos los campos relacionales de su vida común (2009: 11).*

Este gran ISA, es característica esencial del cuerpo social postmoderno y se vuelve entonces, todas aquellas imposiciones sociales y culturales, las cuales, se convierten en exigencias muy concretas en cuanto a lo bello, lo verdadero, lo justo, lo legítimo, lo deseable del cuerpo individual; va por la vida cargado de una falsa libertad que con el lema “sé tú mismo”, les da a los cuerpos la ilusión de ser libres, cuando en realidad sus mandamientos van impregnados de inflexibilidad, ya que nos presenta como derechos lo que en realidad son nuestros deberes.

Para esquematizar lo anterior, Bajoit diseña un modelo basado en tres esferas de la identidad, las cuales conforman a este cuerpo social: identidad deseada, identidad asignada e identidad comprometida, cada una de ellas entrelazadas entre sí, con sus propias zonas identitarias diferenciadas y unidas con las otras a un núcleo central. Dichas zonas están en permanente tensión debido a los mandamientos del Gran ISA, lo que ocasiona que el cuerpo individual esté en conflicto permanente, puesto que para *ser tu mismo*, debes introyectar el deber-deber de autorrealización personal, el de elegir libremente, el del placer y el de

---

seguridad. El problema con estos mandamientos es que se visualizan en una inflación y una expansión de la identidad deseada por encima de las otras dos, es decir, “mientras sus abuelos eran movidos por el derecho a hacer su deber, ¡ellos lo son por el deber de hacer valer sus derechos!” (Bajoit, 2009: 20), lo que resulta en un *malestar identitario*.

Alain Michaud, citada por Elsa Blair, menciona que este malestar e incertidumbre al que el cuerpo individual es expuesto por el cuerpo social es violento pues crea una confusión en la que ya “nadie sabe a qué atenerse, cuando nadie puede contar con nada, cuando todo puede pasar, cuando se deshacen las reglas que hacen previsible los comportamientos y las expectativas de reciprocidad dentro de las interacciones” (2009: 16).

Se percibe entonces un escalamiento de la violencia y por ende de su ubicuidad en todas las relaciones del cuerpo social, totalmente sujetado a las relaciones de poder que en él se juegan, para G. Deleuze y F. Guattari, esta sujeción lo convierte en un cuerpo vacío, una máquina deseante, un cuerpo sin órganos, o, por mencionarlo en sus propias palabras “el capital es el cuerpo sin órganos del capitalista, o más bien del ser capitalista” (1985: 19). Un cuerpo que ha sido conquistado, reducido, vaciado, “arrancado de sus fuentes primarias de cohesión social y de identidad personal y de grupo” (Biffani-Richard, 2004: 181), destruyendo todo el universo simbólico que le daba sentido, e inventándole uno nuevo que gira en torno al deseo de consumo. “Es así como el cuerpo sin órganos se vuelca sobre la producción deseante, la atrae y se la apropia, sirve de superficie para el registro de todos los procesos de producción del deseo, de tal forma que las máquinas deseantes parece que emanan de él en el movimiento objetivo aparente que les relaciona” (Deleuze y Guattari, 1985: 20).

Para Deleuze y Guattari las máquinas deseantes son la categoría fundamental de la economía del deseo, ya que producen por sí mismas un cuerpo sin órganos y no distinguen a los agentes de sus propias piezas, ni las relaciones de producción, ni lo social de lo técnico. Estos autores derivan que de toda producción social se desprende la producción deseante en determinadas condiciones: “en primer lugar del *Homo natura*, no obstante que esta producción es primero social *Homo historia*” (1985: 39). Algunos autores como Michel Maffesoli, citado por Blanca Aguilar y Martha Tapia, perciben este proceso como una descomposición social, que “caracteriza a las (nuevas) tribus por su descreimiento en la institución familiar y la política, la pérdida de confianza en el trabajo, la razón y el pesimismo sobre el futuro, y la efervescencia del poder de creación, del hedonismo y del presente eterno” (2006: 209-210).

---

Este pequeño panorama de la violencia en el cuerpo social, nos permite visualizar la gravedad del problema al que nos enfrentamos y desde mi punto de vista, presentar los porqués del exacerbamiento de la misma y conocer sus más recónditos alcances, nada puede escapar a ella porque toda relación entre el cuerpo social y el cuerpo individual está fincada en su ejercicio, dejando memorias impresas en ambos cuerpos que posteriormente se convierten en los síntomas de los comportamientos agresivos tipificados como tal.

Las concepciones de los seis autores principales mencionados en esta investigación, Hobbes, Marx, Foucault, Bajoit, Deleuze y Guattari nos permiten estructurar las dimensiones del cuerpo social, para el primero, es el Estado, las instituciones que de él derivan y la sociedad; para el segundo, es la historia social, las relaciones de producción normadas por la economía y el trabajo; para Foucault, es el poder inmerso en el todo de la sociedad: Hospitales, Escuelas, Gobierno, Familia, Instituciones de Salud, etcétera; Bajoit lo caracteriza con el Gran ISA; y Deleuze y Guattari como el cuerpo sin órganos o maquina deseante originada del capitalismo. A continuación explicaremos brevemente algunas de esas dimensiones y su relación con la violencia y las memorias que ésta imprime, así como las consecuencias que se derivan de ellas.

### **Huellas de la relación Estado y violencia**

Incluir al Estado como parte de la estructura del cuerpo social y la relación que éste guarda con la violencia es imprescindible a fin de dimensionar las implicaciones que este delicado vínculo tiene en el cuerpo individual y el social. El alma del Estado radica en la soberanía de los pueblos, la cual es ejercida por medio de él, esto le significa al sujeto ceder a su control con el fin de garantizar su seguridad y bienestar, para lo que se crea una forma de gobierno que será el encargado de dictar las políticas sobre las que se salvaguardara dicho principio.

Fundamentalmente la teoría política está íntimamente relacionada con el poder y la violencia, se basa en el derecho que le fue dado para proteger y defender la soberanía de los pueblos, razón por la cual, el Estado se reserva el monopolio de la violencia legítima, usada para mantener el orden y la estabilidad social y política. El problema fundamental de este derecho del Estado al uso de la violencia, radica en la palabra legítima – legitimación, la cual “es una representación colectiva que tiene una fuerza orientadora de la acción” en palabras de Griselda Gutiérrez, referida por Adolfo Sánchez (1998: 320), y se basa en la adhesión, obediencia, la durabilidad y permanencia. Desde esta perspectiva, se le encuentra sentido a la violencia, así como la justificación de su uso como



necesaria o inevitable, en la medida de que quien la ejerce tiene el derecho y el que la recibe, lo merece.

El monopolio de la violencia “se basa en la acumulación de los medios de dominación” (Crettiez, 2009, 71), con ese propósito, crea un conjunto de normas y reglas conocidas por todos como estado de derecho, en otras palabras, una violencia regulada, integrada en la memoria de esta entidad del cuerpo social.

Diversos antropólogos coinciden en que “el derecho, lo sagrado y el poder son las tres formas, por excelencia, de regulación de la violencia en la sociedad” (Blair, 2009: 17). En Freud, referido por Blanca Aguilar y Martha Tapia, también encontramos esa noción, para él, “el derecho, como producto cultural, no es la antítesis de la violencia, puesto que tiene su origen en ella, la utiliza para imponerse en la sociedad y su eficacia se ve constantemente amenazada por la propia violencia” (2006: 41).

Pero las memorias de la violencia no sólo se imprimen en el cuerpo social en el conjunto de leyes y normas creadas para regular la convivencia y la conducta de los ciudadanos, a su vez, se imprime también en los cuerpos individuales pero de una forma distinta, ya que se inscribe en los múltiples métodos de dominación-sometimiento regidos y amparados por el Estado.

Sin embargo, todas estas leyes y normas para la convivencia social, no aseguran en sí mismas, la satisfacción de los ciudadanos, las más de las veces implica más un malestar, ya que las relaciones de dominio a las que el sujeto se sometió no siempre le garantizan ni la seguridad, ni la protección y mucho menos el bienestar a los que se supondría tendría derecho. Esta inconsistencia imprime también su propia huella en el cuerpo individual, ya que representa una falta a algo que supuestamente le debería estar garantizado, ocasionándole la mayoría de las veces graves lesiones que atentan contra los más elementales derechos humanos y garantías individuales.

En la actualidad, los representantes del Estado trabajan más en este sentido, desde y para los intereses personales y cupulares, el pueblo es sólo un objeto para alcanzar los fines deseados, manipulable y prescindible, como bien mencionan Blanca Aguilar y Martha Tapia: “hay quienes hacen política, como Ricardo III, para reprimir la propia conciencia y dominarla, como la voz del instinto y del alma a la que lo consciente conceptual, manipulativo y frío, en su terrible deformidad por incompletud esencial, denomina cobarde (ya que es la fuente de su miedo general)” (2006: 66).

El miedo, como un elemento más que sumar a la ecuación Estado y violencia, inducido precisamente para inmovilizar, para crear pánico, y por supuesto también, para controlar. El político teme al pueblo y el pueblo al político, pero el primero cuenta con la fuerza del Estado para desde ahí imponerse al segundo y justificar ante su propia conciencia convertida en ego el haber procedido de tal o cual forma, se gloria se verá reflejada en la capacidad que tenga para posesionarse de los demás, de su espacio y territorios, lo convertirá ya no en un político sino en “un colonizador en territorio enemigo, así sea su propia casa o nación” (Aguilar y Tapia, 2006: 66).

Aunque también el pueblo tiene y contiene su propia fuerza para levantarse contra el Estado, los movimientos sociales son manifestaciones del descontento y pueden llegar a tomar diversas formas, la más radical de ellas y que significa más que la manifestación de un malestar, es el desconocimiento contra el orden instituido y utiliza la venganza como forma primigenia para exhibir su propio poder, es una manifestación profunda de odio, estamos hablando del terrorismo.

La reacción violenta del cuerpo individual contra el Estado tiene varias explicaciones, una muy actual a los tiempos que vivimos, es la impunidad en la que se mueven la clase política y privilegiada y que ha alcanzado niveles verdaderamente deshonrosos, ocasionando un malestar y descontento general en la población, una pérdida de la credibilidad y por supuesto una sensación de frustración generalizada.

En otros casos más graves aún, los abusos por parte del Estado han ido todavía más lejos, ocasionando la victimización o doble victimización de las personas que han sufrido violencia, en México tenemos casos muy representativos de ello, las guarderías ABC, Lydia Cacho y el gober precioso, la matanza de Acteal, los mineros de Cananea, los desaparecidos de la guerra sucia, los presos políticos y de conciencia, sólo por mencionar algunos de los muchos ejemplos en este sentido. Ni el estado de derecho, ni la supuesta democracia, ni la República, ni el desmantelamiento del estado y la desregulación del mercado, ni el capitalismo, ni el socialismo y mucho menos el neoliberalismo, se han traducido en justicia y bienestar para los hombres.

Hoy en día la violación de los derechos humanos es una realidad que lastima, que hierde, que marca, que ha dado pie para que los ciudadanos vean en la opción de la violencia en único camino para sobrevivir; la guerra contra el narcotráfico es sólo una de las tantas muestras en este país, de este fenómeno, ya que los supuestos narcotraficantes, son eso, sólo supuestos, dentro de todas las muertes acaecidas durante el combate al narcotráfico, innumerables vidas inocentes se

---

han perdido. Y no sólo se han perdido vidas inocentes, sino que se han generado los contextos para elevar las manifestaciones de la violencia a niveles verdaderamente excesivos, los abusos cometidos por los militares y la aparición de varios grupos paramilitares, representan sólo una pequeña muestra de ello.

Todos estos procesos violentos en los que se ve envuelta la sociedad como resultado de la violencia ejercida por el Estado, crea huellas sociales que forman parte de la historia común de los individuos, Lucas Martín las define como: 1) memorias inmediatas o de transición, aún inmersas en la historia traumática y 2) memorias del hecho o colectivas, situadas en los relatos de los sujetos con respecto a los sucesos vividos (2009:11).

Para finalizar es necesario incluir en este apartado, la noción oficial que relaciona a la violencia y al Estado, la cual se define como el *maltrato institucional* que “se produce cuando los organismos administrativos responsables de suministrar servicios incumplen sus funciones, o bien las desarrollan de forma deficiente, generando un malestar innecesario en los usuarios” (Linares, 2006: 98); este concepto refiere también, tanto al incumplimiento de las funciones de los servidores públicos como al maltrato que éstos ejercen sobre los ciudadanos al amparo de su posición en la estructura institucional. Si bien es clara la limitación de esta definición para explicar las complejidades de la violencia y el Estado, es incluida porque forma parte de la memoria normativa del cuerpo social que refiere a la falta o incumplimiento.

De la complejidad de la relación entre Estado y violencia, podemos derivar las formas en que la violencia se imprime tanto en el cuerpo social como en el cuerpo individual, así como la diferencia de las mismas, en el primero se inscribe en la historia misma de la conformación de las instituciones que rigen la nación y en las normas que de ellas derivan, mientras que en el segundo, se registra en las formas de dominio que causan un malestar, sufrimiento y desamparo en los ciudadanos que padecen los excesos del uso legítimo del monopolio de la violencia.

### **Huellas de la relación Iglesia y violencia**

En la evolución de las sociedades humanas los métodos de domesticación y control de la violencia han jugado un papel esencial, y el Estado nunca ha realizado solo esta tarea, dentro de las instituciones del cuerpo social que han jugado un papel preponderante en este sentido, esta por supuesto, la Iglesia.

La Iglesia se detenta como la portadora de un poder supremo y divino, lo que le da el derecho de guiar y proteger a sus súbditos, al igual que el Estado se sirve de normas que regulan el comportamiento humano dentro de un sistema de dominación propio. Los mandamientos son un claro ejemplo de la normalización a la que deberá sujetarse cualquier individuo que pertenezca a ella, de lo contrario la Iglesia se reserva el derecho a infligirle un castigo como pena a la falta cometida.

Castigo que dependerá del grado del pecado cometido, que infligen en los sujetos distintas modalidades de sanción y algunas son violentas: renunciaciones, servicios impuestos, ofrendas, estigmatización, rechazo, excomunión, sacrificios, entre muchos otros; sin embargo, estos últimos cumplen otra función en un sentido muy distinto de la punición, ya que refiere a una vida ascética, en la que el sacrificio es elevado a nivel de virtud, gloria y magnificencia, hoy en día, gran parte de la humanidad todavía está en deuda porque Dios sacrificó a su hijo para salvarnos de nuestra “pobre y retorcida humanidad”.

Es por ello que desentrañar los vínculos que unen a la religión con la violencia es importante, puesto que forman parte de los métodos de sujeción y dominación que este cuerpo social ejerce sobre el cuerpo individual.

Religión y violencia sostienen vínculos muy estrechos, Crettiez distingue cuatro: 1) el fortalecimiento que ésta hace de la “identidad agraviada, herida o fragilizada de la comunidad confrontada a un enemigo poderoso” (2009: 130), 2) la convalidación que hace a la idea de la amenaza inmanente del otro (aquel que desafía sus creencias y convicciones), 3) el deber místico reconocido por la divinidad, y 4) la experiencia violenta misma convertida y exaltada como virtud y generadora de poder.

En relación al primer vínculo, este se alimenta de la noción de bondad y maldad que cada grupo atribuye a su grupo desde su muy particular perspectiva; con respecto al segundo, se orienta en el prejuicio por el que se crea la figura del enemigo, imagen estereotipada que recrea el mal y por ende pone en peligro la bondad y creencias del grupo; el tercer vínculo, se refiere a las acciones que tiene que llevar a cabo el individuo a fin de ser visto con buenos ojos por la divinidad; y por último, el cuarto vínculo hace referencia al sacrificio y entrega total que tiene como recompensa el paraíso eterno, engrandeciendo la violencia como una virtud humana reivindicadora.

“Las religiones son, con mucha frecuencia, eficaces promotoras de identidades exclusivas que rechazan al otro por una indignidad de creencia o por considerarlo una amenaza a la pureza de las propias creencias” (Crettiez, 2009: 50), es decir,

---

crea marginaciones y exclusiones, basadas en el rechazo y el temor al otro, considerado como enemigo y por tanto, como objeto; propiedad que justifica el ejercicio de la violencia.

Es así, como se crea el discurso que protege y justifica a la violencia, ya sea en nombre de Dios, la reivindicación de los cuerpos, la salvación de las almas, la expulsión de los demonios, la redención de la humanidad, la protección del orden “natural” de las cosas, etcétera. Mujeres, homosexuales, ateos, científicos, “bruj@s”, “poseídos”, incrédulos, impíos, y todo lo que se salga de la estructura normativa contenida en los mandamientos divinos de la institución, fue, es y será objeto de una violencia que se cree redentora y liberadora de la humanidad.

En la actualidad la Iglesia como institución sufre una de las peores crisis en su historia, los últimos escándalos por pederastia en los que se ha visto envuelta, han causado una gran conmoción a nivel mundial, particularmente en México, considerado como una de las joyas del catolicismo. Las violaciones a menores por parte de sacerdotes, han causado diversas manifestaciones de rechazo en la opinión pública y cismas graves en la comunidad religiosa, puesto que los supuestos representantes de Dios en la tierra han cometido pecados por los cuales, en otros tiempos, se hubiese incitado a las masas a proveer un castigo ejemplar; sin embargo, éste como muchos otros casos más de la elite del cuerpo social quedan en la impunidad, impresa en la memoria colectiva de la sociedad.

Podemos advertir que de la relación entre Iglesia y violencia se derivan vínculos muy especiales que imprimen su propia huella, la memoria del cuerpo social Iglesia queda inscrita en los códigos, normas y dogmas que rigen el comportamiento y la vida cotidiana de sus feligreses, en tanto que en el cuerpo individual quedan grabadas en la afectividad y emotividad del sujeto, ya sea en forma de virtud, estigma o castigo.

### **Huellas de la relación Instituciones de Salud y violencia**

Dentro de las instituciones que conforman el cuerpo social creadas expresamente para atender las necesidades sociales, las Instituciones de Salud son una de las más importantes y representativas, puesto que tiene a su cargo, atender las demandas de salud de los sujetos, así como contribuir al bienestar físico y psicológico de la población.

Con el fin de lograr el propósito para lo que fue creada está integrada por diversas disciplinas o áreas del conocimiento encargadas de atender las demandas que en el área de la salud son requeridas con el fin de satisfacer las necesidades de la

---

población. Estas disciplinas o áreas de conocimiento están integradas por diversos saberes conformados de constructos teóricos y científicos, basados en “rigurosos” estudios y métodos que han logrado encontrar signos universales descartando así de toda enfermedad su dimensión social y política, lo que le ha dado fama de ser un conocimiento neutro, transparente y objetivo, requerimientos esenciales del método científico.

El poder de la institución por tanto queda invisibilizado bajo cuatro principios clave:

1. *La asocialidad*, que consiste en la individualización o personalización de la enfermedad manifestada por signos objetivos (fiebre) y síntomas subjetivos (expresión del malestar del paciente). Uno de los aciertos clave de la biomedicina es haber convertido “los síntomas en signos, las expresiones del paciente se transforman en fenómenos biológicos que por lo tanto sólo pueden ser tratados en la dimensión somática”, en palabras de Ángel Martínez, referido por Rafael Pérez-Taylor (2005: 223).  
De esta forma el discurso entre el clínico y el sujeto se convierte en un inventario de hechos que adquieren un valor diagnóstico y circunscritos al ámbito individual. Un ejemplo importante de esto, lo encontramos en la labor de los psiquiatras que clasifican los síntomas manifestados por las personas de acuerdo a un inventario ya elaborado y diseñado para tal fin.  
El poder de la asocialidad radica en que “resulta coherente con la vida cotidiana y el sentido común de un determinado colectivo” (2005, 223) que incluye a los propios profesionales.
2. *La universalidad*, es la comprensión de los fenómenos biomédicos como elementos ajenos a una realidad local y particular, el DSM-IV es un claro ejemplo de esto, se trata de un manual diagnóstico de enfermedades psiquiátricas, en el que también se incluyen características psicosociales de los sujetos. Haciendo alusión a una de ellas, Eje IV: Amenaza o pérdida de empleo, la cual no puede ser una variable que pueda ser definida en términos universalistas, en primer lugar porque es un fenómeno con un contexto social; en segundo lugar, debido a su inmanente vínculo con los sistemas económicos y la diferencia entre países desarrollados o subdesarrollados; en tercer lugar, el valor de una “amenaza” en las personas depende en muchos casos de cuestiones ligadas a razones muy personales “como la moral religiosa, los valores sobre el trabajo, los patrones de masculinidad y feminidad” (2005, 228) y la pertenencia a una determinada clase social.
3. *La neutralidad*, bajo el supuesto de que “las enfermedades son desviaciones objetivas de una norma biológica” (2005, 228) independientes de la realidad social y universalizables, consideran como viable que el sistema médico-

biológico del conocimiento tiene un “carácter neutral, objetivo, racional” (2005, 228) y libre de prejuicios de los profesionales que lo integran, es decir, que los valores personales de clínico “ni son relevantes ni muestran implicaciones en la práctica” (2005, 228).

Es así como, desde los supuestos de la biomedicina, “la diversidad étnica, de sexo, edad, religión y clase social” (2005: 229), no afectan la enfermedad porque lo importante es el tratamiento, curso y evolución de ésta, no las características de los enfermos.

4. *La amoralidad*, se refiere a que la ciencia biomédica considera que su conocimiento es ajeno a la dimensión moral, porque para ello ha construido escalas que le permiten medir la intensidad de los hechos, como si esto fuese posible, una vez más el DSM-IV es el ejemplo ideal de esto, ya que le asigna valores numéricos a las situaciones que viven en el cotidiano los sujetos, esta asignación pretende medir la intensidad de los hechos o lo que es lo mismo, imponerle un valor numérico al dolor y decirle a la persona usted sufre tres y quitarle a esta asignación la dimensión moral que esto conlleva.

Dentro de este principio la noción de normalidad juega un papel esencial en cuanto al poder invisibilizado de la ciencia biomédica.

La descripción de la constitución de la Institución de Salud y el desarrollo de estos cuatro puntos sobre las formas en que se invisibiliza el poder biomédico, nos muestra el panorama bajo el cual se desarrolla la dinámica en las que se enmarcan las memorias del cuerpo social y del cuerpo individual. Una vez más se constata que dicha relación está dada en el ejercicio del dominio, esta vez claro, tanto en el cuerpo físico como en la psique de las personas, el cual es arrancado del vínculo con el cuerpo social y sometido a estándares, normalizaciones, escalas, etcétera (las que obviamente tienen un origen social); como si fueran pocas las leyes y normas a las que debe someterse un sujeto, igualmente en el ámbito biomédico, su corporalidad queda limitada a cumplir ciertos requisitos en cuanto a lo saludable, lo normal y lo aséptico

Foucault encontró la forma en que este “*biopoder*” ata y exige del cuerpo individual ciertas características, un cuerpo saludable estará ligado irremediabilmente a que el sujeto cumpla ciertos requisitos, que son indispensable para llevar una vida sana y *normal*: hacer ejercicio, el control de la sexualidad, tener hábitos alimenticios *sanos*, entre otros, que tienen como fin principal crear una disciplina en los sujetos. Idea del cuerpo sano íntimamente ligada a otros cautiverios del cuerpo postmoderno en cuento a belleza, delgadez y estética, que tienden a crear una normalización de lo considerado bello, deseable, amado, hermoso.

En el México actual, sumada a todas la demás crisis que padece el país, se ha descubierto una más, el grave problema de obesidad tanto en adultos como en la población infantil, situación que ha derivado en toda una campaña de *salud* diseñada a prevenir y tratar dicha problemática. Dicha campaña consta de comerciales referentes a los hábitos alimenticios; insistir sobre las medidas *correctas* del cuerpo de la mujer y del hombre, específicamente la cintura; la obligatoriedad de realizar cualquier actividad física, entre otras, lo que la ciencia biomédica no dice sobre el problema de la obesidad es que está relacionada sí con hábitos alimenticios, pero que se disparó a partir de la entrada del libre comercio y la incorporación de las cadenas fast-food a la alimentación de la población, las cuales resultad rápidas y económicas, acordes al estilo de vida vigente en nuestra sociedad; la figura corporal vinculada al prototipo de belleza occidental relacionado con la delgadez del cuerpo; y por último, la falta de actividad física de la población a consecuencia de que los trabajos consumen por entero el tiempo de las personas a riesgo de perderlos sino entregan su alma y vida a los deseos y necesidades del jefe en turno.

Toda esta configuración apenas nos proporciona un resquicio de la compleja relación entre el cuerpo social como Institución de Salud y el cuerpo individual, que se visualiza cada vez más atado a múltiples cadenas de dominio y normalización, en lo que al final lo único menos importante es el propio individuo, razón por la cual, la diferencia de las memorias en ambos cuerpos resulta, al menos por el momento, incompatibles, de ahí que el ejercicio de la violencia forme parte del cotidiano de cualquier relación entre el individuo y su universo social, sumado a los servicios deficientes de estas instituciones y el maltrato del que son objetos los pacientes por parte del médicos, enfermeras y personal administrativo.

César Roberto Avendaño, profesor de la FES Iztacala, ubica también el conflicto entre las memorias, lo define como una “tensión generada entre memoria colectiva y memoria personal cuando se pretende dar cuenta de los modos en los que se movilizan los grupos e instituciones frente al Estado y particularmente cuando se abordan las diferencias sutiles y poco indagadas de poblaciones politizadas, frente a modos políticos de operar y administrar el poder por parte de grupos de interés” (2010: 2).

### **Huellas de la relación Trabajo y violencia**

La historia de la humanidad está unida fundamentalmente a la relación entre naturaleza, hombre y trabajo. Marx es muy puntual en ese sentido por lo que define al trabajo como: “un proceso entre la naturaleza y el hombre, en el cual el hombre produce, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de

---



materias con la naturaleza. En este proceso, el hombre se enfrenta como un poder natural con la materia de la naturaleza. Pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad, brazos y piernas, manos y cabeza, para apropiarse bajo una forma útil para su propia vida, los materiales que la naturaleza le brinda” (I: 130), desde esta perspectiva, se considera que la vida humana no es un hecho natural, en tanto está directamente ligada a “la puesta en acción de la energía creadora y por la voluntad social de los humanos” (Lagarde, 2005: 113).

Es así, como se crea un relación indisoluble entre trabajo y hombre, vínculo de voluntad, posteriormente institucionalizado dentro del cuerpo social y por lo tanto normalizado y controlado, creando un lazo indisoluble para la misma existencia del ser humano. Establecido ya como parte constitutiva del cuerpo social, se crea toda una dinámica que regulará la relación entre el Trabajo y el trabajador, una dimensión de esto, es la división que se hace de él, ligada por supuesto, a las necesidades históricas, económicas y sociales de la humanidad.

De tal forma, que un nuevo elemento regulador se inscribe en la relación trabajo – hombre reflejada en la institución Trabajo que normará en base a sus necesidades, los requerimientos, características y requisitos que el trabajador deba poseer a fin de satisfacer los objetivos impuestos a la labor que desempeñará.

La definición marxista del trabajo contiene dos palabras que son sumamente importantes en el desarrollo de esta investigación, *regulación y control*, que puede tener dos acepciones importantes de evidenciar; la de Marx se refiere a las acciones que realiza el hombre para sacar provecho de los recursos que provee la naturaleza; sin embargo, la otra acepción de esta relación está referida al trabajo no como una acción, sino como una institución que regula y controla las acciones del hombre. El Trabajo como institución tiene una representación, un dueño, un patrón, un jefe, es decir, una jerarquía que evidentemente imprime otra norma a esta relación basada esencialmente en una forma de dominación.

El Trabajo ha creado así, todo el ambiente necesario para el abuso y el sometimiento del trabajador, desde ese momento, la exclusión, acoso, maltrato, discriminación, explotación y todas la formas de violencia que se ejerzan en él, encontrarán justificación tanto en las normas y regulaciones creadas y, por supuesto, en los *requerimientos y requisitos* derivados de las *necesidades*, económicas, sociales y/o políticas del empleador.

De hecho la revolución industrial tiene como precedente la explotación del trabajador y la lucha por sus derechos, es así como surgen los sindicatos y las

---

instituciones de Estado que tienen el deber de velar y proteger el bienestar de los trabajadores, lamentablemente estas nuevas estructuras se pervirtieron del poder y cayeron en los mismos excesos por las que habían sido creadas. En la actualidad y a propósito de la globalización, la apertura de los mercados y el neoliberalismo, la lucha por la conservación de los derechos laborales, se ha convertido en un martirio para los trabajadores y en muchos casos se ha perdido la batalla, tal es el caso del outsourcing, el pago de honorarios y demás estrategias “legales” o ilegales, eso ya no importa, que exentan de toda responsabilidad a los empleadores con respecto a su personal.

El trabajador se encuentra sometido a tal cantidad de abusos que es imposible nombrarlos todos, así como las consecuencias tanto físicas, económicas, familiares, sociales y psicológicas en las que éstos derivan.

### *Sobre la exclusión*

Luhmann, referido por Nelson Artega, advierte también las implicaciones que derivan de un sistema excluyente en el que el individuo llega a ser considerado irrelevante como persona, “...Si se pierde el trabajo se torna difícil mantener la casa, y esto puede conllevar problemas para obtener la asistencia médica y garantizar la educación de los hijos. Esta fuerte integración de la exclusión puede conducir a los individuos a ser considerados cada vez menos como posibles interlocutores; en situaciones extremas, como en los suburbios miserables de las grandes ciudades, puede llegarse a ver a los individuos más como cuerpos que como personas” (2010: 138), entendida la palabra cuerpo en el sentido peyorativo de objeto, de ahí que sea considerado como irrelevante o nulo.

### *Sobre la discriminación*

De acuerdo con la primera Encuesta Nacional sobre Discriminación en México (Sedesol, 2005), Cristina Oehmichen encuentra que de un total de 765 indígenas que formaron parte de la muestra, nueve de cada diez opina que en México existe discriminación debido a su condición, 90.3% siente que tiene menos oportunidades para conseguir empleo, tres de cada cuatro indígenas consideran que tienen menos oportunidades para ir a la escuela que el resto de las personas, dos de cada tres indígenas opinan que tienen pocas o nulas posibilidades para mejorar sus condiciones de vida, 45% afirma que no se le han respetado sus derechos debido a su condición, uno de cada tres en el último año, por ser indígena, ha sido sujeto de discriminación, y por último, a uno de cada cinco se le ha negado trabajo por el simple hecho de ser indígena (2010, 98-99).

### *Sobre la explotación*

---

El censo del año 2000 muestra que la población indígena vive en las siguientes condiciones: el 52.6% de la población indígena de quince años y más, es económicamente activa, pero sus ingresos por producto del trabajo no tienen una situación aceptable, 25 de cada cien indígenas no recibe ingreso por su trabajo; 56 de cada cien recibe hasta dos salarios mínimos mensuales y, solamente 19.4% recibe más de dos salarios mínimos al mes (2010: 99)

### *Sobre la marginación*

A los bajos o nulos ingresos por su trabajo se agregan problemas de marginalidad: el 25% de la población indígena de 15 años y más no sabe leer ni escribir; el 39% de quienes tienen entre cinco y 24 años no asiste a la escuela; y, el 40% de quienes tienen quince años de edad y más, no cuenta con el nivel de primaria concluido. (2010:99)

### *Sobre el maltrato*

“Muchas mujeres indígenas se emplean en el trabajo doméstico, donde las relaciones con los patrones, varían desde una actitud paternalista que “educa” a las niñas en el modo de vida urbano, hasta aquellos que mantienen una actitud agresiva y de maltrato” (2010: 102).

Son innumerables las formas en que el cuerpo social Trabaja violenta al cuerpo individual, estas son sólo una pequeña muestra de la realidad social y de un segmento de la población referida esencialmente a los indígenas; sin embargo, y no dudo en afirmarlo, creo que todos y cada uno de nosotros ha resistido estos embates del sistema de una u otra forma, violencias que forman parte de nuestra memoria individual y que se inscriben en la memoria estadística de la sociedad.

Memoria vinculada a los marcos sociales y las relaciones de grupo que Halbwachs, referido por Yomaira García, define como colectiva (2010: 60), huella que hemos llamado memoria del cuerpo individual y memoria del cuerpo social impresa por los vínculos que emanan de la convivencia cotidiana.

### **Huellas de la relación Institución Educativa y violencia**

La Escuela es una institución y como tal forma parte del cuerpo social, razón por la cual está incluida en esta investigación, su función más esencial es impartir educación o enseñanza. Su historia está referida desde muy antiguas civilizaciones como la egipcia, la romana y el viejo imperio chino; posteriormente en la edad media se dan otros avances en la educación en Persia, Arabia y Europa; durante el renacimiento se establecen las primeras universidades en

---

América; en el siglo XVI tuvo a lugar el establecimiento de lo que hoy conocemos como la enseñanza secundaria; posteriormente, en el siglo XVII surgió la cotrarreforma y se estableció el método científico en la educación formal; en el siglo XVIII, Jacques Rosseau revoluciona la educación; y por último, ya en el siglo XIX aparecen los sistemas nacionales de educación.

La educación tal como la conocemos ahora tiene sus orígenes en el siglo XX cuando se instituye la obligatoriedad de la enseñanza básica, que tuvo como antecedente una lucha del pueblo por el derecho a la educación y la obligación del Estado a garantizarla a fin de que proporcionara un estado de bienestar que antes le había sido negado.

Pero al igual que todas las instituciones que conforman el cuerpo social, la Escuela degeneró en muchas cosas, muy lejos del deseo de bienestar por el que se había luchado. Desde la infancia cuando el niño entra por primera vez a la escuela, es sometido al sistema político que la institución representa y a la práctica de una disciplina que se inscribe en la misma historia del sujeto. Los mecanismos por lo que se logra esta práctica disciplinaria tiene su sustento en la pedagogía y forman parte de nuestro sistema educativo, se basan en la obediencia que les es exigida a los estudiantes: “1) hacer de buena gana lo que se les dice, 2) abstenerse de buena gana de hacer lo que está prohibido y 3) aceptar las reglas por su bien” (Carrizosa y Gómez, 2010: 16).

Esta obediencia es el instrumento clave para la reproducción de la cultura dominante, puesto que disfraza de educación lo que en realidad es sometimiento, de tal forma que el sistema mismo se imprime en sus pensamientos y sirve para la regulación y represión de lo que en esencia deberían ser reflexiones independientes y libres. De esta forma nos encontramos ante el panorama desolador de la desaparición del pensamiento crítico y la acción independiente, puesto que ya no tenemos seres humanos educados, sino seres obedientes y con muy poca humanidad.

En los sistemas educativos la obediencia de los sujetos se asegura con el castigo y con él se diseña la normatividad que le sirve de referente, no importa si el niño la conoce o no: “...cuando el sujeto se desvía de la norma aún sin conocerla, es castigado y realizará el aprendizaje con el dolor físico, internalizando en su propia piel la normatividad. Es la ley que sale en busca de un culpable a quien inscribir, es el castigo que busca sin descanso una falta”, Macedo Donald referido por Carrizosa y Gómez (2010: 16).

Otra noción muy importante es la “buena educación”, que referida dentro del sistema educativo actual, alude al “adiestramiento moral y físico, desde el dominio: a partir de entonces, una mirada, una palabra, un simple gesto amenazante son suficientes para gobernar al niño”, en palabras de Mannoni, referido por Carrizosa y Gómez (2010: 17). Lo anterior expresa la posición autoritaria de la educación, que procede de la misma violencia, se somete al niño a altas exigencias y estereotipias de un código de buena conducta, referente a los comportamientos que está obligado a observar y los roles que debe asumir. El cuerpo individual queda expuesto a lo que el educador y en particular el sistema educativo deseen de él, por lo que deberá adecuarse a los requerimientos solicitados, el deseo del otro por encima del deseo propio.

Todas estas formas de violencia efectuadas dentro de la institución educativa tienen diversas consecuencias y afectan tanto el ámbito de lo familiar, como el educativo y por supuesto el individual, pero es a partir de la entrada del neoliberalismo a la educación que este problema toma dimensiones mucho más serias.

Mencionamos que el derecho a la educación tiene su fundamento en una demanda social de aspirar a un estado de bienestar que les había sido negado, pues bien, con la globalización se inventa un nuevo concepto jurídico – político, el del derecho-obligación, según el cual, el sujeto tiene el derecho y el deber de ir a la escuela. Desde entonces se ha observado un fenómeno bastante particular, ahora los alumnos van a la escuela no por una convicción propia sino porque tienen el derecho-obligación de ir, de este modo, la institución educativa queda reducida a un calabozo al que están obligados a asistir, quedándoles dos posibilidades: integrarse o el castigo, traducido en una forma de exclusión (expulsión temporal, pasillo, cambio de centro, etcétera).

Un cuerpo social más del que es excluido el cuerpo individual en tanto no se ciña a la ley que norma las formas “correctas” en que el sujeto deberá dirigirse a la institución a fin de ser aceptado y ser considerado como parte de ella. Inclusive los tratados teóricos de la educación crean exclusión, persona que no cumpla el patrón homologado y uniformizado, queda fuera.

El propio modelo educativo es autoritario, con horarios rígidos, asignaturas fuera de la realidad, con una metodología poco imaginativa, pero sobre todo con múltiples sanciones, ¿qué no es este el contexto propio para la violencia? Como dice José Luis Losada Ruiz, referido por Carrizosa y Gómez: “No hay fracaso escolar, hay fracaso de un modelo de escuela. No hay violencia en la escuela sino que cierto tipo de escuela es violento” (2002:5).

---

Pero la prepotencia escolar y su violencia no quedan únicamente ahí, alcanzan otras esferas como la familia, en la mayoría de los casos, se culpabiliza a los padres de los malos comportamientos de sus hijos, se les hace responsables y se les señala como malos padres, la norma los ha alcanzado a ellos, es por eso que existen las escuelas para padres, en tanto la institución educativa es acrítica, razón por la que se permite señalar y ahora “educar” a los padres para que aprendan a “educar” a sus hijos.

Padres e hijos en proceso de enseñanza, viviendo siempre en la norma: "Lo que pasa es que no le gustan las cosas manuales, pero la maestra nos ha dicho: agárrenlo y fuerte, porque es muy flojito... por eso nos hemos puesto más duros con él y a veces hasta llora", testimonio integrado en el estudio de Silvia Carrizosa y Minerva Gómez (2010:22). El niño ahora está atado a dos entidades del cuerpo social, la familia y la escuela; cuestionados los padres, por la institución educativa e incitados a “corregir” los “malos” hábitos de sus hijos.

Lucas Martín, encuentra que la memoria inmediata que se imprime en la sociedad por la violencia tiene una característica muy especial y es que el cuerpo social tiende a tomar una especie de distanciamiento del problema, como si la violencia le fuera ajena, negando su propia participación o su simpatía por esos métodos (2009: 20). Lo dicho por este investigador, tiene una gran relación con la problemática Escuela-Familia-alumno, en la que se puede percibir el distanciamiento que cada uno toma respecto a su colaboración en el problema, la institución educativa culpa al alumno y a la familia, la familia a la escuela y al hijo, y el alumno, al sistema y a sus padres, creando una especie de espiral en la que la violencia toma cada vez más fuerza, donde todos son culpables pero se perciben como inocentes.

*Con Lapassade pensamos que es la institución quien produce sus descarrados; ella es la fuente ciega de la protesta, de la impugnación, de la deserción escolar, de la negativa a aprender. Pero muy a menudo los educadores no quieren o no pueden -porque se niegan a efectuar el análisis- escuchar la palabra que desvía. Cuando por fin la oyen, ya es demasiado tarde (Carrizosa y Gómez, 2010: 25).*

Es vergonzante expresarlo y mucho más escribirlo, pero todo lo anterior escrito con respecto a la escuela y más puntualmente a la educación básica y secundaria, es una dolorosa realidad que se inscribe en una profunda huella en el cuerpo individual que le significa exclusión, rechazo, marginación e incomprensión, porque haga lo que haga siempre existirá una norma que no pueda cumplir.

---

### **Huellas de la relación Familia y violencia**

Históricamente la Familia se ha considerado como una de las bases de la sociedad y como tal es una de las instituciones del cuerpo social, estructurada por un grupo de individuos que se vinculan en relaciones de interdependencia.

Existen diversos tipos de relaciones familiares, Lagarde los clasifica en tres: 1) la filiación o descendencia basada en la progenitura materna y paterna; 2) la conyugalidad o afinidad estructurada en torno al tabú del incesto y a las reglas de exogamia o endogamia; y 3) a partir del reconocimiento de la filiación y de la conyugalidad se generan las llamadas relaciones de parentesco (no parientes: nueras, compadres, etc.) (2005, 371). Esta estructura familiar está conformada por sujetos que se cuidan y protegen entre ellos, en base a relaciones afectivas, aunque claro, ésta es la dimensión ideal de lo que la sociedad considera que debería ser la Familia.

Es en la Familia donde los niñ@s construyen su identidad y les son transmitidos los valores y actitudes deseables para su desarrollo integral. Esta identidad es reproducida a partir de las “verdades sociales que norman las creencias, los sentimientos y las conductas” (Moreno, 2007: 44) y se encuentran contenidas en un conjunto de reglas que le imponen al sujeto un *deber ser* y la forma en que se *debe comportar*, es decir, un control.

Este *deber ser* y *deber de comportarse* se ha construido en la cultura patriarcal a partir de la diferencia sexual de los sujetos, es así, como existen formas de ser mujer y de ser hombre, así como comportamientos que éstos deben observar, en los cuales se inscriben pensamientos, sentimientos y conductas en los sujetos a partir del género. Desde su nacimiento los niños son encaminados a reproducir estas estereotipias, asignándoles colores, juguetes, vestimentas, actividades, entre muchas otras, de acuerdo a su sexo, lo que se significa en una identidad femenina o masculina.

El cuerpo individual del sujeto quedará sometido inclusive mucho tiempo antes de nacer a los deseos y aspiraciones de sus padres y a todo el conjunto normativo social en el cual será ubicado. La configuración de la estructura familiar patriarcal está conformada a partir de estas diferencias, las cuales empoderan la figura masculina por encima de la femenina en una relación de dominación-sumisión, que propicia el contexto para el ejercicio de la violencia.

Nuestra sociedad está configurada en esta relación de desigualdad de poder, en la que las mujeres quedan subordinadas a los hombres, Blanca Aguilar y Martha Tapia mencionan que esta diferencia jerárquica en las que unos perciben al otro como inferiores, da pauta a la conducta agresiva o violenta (2006: 131). “La violencia contra la mujer en el ámbito familiar sucede porque el agresor supone, y el medio social lo avala, una práctica aceptable de la masculinidad, una forma adecuada y legítima de sancionar la conducta femenina, descargar tensiones, mostrar sus desacuerdos o para demostrar su superioridad” (2006: 137).

Pero la violencia intrafamiliar no se limita al hombre y la mujer, esta también se reproduce sobre todo en aquel que se perciba como jerárquicamente inferior, los hijos son una clara muestra de esto. El problema principal de este fenómeno es que causa heridas que pueden ser físicas y/o psicológicas en la persona que la padece, inhibe el desarrollo y les provoca daños irreversibles que se imprimen en el cuerpo en forma de miedo, ansiedad, baja autoestima, vulnerabilidad, aislamiento, desesperanza, agresividad, etcétera, y que en algunos casos, originan otras problemáticas igual de graves como son el alcoholismo, la drogadicción, trastornos alimenticios, suicidio, etc.

En los niños, la violencia imprime huellas que formaran parte de su cuerpo para toda la vida y que afectaran diversos ámbitos de su desarrollo cognitivo, afectivo, social, lingüístico, relacional, psicológico, entre otros. El principal conflicto que viven los niños que padecen de violencia en sus hogares es que la agresión proviene de las personas con las que se tienen vínculos afectivos muy estrechos, de personas en las que se confía, de las que se depende económicamente, en un lugar que debería suponer protección. La agresión familiar ocasiona que “las propias víctimas de la violencia doméstica, realicen esfuerzos para que nadie se entere de lo que ocurre” (Aguilar y Tapia, 2006: 129).

Pero hay otra dimensión que tiene una relación directa con la violencia familiar y con las consecuencias de las otras violencias mencionadas en relación al cuerpo social e individual. A lo largo del desarrollo argumentativo de esta investigación hemos podido observar que las diferentes violencias ejercidas por el cuerpo social al cuerpo individual están manifestadas en la exclusión a la que este último se ve sometido, y como también ya mencionamos esto también es y da origen a la violencia, a continuación desarrollaremos esta noción.

Primero que nada, debemos recalcar y no olvidar que la impresión de la violencia en los cuerpos es posible en razón de un poder profundamente arraigado en el imaginario social y muy frecuentemente avalado o soslayado por la norma jurídica.

---



La persona excluida ha perdido sus derechos y en consecuencia se siente no perteneciente a la sociedad que la considera como un estorbo o algo que molesta, que incomoda, que sobra, que no sirve, que es prescindible, que podría desaparecer y a nadie importaría. De hecho en el imaginario colectivo se desea, aunque no se expresa directamente sino indirectamente, su eliminación, dado que es un objeto que molesta.

“El excluido violentado, con frecuencia se refugia en el alcohol y descarga la violencia recibida, y acumulada durante siglos, en los más próximos: su familia” (Castro, 2001: 102). Desde esta perspectiva ¿quién sería el culpable?, ¿es posible pedirle a los sujetos que sean buenos padres?, duele decirlo, pero toda esta fenomenología alrededor de la violencia no tiene su origen en las pulsiones del sujeto y su deseo por destruir al otro, está impresa en una delicada red de tolerancia y complicidades, donde todos y cada uno somos responsables, la violencia no tiene un vientre materno para reproducirse, la violencia es reproducida en el seno de una sociedad que la admite y luego la desconoce como si fuera ajena, es un ir y venir en los cuerpos tanto individual como social, en los que unos y otros se señalan como los malos, como el enemigo, como el problema.

Como bien lo menciona Rocío Castro, han sido siglos de acumulación de violencia (2001:102), que forman parte de la memoria histórica del cuerpo social: símbolos, monumentos, manifestaciones artísticas, literatura, poesía, parques, calles, palacios, escuelas, universidades, esculturas, en fin todo un mundo material que tiene una historia que contar y que de una u otra forma está relacionada con la violencia; materialismo que imprime en el cuerpo su huella, una memoria asociada a la identidad, a la ideología, a su afectividad y subjetividad.

Con la Familia finalizamos el estudio de las memorias del cuerpo social en relación a la violencia y sus implicaciones en la relación sociedad-sujeto, a continuación desarrollaremos las nociones de la memoria del cuerpo individual derivadas de la vivencia de la experiencia violenta y las consecuencias de esa huella en el cotidiano del sujeto.

# CAPÍTULO V

## MEMORIAS DE LA VIOLENCIA EN EL CUERPO INDIVIDUAL

## CAPÍTULO V

### MEMORIAS DE LA VIOLENCIA EN EL CUERPO INDIVIDUAL

*“El hombre soñó al hombre “perfecto”,  
pero al despertar se dio cuenta que...  
él mismo no era más que un sueño  
previamente soñado”*

Cuerpo físico, cuerpo subjetivo, cuerpo individual, primero carne que deviene cuerpo y sujeto en tanto surge de la palabra del Otro. Para Lacan, referido por Blanca Aguilar y Martha Tapia, el yo, el cuerpo individual, el sujeto, comienza con el proceso del *Estadio del Espejo*, en la que el niño se identifica frente a su imagen propia y la de la otra persona que lo sostiene, pero ante todo está la mirada del Otro... otro que con mayúsculas representa desde la perspectiva lacaniana, “el lenguaje y la ley, el modo en que el gran Otro está inscrito en el orden simbólico” (2006: 35).

Cuerpo, “campo de la narcisización como fundadora de la imagen del cuerpo del niño y de su estatuto narcisista a partir de lo que es primero el amor de la madre y el orden de la mirada dirigida al niño pero, al mismo tiempo que reconoce su imagen en el espejo, el niño la ve y la capta ante todo como la del otro”, “el yo es el Otro” (2006: 34-35).

Si yo es el Otro, el cuerpo individual queda sujeto al cuerpo social en una relación indisoluble que reconoce su existencia en el mundo, lo nombra y le imprime un deber ser y un deber hacer, productos del deseo del otro y el Otro. Cuerpo de mujer, cuerpo de hombre, cuerpo de la víctima, cuerpo del verdugo, cuerpo enemigo, cuerpo escindido, cuerpo subjetivo, cuerpo inscrito en las relaciones de poder, echado a un mundo salvaje en total condición de desigualdad para ser sometido, educado, controlado, regulado, normado, moldeado, modificado, era cuerpo, después nombrado sujeto y a partir de la época postmodernista, lanzado al mundo como objeto.

Objeto de todo tipo de cosas, del deseo, de “amor”, de odio, de transformación, de eliminación, de violencia. Cuerpo-sujeto ahora cuerpo-objeto, que depende de la mirada del Otro, quien le da una estructura y lo oprime a una forma de ver el cuerpo en el mundo, en cuanto a lo bello, lo estético, lo saludable, lo deseable.

---

Para Mercedes Garzón “la psicologización del cuerpo implica la conquista de la subjetividad del cuerpo por medio de las técnicas contemporáneas de expresión, de concentración de relajación...” (2008: 58-59).

Es así como Foucault encuentra que “el poder se introduce en el cuerpo, se encuentra expuesto en el cuerpo mismo” (1992: 112), el sujeto es convertido en su propio vigilante, él mismo ejerce su propio control pero siempre normado desde el exterior. El cuidado del cuerpo será “bien visto”, reconocido por la sociedad como algo positivo que será estimulado por múltiples imágenes que serán el prototipo social de lo que un cuerpo debe ser.

Corporalidad regulada y normada de una red que se deriva del bio-poder y el somato-poder que incide en el sujeto y le instruye en los cuidados que deberá observar para el cuidado del cuerpo. Hoy en día se ha diseñado todo un mercado de consumo alrededor del cuidado y la belleza del cuerpo, la movilización de los sujetos gira en torno a esa lógica de consumo, la preocupación esencial es el mismo, lo de afuera sólo importa en tanto me dicte una forma singular de ser y de estar en el mundo con respecto a mi corporalidad, es decir, lo que debo usar para ser especial, lo que debo tomar, a donde debo ir, lo que me debe gustar.

Un cuerpo prisionero, en realidad nunca supo lo que era la libertad y la autonomía, sujetado a cadenas que ni siquiera sabe que existen, oprimido como sujeto, pero “libre” en tanto sea objeto de consumo, con el deber de consumir para existir y para ser. Una corporalidad sometida a tal cantidad de normas que se volverá imposible observarlas todas, ante lo cual, se le reprimirá, se le estigmatizará, se le señalará, se le marginará y si existe la justificación social que lo permita se le eliminará.

La ley inscrita en el cuerpo individual se traducirá en las costumbres que deberá reproducir, las conductas que deberá observar, los afectos que deberá sentir, las emociones que deberá expresar y los pensamientos que deberán regir la forma en que se conducirá en el transcurso de su vida, está será la memoria del cuerpo del individual muy alejada de lo que *debería ser* a lo que en *realidad es*.

Es en la infancia donde se empiezan a conformar nuestras primeras representaciones de autoridad, vinculadas a un principio de represión de carácter civilizatorio “en el que los instintos del individuo son reprimidos en aras de la convivencia y la cooperación” (Aguilar y Tapia, 2006: 184). ¿Pero cuál es el fundamento de tal civilidad?, se supondría que es el de un contrato social que le garantizaría ser parte del “orden social y participe de los beneficios que de éste emanen” (Aguilar y Tapia, 2006: 185).

---

Beneficios y derechos escasos, que en la realidad se compran o pertenecen a ciertas clases sociales, convertidos en privilegios y por lo que los sujetos estarán dispuestos a “hacer lo que sea” con tal de obtenerlos, pero este no es más que el principio de una larga cadena de enajenaciones que la persona estará dispuesta a hacer, a fin de obtener aprobación, aceptación e inclusive amor.

Un cuerpo arrancado de su raíz natural y transformado en parte de la técnica, “la cual define la propiedad del deseo ya no del individuo, sino de la sociedad que niega la desigualdad y mantiene la mascarada de la escasez” (Aguilar y Tapia, 2006: 186), un sujeto totalmente atado al deseo de “progreso” del Otro y dispuesto a alcanzarlo como si fuese propio. Un sujeto muy parecido al cuerpo sin órganos de Deleuze y Guattari, un simple cuerpo-sujeto-despersonalizado-objeto integrado en toda la dinámica de producción del mercado, un cuerpo convertido en herramienta como imposición de la voluntad de Otro, un sujeto-objeto que aprenderá de esta forma a imponer “su voluntad” a los *otros-objetos* con los que se interrelacione acatando obedientemente el precepto externo de “*lo que debe hacerse*”.

Cuerpo individual inundado por el Otro, pero aún grita, aún duele, aún expresa algo, aunque sea sólo la incongruencia de lo que en realidad vive y lo que le dijeron que tenía que vivir, es esa contradicción que queda expresada en los relatos autobiográficos que conforman el estudio empírico de esta investigación, discordancia impresa en la memoria psico-afectiva-emotiva del sujeto.

Memoria que es impresa por medio de los vínculos que interrelacionan al cuerpo individual y social, y que para el presente estudio quedaron delimitados de la siguiente forma: por medio del cuerpo, idea ya desarrollada en este capítulo; afectividad, comportamiento, pensamientos y tradiciones; en los párrafos siguientes daremos un panorama muy general de estas dimensiones, su relación con la violencia y las consecuencias que de ésta derivan en la vivencia cotidiana del sujeto.

### **Los rostros de la violencia en la afectividad del cuerpo individual**

Desde el primer momento en que un bebé llega al mundo se comienza a configurar un discurso entre él y el exterior que da origen a diversos vínculos los cuales tendrán consecuencias en el desarrollo psico-afectivo-emotivo del sujeto a lo largo de su desarrollo, así como en las formas en que se relacionará con el mundo exterior durante su vida. Uno de los vínculos más importantes es sin duda alguna el afectivo ya que otorga significados y sentidos a las vivencias que el

sujeto percibe con respecto a las personas, cosas, contextos y situaciones externas.

Psicológicamente, las emociones son fenómenos multidimensionales que se manifiestan en los estados afectivos subjetivos de las personas, preparan al cuerpo para la acción adaptativa y están relacionadas al contexto social en el que se desarrollan. Para esta perspectiva las emociones tienen distintas funciones, desde el punto de vista biológico cumplen una función adaptativa; socialmente, “facilitan la comunicación de los estados afectivos, regulan la manera en la que los otros responden a nosotros, facilitan las interacciones sociales y promueven la conducta prosocial” (Reeve, 1994: 351), aunque debemos agregar que esta clasificación de las funciones de la emoción, nos parece escasa e ilusoria y un poco desapegada de la realidad, sin embargo, consideramos importante incluirla.

La razón por la que este enfoque de la Psicología nos parece descontextualizado de la realidad, es porque todas esas funciones que se asignan a la emoción como un fenómeno social, no son más que las respuestas programadas del *deber ser* y *deber comportarse* de los sujetos, éstas de ninguna forma garantizan que su expresión física facilite ni la comunicación de los estados afectivos, ni que regule las acciones o emociones de los otros con respecto al sujeto, ni que faciliten las interacciones y mucho menos que promuevan una conducta prosocial. Lo dicho por este autor aplicado al mundo real, no sería más que otro inventario normatizado, de entre los muchos que aprisionan al cuerpo individual, más que un sujeto podríamos hablar de objetos programados para responder automáticamente a lo que le sea demandado, lo cual es otra forma de violencia.

Pero dejemos a un lado la teoría y abordemos las formas en que las memorias de la vivencia violenta se inscriben en el cuerpo individual y afectan todo vínculo presente y futuro con el cuerpo social.

La estructura familiar está establecida jerárquicamente, al igual que todas las otras instituciones sociales, dicha jerarquía está creada a partir de una figura de autoridad, que en este caso serían los padres o las personas responsables de cuidar y proteger a los demás miembros que la compongan, pero también de ordenar, disponer, obligar y castigar, es decir, en ellos reside una forma de poder. Esta autoridad es ejercida a partir de las relaciones que se establecen entre los miembros del grupo familiar, uno de esos vínculos es el afectivo, relacionado simbólicamente con el amor por lo que éste, quedaría inscrito en una forma de uso y abuso del poder depositado en las figuras dominantes de la estructura familiar.

Existe una tendencia en el imaginario social a asumir que el amor y la violencia no están relacionados, sin embargo se trata de una falsa creencia, Cloe Madanes encuentra que "...el amor implica intrusión, dominio, control y violencia" (1993: 23) y que por tanto "cuanto más intenso es el amor, más cerca se está de la violencia, en el sentido de posesividad intrusiva" (1993: 23).

La violencia ejercida entre los miembros familiares es justificada y aceptada bajo la premisa del amor, de hecho, existe una tendencia en los sujetos que la padecen a pensar que realmente se lo merecen. Sin embargo, la huella que el ejercicio de la violencia deja en el cuerpo individual siempre será de dolor y desequilibrará la vida psíquica del sujeto, será una perturbación a su psique que lo dejará inerme lo invadirá por completo; sufrimiento que será fuente de actos impulsivos, violentos o conductas agresivas.

Desde la perspectiva psicoanalítica, "la violencia del poder emerge, como tal, en cuanto ortopedia artificiosa; vicaria y representante del amor: en su nombre y en tanto mero vacío de ternura y aceptación genuinas" (Aguilar y Tapia, 2006: 45), la madre al amamantar al bebé le transmite tanto impulsos amorosos (pechobueno), como de afán de control y ansiedad de poder (pechomalo).

Para Freud, referido por Blanca Aguilar y Martha Tapia, la madre ante el complejo de castración sufrido por la cultura hegemónica, gesta en el hijo que espera la posibilidad de completud que hasta ahora le había sido negada, la cual la puede llevar a tomar dos posturas: 1) la posición amorosa que "pone el énfasis en la concertación de la independencia y libertad del vástago" (2006: 49), en la cual existe un respeto por este nuevo Ser; y 2) la posición esquizoparanoide "con un alto contenido egocéntrico que consiste en apropiarse de la independencia y la libertad del hijo" (2006: 49), es decir, él como una extensión de su Ser, mediante mecanismos retentivos y de control originada de su pulsión destructiva.

Freud, nuevamente referido por las autores señaladas en el párrafo anterior, descubrió que debido a las necesidades de la época actual que exige "crear individuos que logren encajar ya no sólo en una sociedad de leyes, sino en una sociedad modernizada y estresada" (2006: 50), es la segunda posición la que se ha ido afianzado como forma primordial de la relación madre-hijo, la cual está basada en la represión, promotora de la aparición de fantasmas, que llevarán al sujeto a establecer interrelaciones sociales a lo largo de su vida cotidiana que derivaran en una "persecución alucinatoria intermitente -irreal siendo real-" (2006: 50). El principal problema de esta posición es que deriva en una "violenta soberbia esquizoparanoide del ser humano contemporáneo que alucina un interés desmesurado del Otro hacia él" (2006: 56) provocando un ser "competitivo,

---

egocéntrico, individualista, menos emotivo o necesitado de afecto, codicioso y avaro de poder” (2006: 54).

Las consecuencias de la relación entre la violencia y el amor que hace el sujeto como resultado de la experiencia vivida son graves, Freud menciona algunas de ellas en el sentido del sujeto, pero también es importante ver sus efectos en los vínculos sociales que éste establece. Veamos cómo es que funciona: uno de los problemas más graves en la actualidad son los trastornos alimenticios, existen diversas investigaciones alrededor de esta problemática que no vamos a mencionar aquí, pero es importante señalar que muchas de ellas manifiestan la relación que hay entre la violencia familiar, la afectividad del sujeto y el vínculo que este establece con su propia corporalidad.

Los investigadores mencionan que los factores familiares que inciden en la presentación de estos trastornos, están relacionados con una clara falta de comunicación entre los miembros del grupo familiar, represión de la afectividad y expresividad emocional, falta de apoyo en la familia, la imagen física del cuerpo considerada vital para la aceptación social, padres ausentes o lejanos afectivamente y madres sobreprotectoras o compensadoras, familias con una interacción caótica, padres intrusivos, elevadas tendencias al perfeccionismo dentro de la familia, actitudes paternas obsesivas hacia el peso y la imagen corporal, negación por parte de los padres de las necesidades específicas de los hijos, una relación emotivamente negativa vinculada a la alimentación; todo este cuadro sintomático anterior nos deja ver cómo es posible que una manifestación física de un problema en el cuerpo individual es íntimamente relacionada con la vivencia familiar y su afectividad, pero sobre todo, como actúan las memorias de ese cuerpo en el contexto relacional del sujeto.

El dolor toma formas muy extrañas y diversas para manifestarse, pero siempre lo hará a partir de la huella, de la memoria inscrita en el cuerpo individual, no hay sufrimiento, ni vivencia alguna, que no deje una marca evocativa y replicativa en el sujeto, afectando así todo su universo social y la forma de comportarse ante él, lo cual será desarrollado en el siguiente apartado.

### **Huellas de la vivencia violenta en las acciones del cuerpo individual**

Psicológicamente, el comportamiento es la forma en que un sujeto actúa en los diversos contextos en los que se desarrolla, los cuáles, están directamente relacionados a cuestiones culturales y sociales de la comunidad que lo rodea.



El comportamiento de las personas está muy relacionado con su cultura y contexto social, puesto que estas dos entidades normalizan las formas “correctas” de comportarse de acuerdo a las situaciones, circunstancias, condiciones y entornos; de esta forma, el sujeto es inducido a observar la norma a la cual deberá apegarse bajo coacción de recibir un castigo o rechazo por transgredir la regla, lo que resulta en una doble impresión en la memoria del cuerpo individual, por un lado se internaliza la normatividad y el hecho de que habrá consecuencias en caso de que la incumpla, y por el otro, se inscribe el comportamiento adecuado que le es exigido.

Sin embargo, ante la vivencia de la experiencia violenta el registro mnémico incide directamente en el cambio de los comportamientos de los sujetos, bajo varios supuestos que resumimos de la siguiente forma:

1. Que el comportamiento exigido sea demandado de forma violenta.
2. Que aunque el sujeto responda a la exigencia externa de todas formas reciba abuso.
3. Que viva una situación de contradicción al exigirle un comportamiento en la sociedad que no es parte de la realidad en su vida íntima familiar.
4. Que la contradicción antes expuesta sea en el sentido inverso.
5. La apología que la sociedad realiza en torno a la violencia.

Partiendo de estos supuestos, podemos asumir que el sujeto no nace violento sino que se hace, Xavier Crettiez considera que existen diversos estímulos que son el resultado de un contexto social, “el primero es político, y consiste en poner el acento sobre el déficit de reconocimiento o de acceso al poder para ciertos grupos...” (2009: 36), el segundo está relacionado con la postura marxista que considera que la respuesta violenta está vinculada a “una situación de alienación económica que engendra, con mucha frecuencia, frustración y cólera” (2009: 36), y por último, “los determinismos socioculturales que alientan la violencia, proponiéndole modelos de justificación, o juzgándolos natural en el espacio público...” (2009: 36).

Para Crettiez, existen determinismos socioculturales de la violencia que legitiman los actos violentos de las personas: el medio ambiente, la valorización sociocultural de la violencia y la violencia como parte de la historia contemporánea de los países. Según el autor, por lo que se refiere al medio ambiente, “la relegación del espacio exterior alienta comportamientos marginales y/o violentos” (2009: 51); sobre la valorización, menciona a la “figura del guerrero” como “un elemento favorable de la representación de sí mismo” (2009: 51); y por último, en relación a la historia de los países, donde la violencia “ha determinado fuertemente

---

hábitos de vida, de desplazamiento, las maneras de conversar, así como el conjunto de prácticas sociales..., dando lugar a una recomposición total de los modos de vida...” (2009: 52).

El comportamiento agresivo, al igual que otros comportamientos, también está ligado a la cultura, ya “sea como defensa o estilo de vida, es modelado conjuntamente con otros atributos de personalidad esperados por cada sociedad” (Bifani-Richar, 2004: 98).

El comportamiento humano está ligado no sólo a aspectos psicológicos, sino también a factores genéticos, culturales, sociológicos y económicos, es por ello que explicar el acto violento se vuelve tan complejo, “la violencia es un práctica adquirida; ella no es, pues, ni inevitable ni instintiva” (Blair, 2009: 15). Este aprendizaje del comportamiento violento está relacionado con: “a) *el aspecto psicológico*: definido como una explosión de fuerza que toma un aspecto irracional y con frecuencia criminal; b) *el aspecto moral*: como un atentado a los bienes y la libertad del otro, y c) *el aspecto político*: como el uso de la fuerza para apoderarse del poder o para desviarlo a fines ilícitos” (Blair, 2009: 15).

El vínculo entre las acciones de los sujetos y el comportamiento agresivo se produce porque “la violencia es una conducta ejercida primero como “costumbre”, después aprendida y reproducida al presenciarse y experimentar violencia cotidiana: el hombre patear al niño, el niño al perro...” (Aguilar y Tapia, 2006: 131).

Las acciones de los sujetos tienen sustento en las “verdades” sociales, que no son más que “afirmaciones tomadas por verdaderas y legítimas que sirven tanto para explicar la realidad como para justificar acciones. Presentan además una dimensión moral, en términos de destacar lo que es cierto o errado, deseable o no para cada cuerpo social” (Ferreira y Dimerstein, 2003: 38), lo correcto o incorrecto no lo define una conciencia moral propia de los sujetos, sino una premisa impuesta desde lo social.

Todas estas condiciones familiares, sociales y culturales en torno a la violencia, forman parte de la memoria del cuerpo individual y se imprimen a partir de la vivencia cotidiana de los sujetos. A partir de ellas el sujeto aprende a comportarse de una cierta forma ante la agresión, las variantes así como sus posibles combinaciones pueden ser infinitas:

- a) En relación a él mismo, abuso de drogas, alcoholismo, fuga, conductas autolesivas o suicidas, etcétera.

- b) En relación al vínculo con los demás: a repetir los comportamientos agresivos como parte de una forma de vivir la vida.

Es así como el comportamiento del sujeto está relacionado directamente con cuestiones ideológicas y tradicionales de la cultura, el vínculo creado se traducirá en conductas agresivas porque estas forman parte de un constructo social que las estimula y las justifica, en tanto estén apegadas a ciertas normas. El cuerpo individual recibe las nociones aceptadas de violencia por parte del cuerpo social, por lo tanto, todas las acciones que el primero ejerza encontrarán en el contexto social el resquicio necesario para invisibilizarse, justificarse o legitimarse, siempre y cuando estén apegadas a los usos que le fueron “permitidos”; el principal problema de esto, es que en una sociedad dinámica como la de hoy, las reglas del juego son cada vez menos claras y lo que actualmente se considera correcto mañana ya no lo es.

### **Las representaciones de la violencia en las memorias del cuerpo individual**

Para hablar de ideología consideramos importante partir de dos nociones que nos parecen trascendentales en cuanto a las representaciones sociales que vinculan al cuerpo social y el cuerpo individual, dichas ideas son la de Marx y Serges Moscovici.

Marx encuentra que la ideología es un sistema de representaciones del mundo que utiliza la clase dominante para legitimar su posición privilegiada frente a las clases oprimidas, en este sentido, la sociología la define como el conjunto más o menos sistemático de creencias que intentan explicar al hombre y al mundo, a la vez que orientan su conducta a partir de ciertos valores aceptados como correctos.

Engels señalaba que todo lo que lleva a los hombres a conducirse de tal o cual forma tiene que pasar primero necesariamente por sus cabezas, pero este proceso tiene ciertas particularidades: a) que los sujetos tienden a confundir la ideología con la cultura; b) que las ideologías son “verdades sociales” y como tales son deformaciones de la sociedad no necesariamente verdaderas; c) como señalaba Marx, que las ideas dominantes de una época son las ideas de la clase dominante; d) que las ideologías son un producto social, es decir, pensamientos de los hombres consecuencia de la sociedad en la que viven y del orden económico vigente; y e) que las distintas formas de ideología no tienen ni historia ni desarrollo propio, todas están irremediabilmente atadas a sistemas filosóficos de la historia y a las circunstancias económicas en que se originaron.

La idea de representación social tiene su origen en las nociones de Wundt sobre los mitos a los cuales considera surgidos de la capacidad humana para imaginar y las costumbres que delimitan las opciones individuales y la voluntad. Posteriormente dichas nociones fueron adoptadas por Durkheim, quien considera que las representaciones colectivas no podían ser reducidas a lo individual, dado que la conciencia colectiva trasciende a los individuos como una fuerza coactiva albergada en los mitos, la religión, las creencias, etcétera; postura de la que surgen las representaciones sociales de Moscovici.

En la teoría de las representaciones sociales de Moscovici están definidas como “una modalidad particular del conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos, un corpus organizado de pensamientos gracias a los cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social” (1979: 17-18). Se refiere esencialmente al conocimiento de sentido común que se origina del intercambio de comunicaciones con el grupo social, para Jodelet, lo anterior constituye una forma de pensamiento social.

Estas representaciones sociales están determinadas, según Moscovici, de las condiciones en que son pensadas y constituidas, surgidas primordialmente de momentos de crisis y conflictos. Estos pensamientos que constituyen la representación social, son objetivados por los sujetos en base a índices y significantes en forma de “palabras que circulan y objetos que los acompañan... los signos lingüísticos se enganchan a estructuras materiales (se trata de acoplar la palabra a la cosa)” (1979: 75); dicha objetivación funciona como actividad discriminativa y estructurante con tintes normativos conformando una armazón de valores.

En los niños puede ser apreciada dicha estructura simbólica cuando realizan dibujos de un objeto que ven, pero del que también saben algo, saber que previamente fue internalizado y tiene una carga de afectos, valores y condiciones de naturalidad. En general el proceso de objetivación tiene como objetivo esencial pasar del “conocimiento científico” a ser entendido por el dominio público, por medio de una forma de anclaje natural y dinámica a través del cual “la sociedad cambia el objeto social por un instrumento del cual disponer” (1979:121),

El anclaje funciona como una especie de actividad reguladora de la interacción grupal, puesto que implica un sistema preexistente de pensamiento, Jodelet señala al respecto que a partir de él, el sujeto genera conclusiones rápidas sobre la conformidad y la desviación de la nueva información con respecto al modelo existente y proporciona marcos ideológicamente constituidos para integrar la representación y sus funciones. Estas representaciones están determinadas tanto

---

individualmente como socialmente, es decir, existe una influencia de las condiciones económicas e históricas de una sociedad y la *huella* individual que le permite al sujeto moverse dentro de su colectivo, estos dos elementos constituyen en la teoría de las representaciones sociales, la determinación lateral o individual y “la determinación central que aumenta el grado de totalitarismo e inmovilidad dentro de una sociedad” (Banchs, 1984: 12).

La representación social es una teoría natural integrada conceptos cognitivos como la actitud, la opinión, la imagen, el estereotipo, la creencia, etcétera. En la actitud funciona como una orientación global positiva o negativa; en la opinión, ayuda al individuo a fijar una posición frente a objetos sociales cuyo interés es compartido por el grupo; en relación a los estereotipos, funcionan como categorías de atributos específicos a un grupo o género que se caracterizan por su rigidez; en la percepción social, como rasgos que la persona atribuye al blanco de su percepción; y en la imagen, como una huella impresa mecánicamente y anclada a la mente.

Es por ello que las representaciones sociales pueden presentarse en diversas formas como imágenes que condensan un conjunto de significados; categorías para clasificar circunstancias, fenómenos, individuos; teorías naturales que explican la realidad cotidiana; conocimiento de sentido común, pensamiento natural construido a partir de experiencias, informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento recibidos y transmitidos a través de la tradición, la educación y la comunicación social, el cual es socialmente elaborado y compartido.

Para Moscovici la representación social contribuye al proceso de formación de conductas y a la orientación de las comunicaciones, resolver problemas, dar forma a las interacciones sociales y proporcionar un patrón de conductas; por su parte Dario Páez las considera como una forma presistemática o vulgarizada en el discurso del sentido común, de las ideologías institucionalizadas, discurso social de la legitimación de la hegemonía sustentada en la división del trabajo y en el lenguaje.

Este precedente alrededor de la ideología marxiana y las representaciones sociales de Moscovici, es importante para comprender como se imprimen en el cuerpo individual las memorias de la violencia, en las ideas, pensamientos y creencias en torno a la violencia, que más tarde tendrán una gran influencia en las acciones del sujeto. En los relatos autobiográficos de los entrevistados que forman parte de esta investigación, encontramos que los sujetos tienen diversas ideas en

torno a la violencia, las cuales, le otorgan un significado y sentido a la experiencia vivida.

La violencia encuentra en estas creencias todo un universo de explicación legitimación y justificación “compartido” con el “conjunto de creencias y consignas de un determinado grupo o sociedad...” (Bifani-Richard, 2004: 57), razón por la cual, toda acción violenta podrá manifestarse legítimamente si encuentra los preceptos ideológicos sociales que la justifican.

Carlos Pereda, distingue entre dos tipos de violencia: “la externa o bruta” y “la interna o argumentación de la violencia”; esta última es apoyada y reafirmada por la primera mediante “argumentaciones racionalizadoras que encubren peligrosamente con un manto racional pasiones o intereses” (Sánchez, 1998: 332). Pasiones e intereses de procedencia obscura, por decirlo de otra manera, que raramente se saben de dónde específicamente proceden.

Nuestra “versión del mundo” no es más que consecuencia de lo que nos han dicho que debemos de creer y la forma en que debemos de pensarnos en el contexto social, entonces primero uno piensa, luego se identifica y en consecuencia actúa dentro de la sociedad.

Discursos que le dan al sujeto una identidad, le otorgan una pertenencia y que son excluyentes de lo distinto, ideas tan simples como “nuestra raza”, “nuestro patria”, “nuestra religión”, crean en el individuo pensamientos que llegan a constituirse en justificaciones del uso de la fuerza, si se percibe una posible amenaza que atente contra lo que es “nuestro” o “nuestra identidad”.

Los discursos de odio se configuran de esta forma, primero se crea una idea identitaria y luego se señala al otro, a “ese” que desconoce las reglas o que tiene otras, el posible enemigo, al que después se le considera un peligro, razón o argumento esencial para decretar su extinción. Para el psicoanálisis, esta noción del enemigo es una invención de alguien, “el gato no es enemigo del ratón. La enemistad es una invención humana, invención de alguien que el Otro sabe que existe y está también habitado por el odio y la envidia” (Aguilar y Tapia, 2006: 36).

En la actualidad, a la idea del enemigo se suma el de la seguridad, el cual ha generado grandes dividendos tanto para organismos públicos (el ejemplo más actual sería la “dichosa” guerra contra el narcotráfico), como a empresas privadas, que han encontrado la oportunidad de capitalizar, ya sea en dinero o especie, el miedo de las personas; pero para que esto sea posible y factible se tiene que construir necesariamente el rostro del “horror” e incrementar la intensidad de la sensación de inseguridad; en esta tarea el Estado y los organismos privados no

---

están solos, la televisión, el radio, la red electrónica, etcétera, desempeñan un rol trascendental en esta tarea.

El rostro del enemigo, del miedo, del temor, ha tenido las mil caras del horror, antes era el conquistador, el extranjero, el de afuera, ahora, es reinventando e instalado en la intimidad de lo cotidiano y lo inmediato, en el presente “está con nosotros todos los días, en todo momento: comparte con nosotros el vagón del Metro, el asiento de a lado, la casa de enfrente, la oficina en el mismo piso” (Aguilar y Tapia, 2006: 12).

Pero los medios masivos de comunicación no sólo crean imágenes del enemigo, también ayudan a “crear una corriente de opinión sobre qué comportamientos violentos tienen que ser aceptados y cuáles no, de manera que son creadores de un constructo social de legitimación de la violencia” (Aguilar y Tapia, 2006: 123), en la televisión mexicana existen por lo menos tres programas en lo que se encuentra este tipo de fin, telenovelas, talks shows y realitys shows. Dichos programas resaltan las cualidades físicas, psicológicas y de comportamiento de los personajes o participantes, que se consideran deseables y aceptables para los sujetos que integran esa sociedad.

En este sentido, el psicoanálisis considera que existe una tendencia desde hace ya varios años, “de imponer, no la razón (puesto que ésta va más allá de analizar y concretar), sino el poder sobre la naturaleza, sobre sus semejantes y sobre sí mismo” (Aguilar y Tapia, 2006: 61) a la que se suma la “ideología oficial que aterroriza literalmente al sujeto que no puede ser más que el miembro de un grupo, sin autonomía personal” (Touati, 1993: 11).

Como ya explicamos la ideología es la que conforma un sistema de creencias, ideas y pensamientos en el cuerpo individual y tiene una relación indisoluble a un conjunto de conocimientos y concepciones preexistentes en el cuerpo social, las cuales inscribirán su huella en el sujeto y lo estimularan a actuar de acuerdo a ese orden ideológico preestablecido. Ante la violencia, la sociedad exige más violencia, muerte al secuestrador, violación y castración al violador, penas más severas para el delincuente, mayor control y normatividad a los niños y jóvenes disfrazada de valores, ¿no es acaso esto una contradicción?, si la violencia genera violencia, ¿cómo es posible que pensemos que esa sea la solución?, más concretamente ¿por qué pensamos así?, el argumento desarrollado en torno a las representaciones de la violencia nos puede llevar a encontrar una posible respuesta.

### **La violencia en las tradiciones y su impresión en el cuerpo individual**

La tradición como conjunto de bienes culturales es heredada de una generación a otra y reside principalmente en la cultura, el folclore y la sabiduría popular de una sociedad. En las personas que conforman un grupo social se da una tendencia a compartir estilos de vida homogéneos que surgen de las tradiciones reproducidas en esa sociedad.

En este punto de las tradiciones y su relación con la violencia es imprescindible agregar el concepto de *habitus* de Bordieu, el cual está relacionado a nociones mencionadas anteriormente sobre la dominación y el poder. Bordieu manifiesta que este dominio se representa en una forma de “servidumbre voluntaria” que los sujetos han interiorizado como “natural”, desconociendo su carácter claramente arbitrario; puesto que son manifestaciones muy sutiles del poder que las invisibiliza y aliena al individuo.

Para Bordieu, referido por Crettiez, “el Estado, las instituciones y las prácticas del orden dominante (la escuela, la universidad, los medios de comunicación, el lenguaje político) son lugares o expresiones de una violencia simbólica que tiende a ocultar, bajo un aspecto de naturalidad, relaciones de dominación invisibles...” (2009: 17).

Estas relaciones de dominación forman parte de la memoria del cuerpo individual, aunque de forma inconsciente, ya que son reproducidas al seno de las tradiciones y consideradas trascendentales para la convivencia social. El sujeto es normado por la tradición que lo ubica en cierto lugar de la estructura y le otorga los principios de dominio y dominación: Gobierno-ciudadano, Padres-hijos, Jefe-empleado, Mercado-consumidor, Hombre-Mujer, Clase Alta-mass media, Normal-anormal, es decir, un sinfín de formas que éste igualmente reproducirá.

Así como las relaciones de dominio son un concepto socialmente construido, la violencia también lo es, un comportamiento violento tendrá un significado socio-cultural que le dará o no esa connotación. México es un país compuesto por una gran diversidad de subculturas a las que por todos los medios se ha tratado de homogenizar, pero aún con ese precedente sigue siendo rico en diversidad de tradiciones y costumbres ligadas a cada comunidad en particular y en los que los significados de los conceptos distan mucho de parecerse entre sí, lo que a uno desde su mundo cultural podría parecerle una aberración para otros tiene mucho sentido y sobre todo una significación positiva.

En la vida real, la violencia tiene múltiples imbricaciones relacionadas con la sociedad y sus formaciones culturales e ideológicas, las cuales, tienen una larga

---



historia y están profundamente arraigadas en el imaginario social, es posible estudiar el fenómeno violento a partir del sujeto pero sin olvidar que se trata de un individuo entretejido por las condiciones objetivas (estructurales), racionales (estratégicas) y culturales (simbólicas). En este imaginario social se ubican los “micropoderes” que son una expresión misma de la cultura, que los replica como hábitos y prácticas en la vida cotidiana y con el mismo objetivo común, normalizar y controlar.

Las tradiciones impresas en el cuerpo individual con respecto a la violencia y al comportamiento agresivo, son alentadas en la propia cultura, por ejemplo, Crettiez refiere en su libro una investigación en Ulster, Irlanda del Norte, en la que se observa claramente esta relación entre violencia y las prácticas culturales comunitarias en las que se alienta la exclusión, se distinguen tres formas de esta vinculación: “los desfiles, la *pub history* y la escuela” (2009, 54), en cada uno de estos lugares se originan prácticas que animan comportamientos para que cada grupo (protestantes y católicos) esté bien diferenciado; la segunda se da en las escuelas donde existe una clara división en este aspecto, “el 95% de las *controlled schools* tienen menos del 5% de alumnos católicos... y el 98% de las *maintained schools* tienen menos del 5% de alumnos protestantes...” (2009: 54); y la tercera, se manifiesta en la institución educativa que es utilizada para la reclusión de niños que son transformados en heraldos de su cultura comunitaria, y encargados de mantener las identidades y los viejos odios” (2009: 54).

La violencia ejercida en el cuerpo individual y posteriormente reproducida por él, es también construida desde la cultura, al igual que las formas de la violencia que no surgen del ingenio del sujeto, sino que en torno a ellas existe toda una construcción social, en forma de creencias, costumbres y tradiciones, directamente relacionadas a la vida cotidiana del sujeto como parte integrante de una sociedad. María Clemencia Ramírez, es muy clara en este aspecto, así como la cultura produce violencia, ésta última construye significados culturales en torno a ella y se crea una relación que es parte de la historia del cuerpo social y de la memoria psico-afectiva-emotiva del cuerpo individual.

El problema de la violencia va más allá de saber quién es el culpable, saber quien la originó o si fue primero el huevo o la gallina, al final no reflejaría absolutamente nada y menos una posible solución al fenómeno violento. La discusión de la presente investigación, gira precisamente alrededor de la incompatibilidad de las memorias del cuerpo social y el individual, es imposible compatibilizar una huella social que es histórica-estadística-normativa con una huella individual psico-afectiva-emotiva, no existe un solo discurso de la postura oficial capaz de reflejar

---

el sufrimiento real de una persona que ha sido violentada y el exceso de significaciones sociales y culturales que dicha vivencia representa.

Finalmente se trata de comprender que la complejidad del cuerpo individual escapa a versiones parcializadas del él, en tanto que es el resultado de miradas múltiples que ejercen una voluntad sobre él y que tejen una realidad alrededor de su corporalidad. Como bien menciona Guinsberg, “se trata de comprender cómo lo imaginario en tanto *imaginario*, lo simbólico en tanto *simbólico*, son estructurados por otro real distinto de aquel del deseo y la angustia, en el que se tejen las contradicciones profundas y veladas de la vida social, en las cuales se hallan los hombres y las líneas de fuerza de su destino, y que ellos interiorizan” (1997: 21).

Al final lo único importante no es la ubicación de la violencia en el cuerpo individual o social, lo interesante está en comprender la complejidad que encierra a este fenómeno en la relación sujeto-Otro, no hay una solución al fenómeno violento, hay millones de soluciones posibles que deben de considerar la individualidad del contexto social del sujeto.

Camus decía que la vida no tiene sentido, yo me permito agregar que ha sido la violencia la que le ha dado otros sentidos por demás violentos a la vida.

# CAPÍTULO VI

## MÉTODO

## **CAPÍTULO VI**

### **MÉTODO**

En la presente investigación se realizó una investigación de tipo cualitativa en la cual se analizaron las memorias que la vivencia de la experiencia violenta imprime en el cuerpo individual y el cuerpo social, así como las consecuencias que de esta huella derivan en la vida cotidiana del sujeto; para ello se utilizó la entrevista en su modalidad semiestructurada y se realizó una exploración teórica integrada por diversos enfoques disciplinarios en cuanto a bibliografía y que abarcó los conceptos clave que integran este estudio.

Tanto de las entrevistas como de la revisión bibliográfica se derivaron las categorizaciones de las que consta esta investigación.

En relación al cuerpo social se hizo un análisis teórico obtenido de la revisión bibliográfica en base a las dimensiones previamente delimitadas.

#### **Preguntas de investigación**

Debido a la experiencia de una vivencia violenta, ¿cómo serán las memorias o huellas que quedan en el cuerpo individual y social?

¿Existe una conciencia de los sujetos del uso de micropoderes como parte sustancial de su interacción en cotidiano, así como de la dinámica de placer derivado de su uso?

¿Cómo se guarda dicha vivencia en el cuerpo individual y social y qué relación guarda ésta, con las futuras interacciones del sujeto?

¿Cuáles son las similitudes y/o diferencias de la vivencia de la experiencia violenta ocurridos en el cuerpo individual y social?

¿Cuál es la relación entre la vivencia individual y la del cuerpo social y cómo está relacionada con la vivencia cotidiana de las personas y a su vez con la violencia?

#### **Objetivos Particulares**

- Identificará si existe una conciencia del uso de micropoderes en los sujetos, así como las dinámicas del placer de los mismos.

- Identificará como se guarda la vivencia violenta en el cuerpo y la relación que ésta guarda en las futuras interacciones del sujeto.
- Comparará las posibles similitudes y/o diferencias de la impresión de la vivencia violenta ocurridos en el cuerpo social e individual.
- Examinará el vínculo entre la vivencia individual y la del cuerpo social, así como su relación los hechos violentos vividos en el cotidiano.

### **Hipótesis**

La vivencia violenta imprime tanto en el cuerpo individual como social memorias, las cuales se vuelven parte del ser y afectan la convivencia en el cotidiano de los seres humanos.

Los sujetos, al vivir como parte del cotidiano diversos hechos violentos introyectan códigos de convivencia que hacen difícil la toma de conciencia en cuanto a su participación en el uso de los micropoderes y la dinámica del placer que éste conlleva.

Las memorias del cuerpo individual y social tienen sus propios códigos y formas de almacenarse en el recuerdo y el hábito del sujeto y de la sociedad integrada por ellos.

La vivencia violenta conlleva dos tipos o clases de experiencia, una de ellas es la personal, la que se imprime en el cuerpo de los sujetos de manera individual, sin embargo, ésta, al volverse parte del cuerpo social guarda parte de los códigos de dicha experiencia.

Estos tipos o clases de experiencia conllevan un vínculo estrecho que sería de alguna manera la dinámica de la sociedad ante la violencia, por lo tanto están directamente relacionados con los hechos violentos que se viven en el cotidiano de los sujetos.

### **Participantes**

Se realizaron 8 entrevistas: 5 al sexo femenino y 3 al masculino.

Se entrevistó a 5 mujeres residentes del Distrito Federal, con un rango de edad de entre los 18 y los 60 años y que acuden al Instituto Nacional de las Mujeres, sede Gustavo A. Madero, por ser víctimas de violencia.

Los hombres son residentes del Distrito Federal, con un rango de edad de entre los 18 y los 60 años y son trabajadores del Instituto Politécnico Nacional.

### **Instrumento**

Se utilizó la entrevista cualitativa en su modalidad semiestructurada y bajo los supuestos metodológicos del relato autobiográfico, los cuales se refieren: al reconocimiento de que las autobiografías sirven para explicar la realidad social a partir del punto de vista del actor/a; la veracidad del relato contado por el sujeto que vivió la experiencia, además en el relato autobiográfico la conciencia individual se sitúa como exterior a la situación, puesto que la verbalización implica la utilización de unos materiales simbólicos compartidos, es decir, los hechos sociales no son el desarrollo de hechos psíquicos, sino que estos últimos son la prolongación de los hechos sociales de la conciencia.

Se diseñó un semi-guión de entrevista a fin de obtener el relato vivencial del sujeto, quedando abierto para que en su caso, se pudiese profundizar en alguna parte del relato.

El semi-guión de la entrevista quedó conformado de la siguiente manera:

1. Relato de la infancia.
2. Relato de la vivencia violenta.
3. Relato de las sensaciones vividas ante la experiencia de la vivencia violenta.
4. Relaciones jerárquicas.
5. Relación de la vivencia violenta con la vida cotidiana actual del sujeto.

### **Escenario**

Las entrevistas fueron llevadas a cabo en 2 contextos distintos:

- Para el caso de las mujeres fueron realizadas en las propias instalaciones de INMUJERES, unidad Gustavo A. Madero.
- Los hombres fueron entrevistados en las instalaciones del Centro de Apoyo Polifuncional, unidad Zacatenco, perteneciente al Instituto Politécnico Nacional.

En ambos contextos el escenario fue muy parecido, un salón cerrado, alejado del ruido y perturbaciones externas, con el fin de que los entrevistados se pudieran concentrar en la elaboración de sus relatos en un ambiente relajado y privado.

Para grabar los relatos se utilizó una grabadora de voz y los archivos fueron guardados electrónicamente en formato MP3.

### **Procedimiento**

El contenido de la parte empírica de esta investigación fue obtenido de las entrevistas semiestructuradas realizadas a hombres y mujeres residentes del Distrito Federal quienes aceptaron de forma voluntaria participar y se realizó previo consentimiento informado y con base en el marco ético de la investigación.

Los sujetos fueron alentados a construir un relato de su vida que abarcó desde la infancia hasta el presente, así como a externar su opinión en torno a los hechos vividos y a su propia participación en los mismos.

Durante el proceso de las entrevistas, sobre todo en las mujeres, el recuerdo de las vivencias fue desgarrador, por lo que se les confortaba para que pudieran seguir con el relato. Sin embargo, debo mencionar que fue un proceso fuerte tanto para los entrevistados como en lo personal, el contenido de los relatos es, en ocasiones, por demás estremecedor; a pesar de todo, las entrevistas podrían considerarse exitosas, ya que de ellas se obtuvieron relatos que muestran fehacientemente la relación que se origina entre el cuerpo individual y el cuerpo social a causa de la vivencia violenta.

El análisis de las entrevistas incluyó de las siguientes etapas:

1. Se hizo una exhaustiva revisión de los discursos a fin de realizar una lectura analítica del material discursivo.
2. Derivado de la revisión se identificaron los vínculos que unen al cuerpo individual con el cuerpo social.
3. Igualmente se identificaron las dimensiones que estructuran al cuerpo social.
4. A partir de las dimensiones encontradas se codificaron las entrevistas obtenidas en el programa Atlas-Ti versión 4.1.
5. De la codificación se realizaron mapas relacionales en el mismo programa informático que sirvieron para sintetizar el análisis y ubicar las dimensiones específicas de las memorias en ambos cuerpos, la forma en que se realiza la interrelación y las consecuencias que se derivan de esta vinculación.

Derivado del análisis se distinguieron las dimensiones de las memorias del cuerpo social y del cuerpo individual que para efectos de este estudio quedan definidas:

- El cuerpo individual se refiere a la corporalidad individual del sujeto, es decir, a la experiencia individualizada en relación a su cuerpo.

- El cuerpo social está definido en cuanto a su estructuración en la sociedad y quedó conformado en esta investigación por el Estado, la Iglesia, las Instituciones de Salud, el Trabajo, la Escuela y la Familia.
- Por memorias de los cuerpos entendemos las huellas que derivan de las interacciones sujeto-sociedad.

En cuanto a las dimensiones propias del cuerpo individual se distinguieron cinco dimensiones esenciales:

- Vínculos por medio de los cuales el cuerpo individual se relaciona con el cuerpo social: cuerpo, emoción, acción, ideología y tradición, los cuales para efectos de esta investigación quedan definidos de la siguiente forma:
  1. **Cuerpo:** Se refiere a la relación establecida a través de la corporalidad del sujeto, constituida alrededor de universo físico, psicológico y simbólico primero social y luego individualizado.
  2. **Emoción:** Se refiere al vínculo afectivo que el cuerpo individual mantiene a lo largo de su vida con el cuerpo social, esencialmente representado por la Familia, aunque no exclusivo.
  3. **Acción:** Se refiere a los comportamientos de los sujetos en su relación con el entorno externo.
  4. **Ideología:** Se refiere al conjunto de pensamientos producidos socialmente e introyectados en el individuo, impulsándolo a pensar, sentir y actuar de una forma particular.
  5. **Tradicición:** es el conjunto bienes culturales heredado de una generación a otra, incluida en las costumbres, creencias y valores que son compartidos socialmente.
- En cuanto al cuerpo social se distinguieron seis dimensiones esenciales: Estado, Iglesia, Instituciones de Salud, Trabajo, Escuela y Familia
  1. **Estado:** son las autoridades que dirigen, controlan y administran las instituciones del Estado, el cual está dividido en tres poderes, ejecutivo, legislativo y judicial.
  2. **Iglesia:** Institución que regula la vida espiritual de sus agremiados.
  3. **Institución de Salud:** son las encargadas de cuidar y fomentar de manera integral la salud de los individuos mediante la provisión de servicios integrales, con énfasis en las acciones preventivas.
  4. **Trabajo:** es la institución que regula la relación entre la actividad laboral y el trabajador.



5. Escuela: se refiere al centro educativo donde el sujeto recibe educación o enseñanza y conocimiento.
6. Familia: se refiere a la estructura conformada en lazos de interdependencia y que está encargada del cuidado y la protección de los integrantes familiares.

A partir de las entrevistas realizadas se realizó la codificación y el análisis del discurso en base a las dimensiones del cuerpo individual en relación a los vínculos que éste establece con las dimensiones que conforman el cuerpo social de esta investigación. De lo anterior fue posible ubicar las memorias de ambos cuerpos, así como el sentido que éstas dan a las vivencias de la violencia y las repercusiones que este tipo de experiencia implica para el sujeto a lo largo de su vida cotidiana.

### **Resultados**

De la revisión bibliográfica se desarrolló el marco teórico que integra esta investigación.

En cuanto a las entrevistas semiestructuradas, se obtuvieron 8 relatos autobiográficos de vida que fueron analizados con el programa Atlas-Ti versión 4.1 y en los que se identificaron las dimensiones de la memoria del cuerpo individual y el cuerpo social.

Tanto de los resultados obtenidos en el proceso de codificación, como el de mapeo se realizó un cruce que nos permitió identificar los diferentes procesos que se llevan a cabo en el cuerpo individual y el cuerpo social con respecto a la vivencia violenta; así como las repercusiones que esta diferencia tiene tanto para el sujeto, la sociedad; y la relación que guardan ambos.

Por último, se desarrolló el esquema de comprensión incluido en la parte de resultados, el cual, es diseñado a partir del análisis de los mapas relacionales realizados en el programa Atlas-Ti versión 4.1, en base a las preguntas de investigación que integran este proyecto.

# CAPÍTULO VII

# RESULTADOS

## CAPÍTULO VII

### RESULTADOS

Los resultados se integran, primero desde la investigación en torno a las memorias del cuerpo individual y social, objetivo general de este proyecto, para posteriormente dar paso propiamente al desarrollo de los objetivos planteados en el apartado de método.

A partir de la investigación y el análisis realizado en las entrevistas se pudo determinar que las memorias del cuerpo individual y social, son cualitativamente muy diferentes. Se encontró que en el cuerpo individual se imprime una memoria de tipo psico-afectiva-emocional derivada de la vivencia violenta, en cambio en el cuerpo social, esta misma experiencia se imprime como una memoria histórica-normativa-estadística.

Lo anterior encuentra sustento dentro del mismo contenido de los relatos autobiográficos de los sujetos, las propias personas de manera inconsciente señalan la incongruencia entre lo que están viviendo y sintiendo, y las posturas institucionales ante su situación; de igual forma, son ellos mismos lo que toman como referente esa memoria del cuerpo social para realizar comparaciones, justificar sus actos violentos o minimizar su propia actuación o la de las personas con las que mantienen un vínculo estrecho.

Como mencionamos anteriormente, la vivencia de la experiencia violenta en el cuerpo individual imprime una memoria psico-afectiva-emocional, en el siguiente extracto del relato de una entrevista se puede apreciar dicha huella: *“me dio mucho... mucho coraje que me golpeará, le dije que ya no lo quería volver a ver, me salí con mi hijo y... llegué a mi casa llorando”*, la agresión sufrida es absorbida por el cuerpo individual en forma de coraje y dolor. Sin embargo, el dolor y sufrimiento referidos por la persona, en el cuerpo social se imprimen en una memoria histórica-normativa-estadística, reflejada como un caso más de violencia intrafamiliar y familias disfuncionales, integradas en el registro histórico de esa sociedad.

Este pequeño análisis nos permite distinguir las distintas formas en que una misma vivencia se imprime en las memorias de ambos cuerpos y reconocer como la memoria del cuerpo social tiende a imponer su propia lógica histórica-normativa-estadística al sujeto. Una vivencia de dolor como la descrita anteriormente será obligada a observar todo un corolario normativo al cual deberá ajustarse, con el fin

---

de encontrar la forma, política, educativa, religiosa, laboral y/o familiar que sea considerada como “correcta” para expresar y dar sentido a esa situación particular.

De ahí, que si dicha vivencia individual no se ajusta a las reglas del cuerpo social generará entonces, una falta a la norma, a lo socialmente establecido y por ende dé pauta a un proceso de violentación bidireccional.

El problema es que las normatividades que se derivan de las dimensiones del cuerpo social, en muchos casos, son contradictorias, lo que ocasiona mayores y más graves problemas al cuerpo individual: *“la primera vez que me golpeó fue porque yo salía de trabajar como a las cinco de la tarde, trabajaba con mi mamá, igual que ahora y... él vivía en Tlahuac, entonces nos veíamos todos los días o él venía a mi casa o yo iba, en ese tiempo él estaba trabajando por allá y nos quedamos de ver, pues me tardé, o sea, me tardé un poco, de hecho pues yo a Tlahuac hacia como hora y media, pues me tardé un poco, llegué y estaba enojadísimo”*, este extracto nos permite observar las diferentes reglas a las que se ve sometido el sujeto, por una lado están sus obligaciones laborales y por el otro las familiares, ante la falta a la norma en una de las dimensiones tiene origen la agresión.

El sujeto se encuentra inmerso en dos normas que se contradicen, por una parte, está atado a las obligaciones de un contrato laboral que le exige ciertos horarios y por otra, a las condiciones impuestas por un esposo derivadas de una tradición patriarcal en la que es socialmente válido que el hombre imponga horarios a su mujer, quien deberá observarlos y acatarlos, o de lo contrario atenerse a las consecuencias de la transgresión, y por tanto a una muy posible agresión; esta imposibilidad del sujeto para cumplir la normatividad exigida por el cuerpo social, sirve de precedente para el ingreso de la agresión y la violencia.

Mencionamos que así como la memoria social tiene como función normativizar al sujeto, también le sirve como referente o punto de comparación que da sentido a la vivencia del cuerpo individual: *“ella nos veía a dos peleando a los dos nos pegaba y después investigaba que era lo que había pasado; fue una situación que le funcionó muy bien, porque en el ambiente en el que vivimos pues prácticamente el 80 o el 70% de mis amigos, de mis compañeros de escuela son drogadictos o tienen problemas severos, este, de violencia; y mi mamá no, pues ella decía tres nalgadas a tiempo valen muchas a destiempo, y así es la filosofía que ella nos dio y afortunadamente ninguno es vicioso, ni es alcohólico”*. En el extracto anterior queda reflejado el *deber ser* social, lo que a juicio del propio entrevistado, da una connotación positiva a la vivencia violenta, pues como el mismo lo refiere *“afortunadamente ninguno es vicioso, ni es alcohólico”*, palabras que denotan y

---

expresan el agradecimiento, albergados en su memoria corporal individual e inscritos desde el afecto en relación a la figura materna.

El agradecimiento hacia las acciones realizadas por la figura materna, le permite configurar un discurso en el cual el sujeto expresa su aprobación, porque es gracias a la intervención de su madre que tanto él como su corporalidad fueron salvados: *“en el ambiente en el que vivimos pues prácticamente el 80 o el 70% de mis amigos, de mis compañeros de escuela son drogadictos o tienen problemas severos”*, en estas palabras dichas por el entrevistado se visualiza la memoria estadística del cuerpo social que le sirve al sujeto de referente y le da sentido a la violencia vivida en el ámbito familiar.

En este otro extracto del relato de la entrevista nos permite observar de nueva cuenta porque la memoria del cuerpo individual es distinta de la del cuerpo social: *“yo siento que más fue el recibir golpes hacia mí que yo no entendía por qué, o sea, ¿por qué ese rechazo?, y yo trate de hacer lo más perfecta que pude, y yo me recuerdo limpiando para que mi mamá no se enojara ¿no?, este, sacando diez, mmm, o sea, haciendo todo para no provocar su... su enojo ¿no?, este, y aislándome, haciendo lo que ella quisiera pero no era suficiente y sus palabras, rechazándome, diciendo cosas muy hirientes”*, la vivencia de la experiencia violenta genera en el sujeto dolor, sensación de rechazo, aislamiento e inseguridad, incertidumbre al no saber o desconocer qué es lo que *debe hacer* para ser aceptado y amado.

Al mismo tiempo que el cuerpo individual es impactado por la violencia, el cuerpo social también es afectado, sin embargo, su inscripción carecerá de los elementos psico-afectivo-emotivos del primero, el mismo extracto del relato de la entrevistada los pone en evidencia: *“yo sabía que tenía mucho potencial, me sé muy inteligente, pero me faltó..., ahora sí que el apoyo, yo me acuerdo que yo tenía muy grabado en mi mente que: “sí mi mamá me quisiera, o sea, yo sería mejor que cualquiera...”*, el problema individual psico-afectivo-emotivo, se traduce en el abandono de los estudios, inscrito en la memoria histórica-estadística-normativa de la institución educativa.

Es interesante observar como el sujeto intenta una y otra vez ceñirse a las reglas impuestas desde lo social, en los mismos relatos se ve reflejado este interés y la necesidad de los individuos por ser aceptados, así como la disponibilidad que tienen para hacer lo que sea con tal de ser amados y reconocidos: *“yo trate de hacer lo más perfecta que pude, y yo me recuerdo limpiando para que mi mamá no se enojara ¿no?, este, sacando diez, mmm, o sea, haciendo todo para no provocar su... su enojo ¿no?, este, y aislándome, haciendo lo que ella quisiera”*

---

*pero no era suficiente y sus palabras, rechazándome, diciendo cosas muy hirientes...*”, el dolor sufrido por la persona es evidente, ya que no importa lo que haga o deje de hacer, el único lazo afectivo que conoce es por medio de la agresión física y psicológica, originando así las bases por las que los sujetos relacionan el amor con el ejercicio de la violencia.

El mismo relato de la entrevistada nos da el argumento por el que estas dos nociones quedan relacionadas en las memoria del cuerpo individual: *“Ahora lo trato de ver, tal vez, por protección, que este, pues que su manera de querer fue esa ¿no?, fue más... no sé, hacernos de comer o terneros limpios fue su única manera de decir que te quería”*. Al no conocer otra forma de amor materno, el sujeto busca en las acciones de su madre un indicio afectivo, cualquiera que éste sea y le encuentra sentido, justificación y legitimación en todo un imaginario simbólico social en torno a la figura materna.

En general, la mayoría de las entrevistas reflejan las huellas psico-afectivas-emotivas de los sujetos debido a la vivencia de la experiencia violenta, el sufrimiento puede llegar a ser tan grande para el sujeto que se disfraza de un “olvido” aparente de los hechos vividos: *“Ahora te lo puedo platicar, porque yo estoy en terapia, ¿cómo le llaman?, terapia..., bueno individual, pero con una terapeuta, entonces para mí todo esto era muy doloroso y muy vergonzoso, muy vergonzoso, yo nunca había platicado de esto, hasta ahora en las terapias ¿no?, lo he podido platicar, entonces te digo en cada embarazo mi abuelito la golpeaba porque salía embarazada, y este..., pues para mí, me dolía mucho porque yo estaba muy chica, pero yo me acuerdo que cuando le decía a mi abuelita: ¡Oye te veo rara! Mi abuelita a mi mamá. ¡No me digas que ya estas embarazada! ¡Hay sí mamá, que no se qué!... ¡Hay nada más que sepa tú papá! Y sí, efectivamente, eran palizas ¿no?, eso era triste, muy triste para mí”*; las agresiones físicas como vivencia repetitiva en la vivencia individual ocasionan ese rechazo al recuerdo, pero una vez traído al presente, nos permite identificar nuevamente, cómo es que ante la falta a la norma impuesta por el cuerpo social se procede al uso de la violencia, pero también el papel que juegan los roles de poder en dicha situación.

Pero ¿qué pasa con el sujeto y la memoria que queda impresa en su corporalidad individual?, de las cinco entrevistas realizadas a mujeres, todas al ser rebasadas por las experiencias de la vivencia violenta, se vieron en la necesidad de acudir por ayuda a fin de poder enfrentar el problema y darle sentido a lo que habían vivido: *“Ahora te lo puedo platicar, porque yo estoy en terapia, ¿cómo le llaman?, terapia..., bueno individual, pero con una terapeuta...”*.

Dentro del cuerpo social las instituciones de salud juegan un papel fundamental con respecto al problema de la violencia, actualmente los gobiernos se preocupan mucho por implementar políticas de prevención de la violencia y originar espacios donde se ayude a las personas que la padecen, ya sea en el ámbito legal, de la salud, psicológico y/o económico, sin embargo, éstas también forman parte de la otra cara de la sociedad en cuanto a su función normalizadora. En la mayoría de los casos, a los sujetos que acuden a dichas instituciones se les enseña a identificar el origen de esa situación y cómo pueden llegar a cambiarla, es decir, el sujeto aprende a identificar por qué y quién les causa un daño, pero esto por si solo es insuficiente en la medida en que el sujeto no es llevado a tomar conciencia de su propio papel, contextualizado en una realidad social que lo ata irremediamente a una relación de constante dominio-sumisión, en la que él también hace uso del poder.

Aclaro que no es mi intención poner en entredicho la loable labor que realizan algunas instituciones en el auxilio, prevención y tratamiento de los problemas psicológicos de los individuos, pero es importante mencionar que muchos de los métodos utilizados para ayudar al individuo, no son más que mascaradas del propio ejercicio de poder institucional y por tanto de la violencia. Esto está directamente relacionado con la memoria histórica-normativa-estadística de las instituciones como parte del cuerpo social, ya que no pueden desprenderse del sistema estructural que dicta normas y pautas de comportamiento socialmente aceptados e incentivados por todas y cada una de las instituciones que lo conforman.

Lo que al final se traduce en una exigencia más para que el sujeto se ajuste a la normatividad de una forma u otra, sin darle la oportunidad de poner en entredicho esas reglas del juego que le son claramente desventajosas, es por eso que hoy en día encontrar palabras como resiliencia y autoayuda es fácil puesto que están muy de “moda” y son parte integral de gran variedad de terapias psicológicas.

Desde dichas perspectivas no se cuestiona el entorno, es más éste se considera el ideal y debe permanecer, por lo que será el sujeto quien deba adaptarse a él, por más adverso que éste pueda ser, agresivo o en algunos casos imposible de sobrellevar. El éxito o fracaso de la mayoría de las instituciones de salud se ve reflejado en los datos estadísticos que reflejan si la persona fue capaz o no de adaptarse a su ambiente de una forma asertiva.

Planteo este panorama porque los relatos de las personas entrevistadas están llenos de hechos muy duros, extremadamente dolorosos y en los que la asertividad del sujeto no serviría para nada, ya que están atados a todo un

---

contexto social que se impone al cuerpo individual y lo destruye casi en su totalidad: *"Con el marido, tenía yo diecinueve años, yo tenía una relación de una... de un muchacho, bueno, yo me pensaba casar con él, desgraciadamente, aquí el... la relación que tuve con el padre de mis hijas fue a la de a fuerzas, a la de a fuerza ¿por qué?, yo estaba estudiando en la escuela de la Corregidora de Querétaro, estudiaba diseño de moda y... un día se me apareció y como dicen en mi pueblo, se la robó, eso fue a la de a fuerza, ¿y que sí fue agresividad?, bastante, eso que ni qué y más que nada porque nunca tuve el apoyo de mi mamá ¿no?, mi mamá me encontró como a los quince días, de este... de que ese señor me había robado y cuando mi mamá me encontró, este... me sale con que: para mí, ya estas muerta, o sea, eres una mujer que ya saliste de tu casa y ya no entras..."*, leído este extracto, ¿sería posible explicar el hecho en términos individuales?, ¿podríamos decir que todo lo sucedido fue porque el sujeto no fue asertivo?, creo que la vivencia rebasa por mucho las formas "normalizadas" en el que el cuerpo social plantea las vidas de los actores sociales y sirven en mucho a invisibilizar la influencia directa que él tiene en la replicación de los actos de violencia.

En este caso, la persona que sufre el secuestro deja la escuela, padece el abandono y los prejuicios familiares por la "falta" supuestamente cometida y se ve obligada a abandonar a su novio y amigos, el tejido social igualmente se ve afectado por una vivencia así, sin embargo, la intensidad de la memoria del cuerpo individual no es vivida de igual manera por el cuerpo social, el sufrimiento agudo de la persona no se verá reflejado de ninguna forma en lo social. El dolor será convertido en fría y cruel estadística en la memoria del cuerpo social que le encontrará un sitio y un discurso acorde de explicación, y en el cual todos serán culpables y él, el menos responsable.

De esta forma queda invalidada su participación en los hechos y lo reduce a casos individuales de personas agresivas, violentas, pero nunca acepta que ha servido, sirve y servirá de guarida para legitimar y justificar, lo que simplemente no tiene justificación: *"Mira mamá yo quiero pues... hablar contigo. No, no, no, tú cállate, tú no tienes nada que hablar, para mí, tú eres de lo peor, para mí estás muerta..."* y el esposo (secuestrador): *"al fin de cuentas me salen con que... pues fue una venganza, una venganza entre familias, mis papás, anteriormente los abuelos de mis papás eran los hacendados y los familiares del que es el padre de mis hijas eran los peones, o sea, entonces, hubo una rivalidad ahí que eran los que se mataban nada más por son y son, no eran... un... un respeto por decir ¿no?, entonces, no, no sé, tenían problemas con mi papá, entonces de alguna manera tenían que desquitarse o de vengarse..."*, el cuerpo individual como objeto de

---



venganza y asimilado por el contexto social como tal, lo que le da una cierta legitimación a los hechos y la posibilidad de imponer un castigo al sujeto que “supuestamente” cometió una falta.

En el caso anterior el origen de la violencia tiene como precedente una huella en el cuerpo individual, donde debido a una situación violenta vivida con anterioridad se genera una memoria psico-afectiva-emotiva que posteriormente se transforma en odio y deseo de venganza. Agravio en torno al cual el imaginario social alimenta ese deseo, que después es transformado en satisfacción, pero que a su vez ocasiona otra huella de dolor y odio en el Otro, originando así un espiral de la violencia y un mundo enfrentado de todos contra el que se deje.

Mencionamos anteriormente que la vivencia del cuerpo individual está marcada y normada por la exigencia y el deseo del cuerpo social, en los relatos de los entrevistados también fue posible ubicar este fenómeno: *“De mi niñez, mmm... mira, fue... bueno es que... para mí no fue tan bonita, eh... porque yo soy hija única y entonces mis... mi mamá me cuenta que cuando ella decidió vivir con mi papá, este... fue por un problema que se suscitaba en su trabajo, mi papá era casado, entonces, este... ya cuando ella... por lo que veo, tuvieron relaciones antes de vivir juntos y quedó embarazada, entonces ella me cuenta que dijo bueno, sí algún día voy a ser mamá pues... está bien ¿no?, y... pero lo que la motivo a irse de su trabajo fueron los problemas que estaban pasando ahí, entonces ella dice que... ella deseaba un niño, no una mujer, ¡eh!... mi papá pues como tenía ya sus hijos, de alguna manera, yo así lo veo, lo que más le interesaba a él es estar bien con mi mamá, porque la quería mucho, no tanto tener familia. Mi papá golpeaba a la esposa y los hijos le tenían un terror inmenso a mi papá, entonces ya cuando mi mamá dice que yo nací pues no fue muy celebrado que yo fui niño, niña perdón, porque ella quería un niño, este... de hecho, me sacaron con fórceps porque no podía yo nacer...”*, es así como el cuerpo social invade al cuerpo individual, creando toda una expectativa que el sujeto será incapaz de satisfacer, lo que dará pie para que pueda y deba ser rechazado y maltratado.

Lo particular de esta historia es cómo aunque el mismo cuerpo social familiar del sujeto esta fuera de normas y cánones sociales, se vuelve posible exigir al individuo altos estándares normativos.

Las dinámicas del poder juegan un papel esencial en este sentido, ya que la Familia es parte de las instituciones del cuerpo social, convenidas en relaciones de dominio-sumisión; en las existe una figura de autoridad, quien podrá hacer uso y abuso de poder a su libre albedrío, puesto que su imagen es reconocida como tal por una sociedad que justifica sus actos.

---

Los extractos de las entrevistas anteriores permiten documentar que las memorias impresas en los cuerpos individual y social son distintas, mientras que en el sujeto individual las consecuencias y la huella impresa dejan una secuela psico-afectiva-emocional, en el cuerpo social la memoria que se guarda es la del cumplimiento o incumplimiento de la norma, dejando una huella histórica-normativa-estadística en la sociedad. De igual forma es posible ubicar las múltiples cadenas que atan al cuerpo individual desde una lógica impuesta por el cuerpo social, de las cuales se originan los actos violentos de los diversos actores sociales.

### **Identificará si existe una conciencia del uso de micropoderes en los sujetos, así como las dinámicas del placer de los mismos.**

En los relatos de los sujetos se encontró algo muy particular en torno a las dinámicas de poder. Cuando es sobre el propio cuerpo individual donde se ejecutan los actos de violencia, las personas tienden a distinguir muy fácilmente quién y cómo usa el poder, así como el placer emana de ese ejercicio; sin embargo, cuando son ellos mismos lo que hacen uso de ese poder, la reflexión en torno a esa situación queda velada precisamente en todo ese contexto social que lo justifica y sirve como escudo o protección, particularmente en las tradiciones o ideologías.

Las entrevistas muestran esa particularidad sobre los usos y abusos del poder: *“de hecho también la pareja de mi mamá me atacaba mucho en ese aspecto, o sea, siempre todo lo que yo hacía estaba mal y... o sea, cosas así, siempre pues eran muchos problemas, ya cuando empecé a estar... empecé a ser adolescente, siempre este... pues ya también yo me volví muy rebelde, por lo mismo, y... y él... la pareja de mi mamá siempre me acusaba, o sea, siempre... siempre estaba ahí encima, encima, encima...”*, lo dicho por la entrevistada representa un claro ejemplo de las peculiaridades del poder, ya que la persona identifica muy bien a su agresor pero cuando se trata de su propio ejercicio de micropoder éste encuentra su justificación en el hecho social que legitima el derecho del otro a tomar revancha por el abuso sufrido.

Los relatos de los entrevistados nos permiten apreciar la complejidad con que los individuos estructuran el poder en los otros y la naturalidad con la que se ubican en el papel de víctimas. Ante la vivencia violenta, el sujeto percibe todas esas otras estructuras de poder: esposo, institución educativa, gobierno, todos ellos unidos en un mismo ejercicio de micropoder que gira alrededor de una víctima: *“llegué y mi hijo estaba golpeadísimo, así horrible, horrible, tenía su ojito... horrible... no lo podía ni abrir, yo le dije que ¿qué había pasado?, mi hijo me dijo: No le digas nada, te va a pegar. Entonces yo le dije que ¿qué le había hecho?, y*

---

*dijo: Es que rompió un tubo del agua con la escoba. Y lo golpeó horrible, quince días no lo pude mandar a la escuela porque tenía miedo pues de de que me detuvieran, tenía mucho miedo de que me quitaran a mi hijo. Entonces... ya quería dejarlo pero tenía mucho miedo, él siempre me decía que si y lo dejara... si yo lo dejaba, donde me encontrara me iba agolpear, me iba a matar, yo tenía mucho miedo...*" el miedo ante la situación es evidente y muy comprensible; de ninguna forma es nuestra intención menospreciar la frustración a la que queda expuesta la entrevistada y mucho menos hacer un juicio de sus actos; sin embargo, si es objetivo de esta investigación hacer evidente el fundamento social que esconde al acto agresivo en las dinámicas del poder.

El problema es precisamente ese tercero en discordia, es decir, el hijo del cual ella es responsable y, por tanto, portadora de un poder como figura de autoridad, que tiene entre sus deberes la "obligación" de brindar al niño el cariño, la protección y el cuidado "óptimos" para su desarrollo. Sin embargo, ese poder que le fue otorgado, es desplazado por un común imaginario en el que el hombre es el portador por "excelencia" de una fuerza que hace que el sujeto inconscientemente ceda ese poder, lo que pone de manifiesto la carencia que de esa noción tienen los sujetos desde un punto de vista individual. Puesto que es desde el poder, atribuido socialmente en condiciones de franca desigualdad, donde se inscriben las falsas creencias que permiten que la persona que sea considerada como más fuerte o más poderosa pueda abusar indiscriminadamente del otro.

Es por miedo que el individuo permite el abuso, es por miedo que no lo denuncia, es por miedo que se paraliza ante el uso del poder, es por miedo que el poder propio es invalidado, pero nunca de forma consciente, puesto que no existe una conciencia como tal en los sujetos como portadores de un poder, en este caso, de un micropoder, lo cual tiene, por supuesto una explicación en la ideología y la tradición cultural que se ha encargado de crear un simbólico alrededor del poder, en la que las figuras primigenias y aceptadas son, por supuesto, el Estado y todas las instituciones que de él derivan, los representantes de la autoridad, pero sobre todo en la cultura patriarcal, la noción del macho, el hombre, lo masculino como fuerza poderosa y avasalladora de la humanidad.

En este otro extracto encontramos una fenoménica muy parecida: *"Mi hermana es la tercera en orden, pero es la única mujer, entonces le tocábamos un pelo y olvídete, mi papá y mi mamá se nos aventaban encima, entonces ella sabía que tenía poder, mis papás se fueron una vez a... como ochos días a Oaxaca, tú te imaginas en vacaciones..., vacaciones, sin papás un domingo, tú dices te levantas a la doce, una de la tarde ¿no? y no, a las siete de la mañana mi hermana ya nos estaba levantando a escobazos: Y tú barres el patio, y tú lavas los trastes, y tú hay*

---

*deja y trapeas, y hay de aquel que no le hiciera caso se lo agarraba a trancazos pero feo*”, aunque se trata de un caso que pone en entredicho el imaginario social establecido, es útil para ubicar las fenoménicas del poder. A partir su propia vivencia el sujeto es capaz de encontrar esos resquicios del poder que lo invisibilizan, pero que de todas formas se hacen latentes, “ser mujer”, da poder también y condiciona en muchas formas los comportamientos de los otros, aunque es evidente que la noción de la mujer poderosa se desprende precisamente de otro imaginario social en torno a su aparente debilidad y desventaja con respecto a la “fuerza” masculina, pero sea como sea, eso también es poder.

Foucault es muy claro, para explicar esta aparente invisibilidad de lo poderoso, para él se trata de pensar al poder en términos de transversalidad, es decir, tomar en cuenta que en dicho ejercicio no hay victimarios que tienen el poder, ni víctimas que lo padecen, sino que hay un poder que es usado con fines de control y dominio y el cual puede ser utilizado por cualquiera sin importar su condición social, económica, racial o de género.

En otra parte del mismo relato del sujeto queda constancia de la imposibilidad de los sujetos a criticarse desde su propio ejercicio de poder: *“con mi hijo, si le doy sus tundas, pero bajo la filosofía de mamá: “te las ganaste...”*, ideología al servicio del uso velado del poder, justificada con fines disciplinarios que atienden a una construcción simbólica familiar que legitima su uso y también su abuso. Tradiciones que pasan de generación en generación y que replican los usos del poder en todas las dimensiones del cuerpo social, herencia inconsciente que forma parte del cuerpo individual.

En diversas partes del relato de este sujeto ubicamos las dinámicas del poder, el extracto siguiente tiene que ver con el lugar de trabajo de esta persona y, por supuesto, está vinculado con su ejercicios y la violencia: *“No, no, no tienes una idea de todo lo que escuchas, desde el chavo, estudiante de universidad que está ahí, y son adolescentes todos, no más de dieciocho años, dices: Tú, ¿por qué estás aquí? Tienes dos semestres de universidad, estabas estudiando en la facultad de derecho. No, pues es que llegue a mí casa, llegue a casa de mi novia y mi novia con su otro novio, nos liamos a golpes y lo maté. Le puso un guamazo, cayó en la banqueta, se pegó en la cabeza y se murió, pero fue violencia y ni modo...”*, este pequeño extracto nos permite identificar la transversalidad de la que hablaba Foucault con respecto al ejercicio de poder, en el relato del sujeto es posible apreciar la facilidad con que el poder pasa de unos a otros en un constante continuo, debido precisamente a todos esos resquicios sociales que lo justifican y lo legitiman: el engaño de la novia, el deseo de venganza por la burla sufrida, la sanción social ante la falta cometida, etcétera.

---

Si bien hubo una consecuencia sancionadora para el individuo, la cárcel, no es porque previamente haya habido una conciencia de un poder ejercido sobre el otro, ya que si no hubiera sido por la muerte accidental del otro sujeto, este caso tendría otra connotación muy distinta e inclusive se tendría la tendencia a pensar como algo lógico y normal, que dos hombres se líen a golpes por una mujer no es algo raro en el cotidiano inmediato de las personas y mucho menos muy mal visto por la sociedad.

Para sobrevivir los sujetos deberán ajustarse no a las reglas, sino a los contextos en los cuales se determinan esas reglas, el individuo debe ser capaz de discernir cuando es válido y bajo qué argumentos, justificación o razonamiento.

El entrevistado refiere en su relato que la mayoría de los sujetos que se encuentran en la correccional, fueron chavos abusados, que sufrieron en carne propia la violencia y el ejercicio de poder, situación que se volvió parte integral de su vivencia cotidiana: *“de ahí al cuate que lo golpeaban, al que lo quemaban y tiene rastros de quemadas en su cuerpo fuertes, son cosas que te platican los chavos y te lo platican de una manera tan natural, que la violencia, es parte de su vida, o sea, y es una parte importante en su vida, porque es la manera en la que ellos resuelven sus problemas, siendo violentos...”*, aunque este discurso también hace evidente el distanciamiento que las personas toman con respecto a la violencia, como si éste les fuera ajeno o dependiera del grado de la misma; son ellos, los que están en la cárcel los que son violentos, como si la sociedad en su conjunto fuera un manso corderito y la violencia fuera una propiedad de ciertos sectores sociales y/o económicos, creando todo un imaginario alrededor de la violencia que evidentemente fomenta la impunidad por el abuso del poder.

Este distanciamiento e inconsciencia del uso de poder lo podemos ubicar de diversas formas en los relatos de los entrevistados: *“La que mandaba ahí era mi mamá, y este, pero hacia muchas diferencias entre mis hermanos y yo, y o sea, y eran golpes... Aunque tal vez, en cuestión de golpes a mi hermano el que seguía de mí, le pegaba más fuerte, pero él si provocaba”*, ¿no es acaso este argumento un ejercicio de poder?, inconscientemente el sujeto usa el poder y este uso le otorga placer del que tampoco es consciente, sino que queda oculto en la justificación o el argumento social: *“pero él si provocaba”*, ¿a qué se refiere exactamente con eso?, de alguna forma extraña esas palabras encuentran una lógica y un sentido para el sujeto, para quien tiene validez y justificación esa forma de abuso de poder.

El poder es tan disperso para los sujetos, que identificarlo como propio se vuelve una tarea imposible: *“Me recuerdo que una vez, este..., estábamos bien y yo*

---

*había lavado el baño y el niño entró y salpicó cuando hizo pipí y yo le digo: ¡Hay ya!, ya pareces a tú papá, no, no respetan el baño. Le digo: ¡Cómo ustedes no los lavan! Pero no fue un pleito, fue un comentario, según yo, muy normal y él se voltea y se ríe muy significativamente, cómo él sabe hacerlo y me dijo: ¡Ah!, entonces nada más porque tú dices, ¿no tenemos que ensuciar el baño? Le digo: Pues sí...”,* aún cuando es evidente el ejercicio de poder, para los sujetos es invisible, siempre son los otros, su yo es tan sólo una víctima de *algún poderoso*.

Lo que es evidente para los sujetos es el estereotipo y todas las propiedades que lo caracterizan, ¿acaso no es más fácil visualizarse como una víctima ante el argumento del maltrato?

El cotidiano de los sujetos juega un papel esencial en la introyección de las relaciones y ejercicio del poder, en el siguiente relato encontramos que es en la misma vida cotidiana del individuo donde se establecen las nociones de control y dominio: *“no es que era de callarte, me entiendes, de no decir nada, además que como que yo... daba por hecho que así tenían que ser las cosas, digo, pues, estaba yo chica, y nunca era de ir a acusar, o sea, no por... nunca me pasó esto de que puedes ir y decirle a tu abuelito para que esta mujer pues ya no haga todo esto ¿no? Entonces sí, ella, ella, tenía mucho poder, mucho poder, pero por su carácter ¿no?, y el carácter de los demás, mi mamá muy sumisa, mi abuelita pues también ¿no?, muy tranquila, e entonces sí, ella tenía ahí mucho... injerencia, sí, sí, sí tenía mucho poder ahí ¡eh!...”*, a partir de sus mismas experiencias vivenciales el sujeto comienza a normalizar estructuras y roles, los cuales forman parte de una educación tradicionalista basada en la obediencia y la disposición de sumisión.

Es así como se configura el universo simbólico e imaginario del ejercicio del poder, en la vivencia cotidiana y los usos y costumbres que se derivan de la misma, lo cual representa la principal dificultad en los sujetos para identificarlo y ejercerlo de una forma consciente, así como para reconocer el placer que esto le significa.

En las respuestas de los entrevistados encontramos siempre el contexto social al que van atados los argumentos y justificaciones de sus acciones. Los padres mediante el ejercicio del poder los padres estimulan ciertas conductas, hábitos y/o aptitudes que son consideradas como correctas o deseables, al mismo tiempo que rechazan las que juzgan como inaceptables; pero considerándolo como parte de una responsabilidad introyectada desde los códigos sociales: *“Este... pues usualmente es condicionado ¿no?, es... eh... o sea, te portas mal y te castigamos y te quitamos tal cosa y hasta que te portes bien te lo regresamos, usualmente es con..., con juguetes o con permisos, así que: ¡hay!, que quiero ir a una fiesta, que*

---

*quiero ir. Hasta eso esta..., bueno, no sé, que tan bien pueda hacer ¿no?, pero nos ha... nos ha medio funcionado, este... el hecho de condicionar su actitud, o sea, obviamente que se positiva...".* Portarse bien, actitud positiva, no es algo que el sujeto individual defina, sino que siempre está controlado e impuesto por el otro, por los padres, por la sociedad, por las instituciones que norman la forma correcta en que los hijos deberan comportarse, poder disfrazado de amor y educación, disfraz que hace que el sujeto no sea consciente del poder que ejerce sobre los demás.

El sujeto aprende a dar respuesta a esas demandas externas, atendiendo siempre a un deseo externo y no interno, todo hecho del cuerpo individual estará primero determinado desde el cuerpo social y regulado por éste mismo. Desde esta perspectiva sería posible ¿tener conciencia del ejercicio de poder?, una primera respuesta sería no, ya que existe todo un contexto normativo impuesto desde el cuerpo social que explica o justifica las acciones y métodos del cuerpo individual; sin embargo, eso no quiere decir que no sea posible, sino que la realidad del mundo actual lo vuelve casi imposible.

El poder es replicado de manera continua y cíclica, activando a su vez otros poderes, es una forma de reproducción dentro de un ir y venir en los sujetos. Todo ejercicio de poder tendrá consecuencias, las cuales en algún momento, regresaran en otro forma de ejercicio de micropoder sobre la persona que lo originó.

En toda interacción humana habrá ejercicio de poder e invariablemente estará justificado, razonado y reforzado por todo un contexto cultural y social en el que se desenvuelven las personas.

Para que exista una consciencia del uso de poder, es necesario primero que el sujeto haga una toma de consciencia sobre su propio ejercicio de poder; en uno de los relatos ubicamos un tipo de pseudoconsciencia, resultado de un tratamiento terapéutico en una de las entrevistadas, quien sufrió una grave situación de violencia: *"Yo, regañona, gritona, exigente, siempre enojada, con gran depresión, porque cuando me fui al grupo de neuróticos anónimos, porque... eso no lo conté, hubo un momento en que... mi estado de ánimo bajó hasta el suelo, hasta el subsuelo y era de dormir todos los días, o sea, vendía los tamales y llegaba y a dormir, cinco o seis horas ¡eh!, y ya no me preocupaba si mis hijos estaban limpios, si comían a su hora, a veces... yo veía todo mugroso, todo desordenado y no tenía ganas de hacerlo y a mis hijos pues si los desatendí mucho, si los llevaba a la escuela, si me preocupaba de que fueran a la escuela, hicieran tareas, pero también los regañaba mucho, fui la mamá gritona, regañona, exigente y era por*

---

*esta situación de... de la pareja ¿no? y aparte súmale lo que traigo de infante...”,* decíamos que no se trata de una consciencia como tal del uso del poder, porque lo manifestado aquí por la persona es la consciencia de sus acciones y de las implicaciones que esto tuvo en la relación con sus hijos; pero una vez más, existe todo un contexto problemático social en el que se justifica y que al mismo tiempo la ubica en un papel de víctima, coartando toda posibilidad para una verdadera toma de conciencia en cuanto al uso del poder.

El sujeto encuentra en la historia misma del cuerpo social, en este caso, su familia, las causas de su propio comportamiento, el origen de sus emociones y las bases ideológicas y de tradición que lo llevaron a comportarse de tal o cual manera; sin embargo, en toda esta explicación el ejercicio de poder no se menciona, no se nombra, ni siquiera se habla de él, como si en todo este proceso no estuviese presente.

El fin principal de este objetivo es hacer visible una problemática que nosotros consideramos trascendental en torno al fenómeno de la violencia, ya que es precisamente esta aparente falta de consciencia de los sujetos sobre su propio ejercicio de poder la que deriva la mayoría de las veces en violencia. Desde nuestra perspectiva toda intervención en torno al problema de la violencia, deberá partir primero de esa toma de consciencia, así como de las responsabilidades que el ejercicio del poder implica, cualquier esfuerzo en otro sentido, coadyuvará a la prevención y control de los comportamientos violentos, pero no resolverá de fondo el problema.

Sus propios límites están puestos sobre la mesa, al reducir el problema de la violencia a un rol entre víctima y victimario, se están buscando y encontrando los posibles “culpables”, tanto en lo social como en lo individual, pero no debemos olvidar que toda violencia emerge de un ejercicio de poder, y en tanto éste continúe siendo invisibilizado, será imposible salirnos de la estereotipia; para adentrarnos en la dinámica real que vincula no al estereotipo, sino al cuerpo individual como parte de un cuerpo social, al uso del poder y por ende al placer que esta práctica conlleva.

**Identificará como se guarda la vivencia violenta en el cuerpo y la relación que ésta guarda en las futuras interacciones del sujeto.**

Como ya lo mencionamos las memorias de ambos cuerpos son diferentes, mientras que la del cuerpo social es una memoria histórica-normativa-estadística, la del cuerpo individual es psico-afectiva-emocional, de ahí que la forma en la que se guardan las vivencias en ambos, también sea distinta.



En el cuerpo social la vivencia se guarda precisamente en la réplica de tradiciones, usos y costumbres que pasan de generación en generación, los cuales se convierten en el referente social y legado cultural de todos los actores sociales involucrados en ella.

El ejemplo del caso de las muertas de Juárez resulta muy ilustrativo para observar este fenómeno, aunque sin duda es un suceso bastante lamentable y vergonzoso de nuestra historia, nos ayuda a dar una visión más concreta de la forma en que la misma vivencia se guarda de diferente forma dependiendo del cuerpo social e individual. Si nos remitimos a realizar una investigación sobre este tema, encontraremos precisamente en la memoria de ese cuerpo social una gran cantidad de información acumulada alrededor del mismo: estadísticas, políticas, acciones preventivas, testimonios, críticas, etcétera, es decir, todo un bagaje que nos permitirá informarnos y conocer sobre este serio problema, pero aunque fuésemos capaces de leer toda la información acumulada en torno a este caso, nunca ninguna de ellas sería capaz de hacernos experimentar el dolor y sufrimiento albergados en una madre que ha padecido la desaparición o muerte de su hija.

Aunque el cuerpo social lo haga evidente por medio de los instrumentos mencionados anteriormente, la intensidad del dolor, de la rabia, de la impotencia, podrá ser expresada en un papel pero nunca vivida, ni sentida como lo es desde la individualidad de la persona que ha sufrido una experiencia tan traumática, y que queda guardada en forma de una huella profunda, imborrable e indestructible que afectará consistentemente toda relación futura que el sujeto establezca con el cuerpo social.

En las entrevistas realizadas también es posible ubicar la diferencia en cómo se guarda la misma vivencia de la experiencia violenta en ambos cuerpos: *“En mi hija pues... yo lo veo ahora ¿no?, tuvo apenas una relación de ocho años y permitía todo tipo de maltrato...”*, en estas pocas palabras extraídas del relato se puede apreciar la forma en que una misma historia del cuerpo individual es replicada posteriormente por el cuerpo social, abuso cometido primero en la madre que posteriormente la hija replica en su propia historia, es interesante advertir como es que esa huella psico-afectiva-emotiva impresa en el cuerpo individual, funciona como facilitador para reproducir una misma situación una y otra vez, como si la violencia en la pareja formara parte de una tradición que pasa de generación en generación.

Las huellas inscritas en el cuerpo individual como consecuencia de la vivencia violenta, son expresadas por los sujetos en forma de dolor, miedo, sufrimiento,

---

depresión, desesperación, odio, frustración, soledad, indefensión, etcétera; en cambio, el cuerpo social le otorga a esa huella, significaciones y sentidos acordes al contexto cultural en el cual se reproduce la violencia. Los estados afectivos individuales y sus emociones, encontrarán dentro del universo simbólico social, miles de significados posibles, dependiendo de qué actor social ejerció la violencia, si se trata del Estado será un ejercicio legítimo de la violencia; si es la Iglesia como un derecho ejercido desde el supuesto de que tiene un poder divino y superior; si son las Instituciones de Salud será el propio bienestar físico y psicológico de individuo; si es el Trabajo, la realidad económica y social de se impondrá en base a las supuestas necesidades económicas las cuales requieren de esfuerzos y sacrificios, casi siempre, por parte del trabajador; si es la Escuela, por el deber de educar; y si es la Familia, como disciplina disfrazada de amor.

En los testimonios de los entrevistados la réplica toma diversos caminos que se derivan de las prácticas y costumbres sociales: *“yo me acuerdo la primera vez que... tuve relaciones con él, a mi me dio un miedo cuando sangré, y... y yo quise esconder el calzón, porque yo dije: pues yo no sé que me habrá pasado” ¿no?, entonces él me reclama mucho eso ¿no?, que yo no sangré, que yo no era señorita, que era yo uno de lo peor, o sea, yo decía, yo bueno... pues yo no sabía que en realidad si sangraba uno o no sangraba uno era señorita o no era señorita ¿no?, pero todo el tiempo me reclamaba mucho eso, mucho el de que... sabrá Dios con quien ya me había yo acostado ¿no?, que... que... que pues él no había visto ninguna seña en mí de que yo hubiera sangrando por primera vez”,* bajo la tradición que protege la pureza del cuerpo de la mujer se ha construido un imaginario que reside esencialmente en esta práctica que refiere la entrevistada y que le da el derecho al hombre a confirmar la “decencia” de su esposa, para ello busca la prueba, que en este caso es la mancha de sangre significada en la virginidad, al no encontrarla se considera correcto que el esposo ejerza un castigo y una violencia sobre ella, por haber mancillado su honor corporizado en el himen femenino.

Toda vivencia violenta tiene consecuencias muy marcadas en las futuras interacciones del sujeto, la huella almacenada en el cuerpo individual a causa del abuso sufrido afectará por siempre cualquier clase de relación que el individuo establezca, inclusive con su propia corporalidad: *“un día embarazada me golpeó, y... no sé, yo tenía mucha desesperación, llegó el punto en que... yo me golpee a manera de que... yo abortara, porque tenía mucho coraje y... pues ya no me importaba la verdad, él según me volvió a pegar porque yo hice eso”,* la desesperación sentida por el sujeto ante el abuso sufrido se convierte en rechazo hacia su embarazo y afecta toda interacción presente y futura con su hijo.

---

El principal problema que origina la vivencia de la experiencia violenta es que la mayoría de las veces genera más violencia, a menudo el sujeto que sufre abuso se convierte posteriormente en abusador: *“Sí, me hice violento, o sea, ya... me acuerdo que un día me bajé del carro, porque un pirata se me cerró y me baje del carro a echarle bronca y hasta que volteé y vi a mi esposa y a mi hijo asustados, dije, no, no soy yo, y ya prendí el carro y me fui, pero ya no era yo, o sea, ya... incluso aquí me lo dijeron aquí las compañeras: Es que desde que estás trabajando ahí, ya tu mente está en otro lado, o sea, ya no eres alegre...”*, es por esto que insistimos que toda vivencia violenta dejará una huella eterna en el cuerpo individual que afectará y estallará en todo contexto inmediato y en todas las interrelaciones presentes y futuras que el sujeto establezca.

Las huellas almacenadas en el cuerpo individual por la vivencia de la experiencia violenta pueden llegar a ser tan profundas que causan efectos drásticos en el psique del sujeto: *“fue una soledad así, un dolor, unas ganas de... morirme, una depresión muy..., hasta hace todavía un año, embarazada de mi niña, todavía la vivía así, era este, despertar en la noche y acordarme... no sé, de toda mi vida, así sin una línea del tiempo, de niña, de grande, de ayer, de cinco minutos, no poder dormir, pararme a llorar en la madrugada”*, estas consecuencias en la psicoafectividad del sujeto se harán latentes a lo largo de su vida y afectarán cualquier tipo de relación que éste trate de establecer: *“Mucho vacío, o sea, yo siento que ahí es algo que yo encuentro incongruente porque era un vacío lleno de miedo, muy miedosa a hablar por teléfono, a salir, a que me vean, es un miedo irracional a todo, pero también un hueco así de..., que me hacía falta algo, algo o alguien, desde chiquita, cuando llegó mi esposo, cuando conocí a mi esposo, yo creía que él iba a llenar ese hueco, pero..., y ese miedo se me iba a quitar, porque yo ya tenía a alguien, y no, simplemente se hizo más grande”*.

Una infancia llena de violencia deja huellas permanentes en los sujetos, lo que afectará, como en el caso anterior, toda interacción futura: *“a mí la terapeuta, que estoy yendo, me dijo, me dijo una palabra muy rara, que yo estaba en la anhedonía, porque yo no sentía, dijo, tú sufriste tanto en tu infancia que hubo un momento en que te bloqueaste, le dije: ¿Qué es eso? Dice: Te bloqueaste para ya no sentir el dolor, pero igual no sientes con intensidad lo bonito, la alegría. ¿No?, entonces..., y sí es cierto, yo no sentía...”*, las consecuencias en este caso son obvias, pero la diferencia es la intensidad que el sujeto le da al hecho, es decir, la persona con el objeto de salvaguardarse encuentra en el olvido, en el bloqueo de sus propias sensaciones la única forma de conservar su integridad, de evitar el dolor, de no sufrir más, pero esto mismo borra toda fuente de placer, es mejor no sentir porque si siento sufro.

A menudo la vivencia de la experiencia violenta deja huellas en el cuerpo individual que se vuelven tan insoportables para el sujeto que lo obliga a tomar soluciones desesperadas a fin de evadirlas o en el peor de los casos querer borrarlas, aunque esto implique borrarse a sí mismos: *“hace unos cuantos años me invitaron a ir al grupo de cuarto y quinto paso, yo me quería aventar en el metro, yo me corté las venas porque entré en un alcoholismo tremendo...”*, mientras que para el sujeto la huella significa dolor, para el cuerpo social significará sólo un síntoma manifestado en forma de violencia familiar.

Mencionamos que el cuerpo social guarda su memoria en la réplica, para ello se vale de un observatorio que continuamente está valorando y evaluando al cuerpo del sujeto individual, lo somete a un total escrutinio que generalmente es violento porque con frecuencia se le exigen cosas que le son imposibles o con muy altas expectativas: *“quede con secuelas de la enfermedad, entonces se me caían muy fácil las cosas, porque se me paralizó la mitad del cuerpo y aquí viene esto ¿no?, que mi mamá me decía, calmuda, tullida, este... pues pendeja ¿no?, o este... fíjate lo que haces y... pues esto me fue creando a mí, igual que mi papá me fue creando a mí una gran inseguridad, o sea, el sentir que... pues que sí era tonta ¿no?, que no podía hacer las cosas o la palabra de mi mamá, era mucho de... tarada ¿no?, me decía ¡hay tarada!, tarada sé que es igual a que... tienes deficiencia mental ¿no?, entonces este... esas cosas a mí me fueron haciendo este... me fueron... marcando así mi... mi estado emocional...”*, la corporalidad del sujeto individual es trastocada y seriamente lastimada, lo cual tiene como consecuencia una total inseguridad y falta de autoestima, factores que influirán decisivamente a lo largo de todo su desarrollo, como puede verificarse en el extenso relato ofrecido por la entrevistada.

El cuerpo individual tiene una memoria psico-afectiva-emocional y ésta se guarda en la huella que queda a consecuencia de la experiencia vivida, lo que a su vez afectará de diversas formas toda interacción presente y futura del sujeto. Dichas interacciones están irremediabilmente ligadas al cuerpo social, el cual tiene una memoria histórica-normativa y estadística, guardada en la réplica de reglas y costumbres sociales que la misma cultura se encarga de pasar de una generación a otra y que constituyen en una forma de dominio y control sobre los cuerpos individuales.

### **Comparará las posibles similitudes y/o diferencias de la impresión de la vivencia violenta ocurridos en el cuerpo social e individual.**

Las diferencias de la vivencia de la experiencia violenta las hemos mencionado a lo largo de las respuestas a las preguntas de investigación anteriores, se resume

---

en el hecho de que ante una misma vivencia tanto la memoria como la forma en la que ésta queda guardada son diferentes.

La única similitud que se deriva de la experiencia violenta entre el cuerpo individual y el social es su origen, es decir, el poder como fuente generadora de violencia tanto en lo individual como en lo social. Es por el abuso de poder que los sujetos se relacionan con violencia, que su vida queda sometida a una dinámica violenta, es por él que todos y cada uno de los vínculos que se establezcan entre el cuerpo individual y el cuerpo social estarán permeados por la violencia.

Aunque la vivencia violenta en el cuerpo social y el cuerpo individual no tienen muchas similitudes, existe entre ellos una relación muy específica, enmarcada precisamente por el poder. Es por el poder que ambos cuerpos ejercen entre sí una fuerza bidireccional, el cuerpo social impone reglas y normas al cuerpo individual, con el fin de ejercer un control sobre él, lo que para el sujeto se traduce en una imposición contenida en una huella que lo impulsará a sentir, pensar y actuar de una forma particular.

Pero el problema no es que el cuerpo social norme al individual, sino que lo haga desde la arbitrariedad y el uso de la violencia. En el poder reside una dialógica entre sujetos que se comunican, sin embargo, en la violencia no existe tal canal de comunicación, únicamente se conoce la imposición por equívoca, dañina o absurda que pueda ser, no se trata de guiar al otro, sino de dominar por completo al otro, reduciéndolo a un simple objeto al servicio de los deseos externos que ignora o excluye totalmente los deseos del cuerpo individual.

En lo sucesivo todas las relaciones que mantenga el sujeto, ya sean familiares, de amistad, laborales, educativas, sociales, institucionales, etcétera, estarán marcadas por esa memoria albergada en el cuerpo individual que afectará de un modo u otro a la memoria del cuerpo social.

Toda vivencia entraña múltiples actores donde se conjuntan tanto las subjetividades de los implicados como las normas sociales por lo que éstos se rigen. La violencia es un fenómeno que dada su gravedad afecta a todo el entorno en el cual se genera la vivencia, resultando después en un problema de tal complejidad que es imposible aislarlo solamente a la vivencia individual o social.

Dichas vivencias siempre estarán unidas, de tal forma que una afectará a la otra continua e recíprocamente: *“No, no, no tienes una idea de todo lo que escuchas, desde el chavo, estudiante de universidad que está ahí, y son adolescentes todos, no más de dieciocho años, dices: Tú, ¿por qué estás aquí? Tienes dos semestres de universidad, estabas estudiando en la facultad de derecho. No, pues es que*

---

*llegue a mí casa, llegue a casa de mi novia y mi novia con su otro novio, nos liamos a golpes y lo maté. Le puso un guamazo, cayó en la banquetta, se pegó en la cabeza y se murió, pero fue violencia y ni modo...*”, un solo acontecimiento del cuerpo individual tendrá amplias implicaciones sociales, como es en el caso de este relato, en el que el cuerpo social se ve afectado en casi toda su estructura: la Escuela, la Familia y el Estado; razón por la que una postura individualista que olvida u omite lo social, resulta totalmente insuficiente para comprender un fenómeno de tal complejidad como es la violencia.

### **Examinará el vínculo entre la vivencia individual y la del cuerpo social, así como su relación los hechos violentos vividos en el cotidiano.**

La relación entre ambas experiencias es que la vivencia del cuerpo social origina a la individual, ya que a partir de toda una conformación social se gesta la experiencia individual, en base a normas y códigos externos que serán introyectados por el sujeto por medio de su familia, amigos, vecinos, maestros, jefes, etcétera.

El sujeto desde mucho antes de nacer ya está sujeto a todas estas reglas y normas, así como a lo que se desea de él, si es niño serán deseables ciertas características físicas, emocionales, afectivas, culturales y sociales, marcando todas ellas en definitiva al cuerpo individual, sin embargo esta transición nunca es amable al sujeto ya que se trata de ejercer un control y dominio sobre él. Al mismo tiempo que el cuerpo social violenta al individual, éste último impacta al primero generando una violencia bidireccional por la que se imprime en ambos una memoria propia.

En los relatos ofrecidos por los entrevistados encontramos que existe una delicada relación entre las vivencias del cuerpo social e individual, vinculadas directamente con el cotidiano del sujeto y la violencia.

Es principalmente en la familia donde estas experiencias de vivencia violenta se gestan, los relatos de los entrevistados dan amplia cuenta de ello: *“Pues mi hijo... siento que tiene... sí le tiene mucho rencor, porque ya no lo quiso volver a ver, incluso... después cuando yo todavía vivía allá, salía con él, llegaba él los domingos y nos llevaba a algún lado y mi hijo como que ya le tenía cierto rechazo y... además él está muy rebelde, lo entiendo, o sea, si lo entiendo, aparte de que ahorita como que ya está entrando en la adolescencia, tiene diez años, pero yo lo siento muy despierto, igual y también por todo lo que pasamos, pero... pero si está muy rebelde, habla... habla... de ser violento también él, o sea, a mi la verdad si me da miedo, lo he... lo he llevado con una terapeuta que se supone... para que él superara eso, pero yo siento que no le ha ayudado mucho, o sea, mucho,*

---

*mucho, no, él tiene... siento que si tiene esa idea de que... de que él va a ser igual...".* La experiencia violenta deja huellas muy marcadas en el individuo e introyectan en él una lógica de la violencia con códigos muy específicos que determinarán la forma en que el sujeto establecerá todas sus interrelaciones sociales presentes y futuras.

La violencia genera sus propios códigos que son adquiridos por los sujetos en el transcurso de su vida, haciendo de ésta modo de vivir o sobrevivir, en palabras del entrevistado *"un estilo de vida"*, comportamientos aprendidos por los sujetos con la finalidad de sobrellevar la experiencia misma: *"aprendí mucho en el reclusorio, porque los mismos chavos te platican sus vivencias, de sus papás, es un estilo de vida el de ellos, o sea, es más ¿quieres de violencia en serio?, yo te aconsejo que vayas allá, te lo juro, o sea, es un estilo de vida, es un estilo de vida de ellos, es más ellos piensan: reclusorio, son mis vacaciones cabrón, aquí tengo casa, aquí tengo techo, aquí tengo ropa, aquí me dan de comer y me dan de comer bien rico y como tres veces al día, nadie me está jodiendo y sí me joden les rompo el hocico".* Ante un medio permeado por la violencia el sujeto tiene que aprender a convivir con ella, a desenvolverse dentro de ella y a sobrellevar en su cotidiano todas las consecuencias que de dicha experiencia se desprendan: *"tú vas manejando tu coche te para la patrulla y te pones así, ¿no? y...: Su licencia señorita. Y tu estas nerviosísima ¿no? y además tú no sabes cómo decirle le doy pal chesco y ya déjeme ir, ¡no sabes!, es más piensas mil maneras de decirle de modo que no se ofenda el policía que le vas a dar mordida para que te deje ir, pero estos muchachos, a los once o doce años, ya se agarran al policía: ¡Vente carnal, vamos a platicar tu y yo!, a ver las cosas están así y así y así, ¿qué pedo? Entonces, realmente son muchachos que en medio de su violencia, han aprendido a negociar, tienen que negociar que no los golpeen, tienen que negociar el que tienen que traer lo que se robaron ¿no? y si los catcha el policía, pues también tienen que negociar con él y rápido en el momento, para, para... este, sacarse al problema ¿no? salirse del problema en ese momento rápido y se hacen bien hábiles...".*

Ante la paradoja de una realidad evidentemente violenta se le exige al sujeto que no lo sea, pero el mismo medio hace imposible acatar la norma, por lo que el individuo busca en su entorno inmediato la manera de sobrevivir, de no desintegrarse, encontrando en la violencia no sólo un ambiente propicio, sino toda una gama de posibilidades que le permitirán vengar los abusos sufridos.

De ahí que exista el dicho de que violencia genera violencia, lo que nos llevó a plantearnos si es posible la interacción humana sin su presencia, esto nos plantea

---

otras estructuras sociales que podrían ser parte de otra investigación, sin embargo parece inevitable el hecho de sólo mencionarlo.

“Los *chavos*”, como el entrevistado los llama, provienen de un medio violento, al que han tenido que sobrevivir introyectando códigos de violencia que en lo sucesivo permearan toda vivencia y crearan una memoria que afectará no sólo su forma de relacionarse con los demás, sino también, todo su entorno social mediato e inmediato.

Esta relación entre la vivencia de la experiencia violenta en el cuerpo individual y el social, se manifiesta de diversas formas en los relatos de los sujetos: *“Ahora ya después de que se han sanado varias heridas, de que he aceptado sólo lo que me corresponde, pues..., pues yo siento las cosas más..., más ligeras ¿no?, ya dejé de idealizar a la gente, de aceptarme a mí ¿no?, de consentirme a mí, de quererme a mí, de ya no estar viendo..., ya la aceptación me está costando mucho trabajo, es mucho trabajo porque no sólo me tengo que curar a mí, ahora tengo que ver por mis hijos y yo..., yo hago un balance, por ejemplo de hace un año, y hace un año todavía eran los pensamientos de muerte ¿no?, de quererme morir o de querer matar y ahora no, es de que quiero estar viva y quiero transmitirles eso a mis hijos ¿no?, a los tres, de estar bien, no sólo viva, estar ¡bien!, de disfrutar las cosas que nunca disfruté”*, es evidente que la violencia sufrida por la persona ha dejado una huella profunda en el cuerpo individual, pero también es muy notoria la relación que ésta guarda con un cuerpo social, que ella misma define, como idealizado y del cual fue objeto de rechazo y violencia.

El impacto de la vivencia de la experiencia violenta tiene tal profundidad en el sujeto, que lo lleva consigo siempre, como una especie de encogimiento que le hace percibirse como poca cosa y crea patrones conductuales diversos, en este caso la entrevistada los refiere como codependencia: *“cuando falleció mi marido pues yo tenía como cuarenta y dos años, cuarenta y tres, pues no estaba grande, pero yo ya me sentía vieja ¿no?, yo decía, no pues yo ya estoy vieja, fea y acabada, yo ya hasta aquí mi vida de pareja ¿no?, cuando lo conocí a él y me empezó a este..., pues a incitar, a conquistar, entonces ¡no hombre!, pues me enamoré de él ¿no?, que también era tomador, también tomaba, mmm..., este, muy mujeriego, vuelves a caer ¿no?, en lo mismo ¿no?, el mismo patrón ¿no?, el mismo patrón y este..., ahí me di cuenta que yo era codependiente, me di cuenta que era codependiente porque... yo no lo podía dejar, a pesar de que igual tomaba, este..., pues me hacía muchas cosas, y..., y... no lo podía yo dejar, dije ¿por qué es esto?, ¿no?, ya alguien me dijo es que eres codependiente y dije ¿qué es eso?, compré un libro y todo, y pues ahí me di cuenta ¿no? Eh..., con*

---



*esta persona dure como siete, ocho años y al fin lo pude dejar, lo pude dejar, mmm..., y lo dejé...”*

El término codependencia se define como el ciclo de patrones de conducta y pensamientos disfuncionales, que producen dolor, y que se repiten de manera compulsiva, como respuesta a una relación enferma y alienante, con un adicto activo o en una situación de toxicidad relacional. La entrevistada conoció desde muy temprana edad que la única forma de interrelacionarse con los otros es por medio de la violencia, lo que ocasionó que dicha forma de relacionarse se normalizara en su cotidiano, creando un patrón compulsivo a revivir una y otra vez la misma experiencia.

En varios de los relatos se encontró la problemática que tienen los sujetos para establecer relaciones posteriores a la vivencia de la experiencia violenta: *“si yo me hubiera casado con alguien que yo lo hubiera elegido, que yo lo hubiera querido, pues a lo mejor hubiera sido mi decisión el haber llevado una mala vida ¿no?, pero era con alguien que yo hubiera querido, entonces me da tanto coraje de que mi vida me la hayan truncado... de esta manera, sí me duele, me duele mucho, me afecta mucho, yo de por sí soy de las personas que casi no tengo una relación con hombres primero, me cuesta mucho...”*, la vivencia violenta sufrida por la entrevistada, hace que perciba como peligroso establecer relaciones con el sexo opuesto y que permanezca atada a un pasado que pudo ser y no fue, a un presente que no le interesa y a un futuro que le causa inseguridad porque es percibido como incierto.

En sus relatos los sujetos refieren esas experiencias traumáticas y las perciben como un reflejo del cual no pudieran escapar, violencia en la infancia, violencia en la edad adulta, violencia siempre y en todo momento: *“estaba en una situación donde yo no quería estar, con hijos y casada ¿no?, bueno, nunca me casé, con Adrián nunca me casé y viviendo así ¿no?, con una persona y viéndome con tantas carencias ¿no?, afectivas, económicas, culturales, no sé, era algo que no me gustaba y ver que... cuando yo era niña cómo era, entonces como que se reflejaba otra vez en mi vida de pareja ¿no?, y de hijos y era lo que me decía, tenías mucho coraje, de hecho por eso agredí a mis hijos ¿no?, mal, pero sentía en el fondo que... es que no tendría que estar viviendo esto, yo tendría que vivir otra cosa...”*, violencia que se sufre y que se practica, como la única forma para relacionarse con el cuerpo social.

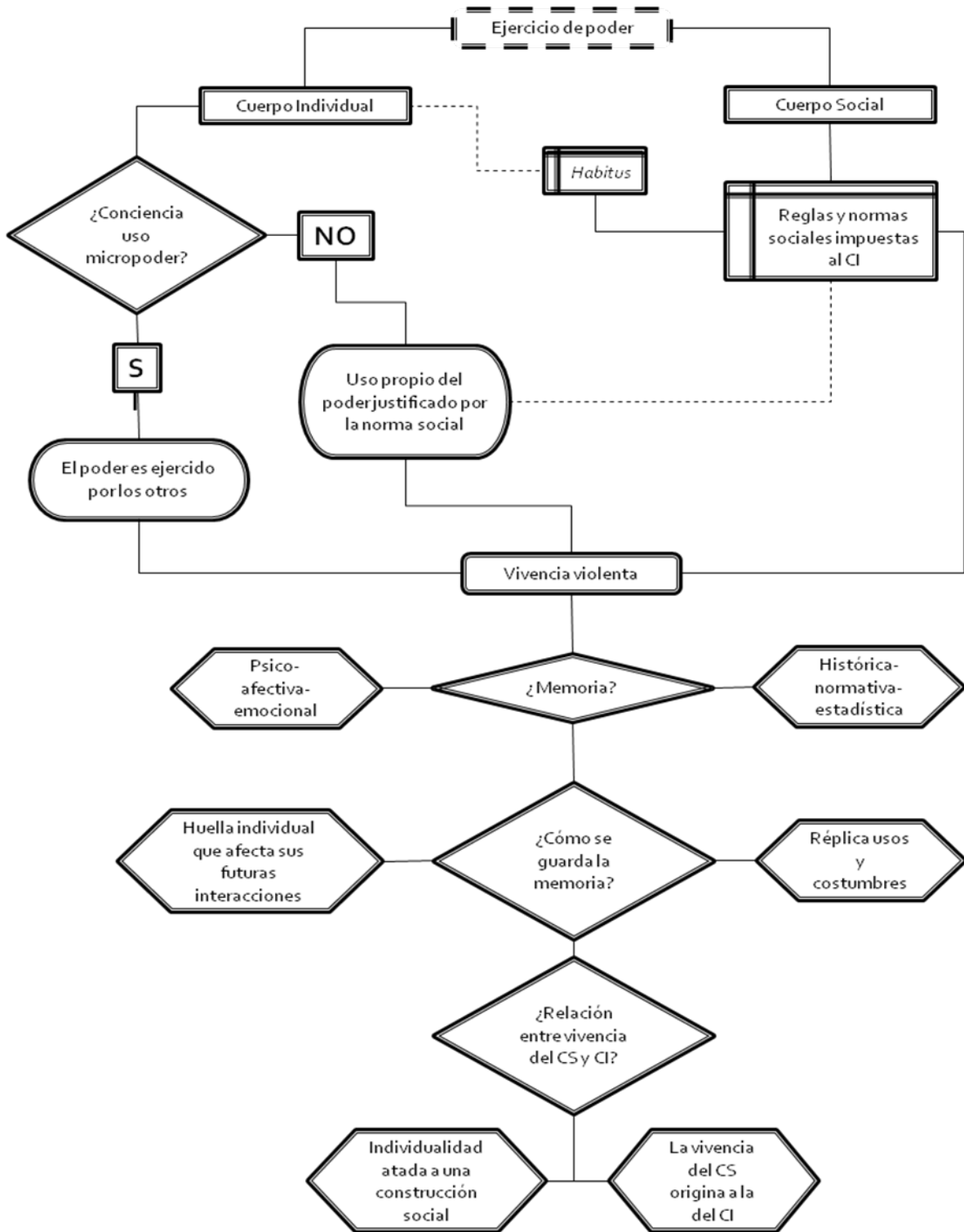
Las vivencias del cuerpo individual y social están íntimamente relacionadas en un vínculo indisoluble que ata al sujeto a toda una conformación previamente hecha

---

en lo social y que marca las pautas y normas que habrán de regular todo sentimiento, pensamiento y acción del individuo.

Del análisis de las entrevistas hechas con el Atlas-Ti V 4.1, se diseñó un modelo de comprensión, en el cual se sintetizan los hallazgos encontrados en este estudio y las respuestas a las preguntas de investigación.

El modelo y su explicación se adjuntan en las siguientes páginas.



**Modelo de comprensión de la fenoménica, Poder, Violencia, Cuerpo Individual y Cuerpo Social.**

En el modelo anterior se resumen a grandes rasgos los hallazgos derivados del proceso de investigación y las respuestas a las preguntas de investigación de este estudio.

Se trata de un modelo que integra todas las dimensiones esenciales que se desarrollaron en la investigación, es un esquema de comprensión que muestra en forma muy sintetizada como es la dinámica entre el Poder y la Violencia, en relación al Cuerpo Individual y al Cuerpo Social; así también, cómo es que surgen las interrelaciones de estos elementos, creando los vínculos por medio de los cuales están en constante comunicación.

En el primer nivel encontramos al Poder, porque éste preexiste a la Violencia y aunque está relacionado con el Cuerpo Social y el Cuerpo Individual, tiene otras lógicas y complejidades con respecto a ellos, que no fueron desarrolladas de forma extensa en este estudio. La noción de Poder fue integrada a la investigación, más como un complemento de la relación y diferencias que guardan el Poder y la Violencia; así como la forma en que éste se introyecta en los cuerpos individual y social y da origen al acto agresivo.

El segundo nivel del modelo corresponde precisamente a ese juego del poder en los cuerpos individual y social. El diagrama integra las nociones de reglas y normas con las que el cuerpo social se impone al individual, de igual forma, se incluye el concepto de "*habitus*" de Bordieu, ya que consideramos que dicho proceso de imposición comienza desde edades tan tempranas que el sujeto desconoce el origen arbitrario de las formas de *ver* y *pensar* al mundo. Este concepto de *habitus*, nos llevó a la fenoménica gestada dentro del cuerpo individual en relación al Poder, más específicamente al micropoder, en la cual encontramos que derivado de la habituación del individuo a los sistemas de dominio-sumisión integrados en la sociedad, es difícil para los sujetos tener una conciencia de las prácticas del poder cuando son ejercidas por ellos mismos, al igual que cuando abusa de ellas, puesto que están directamente relacionadas con los conceptos de normas y reglas, los cuales justifican y legitiman los actos de las personas. Pero cuando no es el propio sujeto quien utiliza el poder o abusa del mismo, sino otra persona, le resulta más fácil la toma conciencia, puesto que esto le implica, la mayoría de las ocasiones, situarse en el papel de víctima.

En el tercer nivel se pasa del uso al abuso de poder, y por tanto a la violencia, a partir de las preguntas de investigación se integra al modelo, primero la diferencia entre las memorias inscritas en el cuerpo social y el cuerpo individual a causa de la vivencia de la experiencia violenta.

---

Posteriormente en el cuarto nivel la forma, también distinta, en que ambas memorias son guardadas en ambos cuerpos.

Por último, en el quinto nivel, se proyecta la forma en que estas memorias interactúan y como quedan relacionadas con las vivencias de las experiencias violentas, tanto en el cuerpo individual como en el cuerpo social.

# CAPÍTULO VIII

## DISCUSIÓN

## CAPÍTULO VIII

### DISCUSIÓN

En la presente investigación se desarrolló la forma en que la vivencia de la experiencia violenta se imprime en la memoria del cuerpo individual y social, así como los efectos que ésta tiene en las posteriores interacciones del sujeto a lo largo de su vida cotidiana y su relación con las dinámicas del uso del poder.

Al realizar la teoría nos encontramos que las dinámicas del poder y de la violencia están tan íntimamente relacionadas que en ocasiones pudiesen llegar a confundirse o pensar que una implica necesariamente a la otra; sin embargo, creímos necesario para efectos propios de este proyecto hacer la diferenciación entre uno y otro.

El poder preexiste a la violencia, no es propiedad de nadie y reside en el cuerpo social; implica: una relación entre sujetos que se suponen “libres”, una dialógica y una articulación de fuerzas no siempre en equilibrio. Se entiende que la libertad es condición necesaria para el ejercicio de poder, puesto que este no sólo implica dominio sino también la posibilidad del otro de resistirse a él. A diferencia del poder, la violencia se origina porque existe un abuso de poder, sí bien la relación de fuerzas puede encontrarse desequilibrada en el poder, no tiene como objetivo la eliminación, negación o disminución del otro, el acto violento en cambio, se mueve en un lógica de sujeto – objeto, es decir, agresor – víctima, por lo que niega en el otro la posibilidad de libertad, resistencia o dialogo.

A partir de la dominación, Foucault hace evidente el poder, mediante el conjunto de aparatos, instituciones y reglamentos que ejercen múltiples formas de dominación en el interior de una sociedad. Se ubica en las relaciones recíprocas de los sujetos y en los múltiples sometimientos, sujeciones y obligaciones que tienen lugar y funcionan dentro del cuerpo social.

Nosotros encontramos que la omnipresencia del poder en el cuerpo social es la que dificulta que los sujetos tengan una conciencia de su propio micropoder, ya que en la realidad pareciera que éste es “propiedad” de las instituciones que lo conforman, cuando en realidad es una relación de fuerzas no necesariamente equilibradas, de ahí que sea más fácil para las personas identificar el poder que es ejercido sobre ellos y el placer que a éstos les produce, que reconocer su propio

ejercicio de poder, pues éste queda velado precisamente en todo el contexto social de normas y reglas que lo justifican, dada su jerarquía o posición social.

El poder necesita irremediabilmente del otro para legitimarse y asegurar su continuidad; en cambio la violencia es la negación misma del otro, reducido a objeto y sujetado una voluntad externa en la que no habrá opción de resistencia.

Sin embargo, existen otras concepciones de poder que no necesariamente implican “libertad”, por ejemplo, para Marcuse, referido por Guinsberg, la dominación de la Sociedad Industrial Avanzada radica en la capacidad del poder para perpetuarse y satisfacer los instintos “en un sistema de no libertad”, para lo cual crea “necesidades” no verdaderas... y en la eficiencia para “incrementar y difundir las comodidades, de convertir lo superfluo en necesidad y la destrucción en construcción...” (1997: 17). Sí bien nosotros consideramos que en efecto, se ha utilizado el poder para crear todo un mundo, tanto material como simbólico, que le asegura continuidad, tendríamos que detenernos a pensar primero si la sociedad a la que se refiere el autor, realmente se trata de una agrupación de sujetos “libres”. No hay que olvidar que una de las condiciones necesarias para el florecimiento de la industrialización y su posterior éxito fue precisamente la alienación de los individuos, por lo que se volvería imposible hablar de relaciones de poder, serían más bien de violencia, que habría instaurado su reino definitivo como forma primigenia de interacción social.

Sí la violencia se ha vuelto la forma principal de interacción de la sociedad y a su vez de los hombres, ¿cuál sería la forma de iniciar al cuerpo individual en esta dinámica? Es aquí donde el lenguaje juega un papel determinante en las sociedades; será a partir de él que la carne es vuelta en cuerpo y éste a su vez sujeto. Desde ese instante, comenzará la culturización del sujeto, se le dará un nombre, una identidad, un lugar dentro de la sociedad e inclusive un rol de género.

La palabra sirve para nombrar, dar existencia y comunicar, también funciona para señalar, estigmatizar, crear odios y representaciones de lo bueno, lo malo, lo deseado y lo inadmisibles; y por tanto, ser utilizada para fines violentos o generar violencia, ya sea ésta física o simbólica, puesto que “aparece como elemento constituyente del aparato psíquico bajo la forma del barrido, el corte o la castración; es la manera que asume la regulación de lo social, en que las normas se imponen e imperan; forma parte de la producción de la ley y el derecho que la transforman en legítima, en fuerza autorizada que se justifica y está justificada” (García, 2006: 116), creando la inscripción, huella o memoria en el cuerpo individual.



Así en la fenoménica de la violencia la huella o memoria es sumamente importante, existen variadas nociones de memoria, tanto colectiva como individual, que han sido abordadas desde diversas disciplinas y que han sido planteadas desde distintas dimensiones: histórica (individual, de grupo, colectiva), corporal, social (legado simbólico), espacial, etcétera.

Para explorar las memorias de la violencia en el cuerpo individual y social utilizamos el relato autobiográfico, y lo que encontramos es que el sujeto lo va construyendo a partir de su propia vivencia vinculada a dos dimensiones esenciales: 1) una huella propia psico-afectiva-emotiva y 2) el contexto social, que refiere los códigos y elementos simbólicos externos y comunes con el Otro, a los cuales está irremediamente atada su historia, con la diferencia de que éste tiene una memoria propia y discordante con la primera, ya que se integra como histórica-normativa-estadística.

A partir de la memoria ubicada en el cuerpo individual derivamos que es posible que ésta sirva como facilitador en la toma de conciencia del sujeto en relación al uso del poder o micropoder; sin embargo, dada la forma en que están constituidas las terapias actuales que trabajan con personas que han sufrido violencia, esta huella es más bien una limitante, porque desde el primer momento en que el sujeto acude a una de estas instituciones es recibido bajo el estigma de víctima y es enseñado a señalar los actos de poder de los otros, representados en el agresor.

Para que una toma de conciencia fuera posible, se debería dejar a un lado el estereotipo y trabajar específicamente en la dimensión del sujeto y su relación con el ejercicio del poder, tanto propio como del Otro. La violencia es responsabilidad de todos y cada uno de nosotros, y la toma de conciencia de las dinámicas del poder y su vínculo con los actos violentos, generaría en el sujeto esa noción que todo hombre y mujer debería observar en todas y cada una de sus relaciones sociales.

Por otra parte, la diferenciación de las memorias nos dejó ubicar un conflicto, que desde nuestro punto de vista, se traduce en una vivencia escindida del sujeto, puesto que la huella de la vivencia violenta referida como dolor, sufrimiento, resentimiento, odio, miedo, etcétera; es decir, un proceso totalmente subjetivo en cuanto intensidad y sensación, tiene que ser vinculado a un contexto social establecido que impone sesgos positivos y/o negativos a dicha emotividad. La mayor parte de las veces el sufrimiento del sujeto está precisamente atado a esa vivencia incongruente, lo que siente, lo que vive es muy distinto a lo que se dice en el exterior con respecto a la vida y la afectividad ligada a ella.

---

Este conflicto es abordado desde otra perspectiva en las investigaciones que se realizan en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, desde el enfoque de la Psicología Política, de hecho, César Roberto Avendaño lo plantea como un reto, ya que distingue que los ritmos espaciales y temporales de la memoria colectiva e individual son opuestos, debido al problema para distinguir “la denominada memoria histórica de los modos particulares de recordar, lo primero útil como arma política y social, lo segundo lucha cotidiana vinculada a las necesidades inmediatas (afectos, condiciones materiales de existencia, reelaboración cotidiana de redes de familiaridad y solidaridad)” (2010: 55).

El autor hace referencia de manera implícita a la diferencia que se derivó de esta investigación, mientras la memoria del cuerpo individual es psico-afectiva-emocional la del cuerpo social es histórica-normativa-estadística, en las cuales, al igual que nosotros, encuentra una oposición. Para abordar la memoria del cuerpo social, nos remitimos precisamente a los datos normativos, históricos y/o estadísticos de esa entidad conformada por las diversas instituciones que lo conforman, pero indagar la memoria del cuerpo individual de la misma forma es imposible, porque sólo los propios sujetos pueden dar cuenta de la huella, sólo en el relato autobiográfico encontramos la particularidades y los sentidos que las personas dan a la vivencia violenta.

Sin embargo, el problema no es sólo la divergencia de las memorias corporales, sino que éstas se inscriben en un marco de interacción, al mismo tiempo que la vivencia de la experiencia violenta imprime una “*huella*” en el sujeto, lo social se verá igualmente afectado, en primer lugar porque el individuo vive y se desarrolla en un contexto histórico y social, y en segundo lugar, porque no serán pocas las ocasiones en que la respuesta de la persona violentada no vaya en el mismo sentido, generando un proceso bidireccional de agresión. La “*huella*” almacenada en el cuerpo individual afectará en su totalidad las interacciones futuras que el sujeto establezca con el cuerpo social, todo vínculo posterior a la vivencia violenta estará permeado por ese recuerdo, “esas huellas quedan y hacen que la persona afronte las experiencias de una forma determinada” (Horno, 2009: 71).

En las entrevistas realizadas, el dolor y sufrimiento manifestados por los entrevistados al recordar la experiencia violenta era evidente, aún cuando la mayoría de ellos estaba recibiendo terapia, sus relatos daban cuenta del miedo, rabia, indignación, enojo, etcétera, que habían vivido, la desconfianza que aún sentían para establecer una relación, los problemas de comunicación que enfrentaban con sus familias, el sentimiento de soledad y desprotección para enfrentar su problemática, y, en algunos casos, la rabia e impotencia que vivieron

---

ante la indiferencia de las autoridades por su problemática causándoles un sentimiento de susceptibilidad, desprotección e inseguridad.

En psicología existe una corriente que ha desarrollado el concepto de “habilidades sociales”, referido a “un patrón de conducta específica en situaciones sociales concretas” (Olivares y Mendez, 2001: 339), con el que se pretende enseñar al individuo una *conducta asertiva* para que sea capaz de “expresar y defender de forma adecuada las propias opiniones, sentimientos, peticiones y derechos sobre todo en aquellas situaciones sociales en las que es probable que puedan oponerse uno o varios interlocutores” (2001: 343); sin embargo, esto me llevó a cuestionar si ¿existe forma *asertiva* de expresar los sentimientos?, ¿cómo expresar de forma *asertiva* el dolor?, si fuera el caso, no sería la del individuo sino la del Otro, algo o alguien externo que me dice la forma “correcta” en la que debo de expresarme, de comportarme, de relacionarme, lo propio del sujeto es silenciado y obligado sujetarse a los términos y condiciones que sean considerados correctos.

¿Es posible “enseñarle *asertivamente*” a un sujeto a sentir, comportarse o relacionarse, ignorando su afectividad y desdeñando el entorno social?, ¿no es esto por sí mismo violento? Como se mencionó anteriormente la huella impresa en el cuerpo individual afectará de manera significativa toda su vivencia futura, la forma de relacionarse con los demás y con su entorno social; sin embargo, para hacerlo no sólo hay que observar lo que esta “*mal*” en el sujeto, es imperativo relacionar siempre su vivencia individual a todo un contexto social y cuestionar a ambos, no sólo las personas deben ser “*asertivas*” a su entorno, éste último ¿no tendría que ser igualmente “*asertivo*” con el sujeto?

A su vez, dentro de la misma psicología encontramos otros enfoques que proponen precisamente integrar lo individual y lo colectivo del sujeto a las propuestas de prevención e intervención. Una de ellas es el “grupo RED”, centrada en la psicoterapia grupal que tiene por “objetivo fundamental hacer cuestionamientos de las instituciones y de los criterios de salud mental” (Bello, 2001: 56) y tiene sus bases teóricas en los analistas institucionales franceses, los artículos sociales de Freud y la psicología social de Pichon Rivière. Lo interesante de esta psicoterapia es que “habla de sostener y de interrelacionarse” (Bello, 2001: 58), se trata de una dinámica en la que es esencial trazar un puente entre lo que une al afuera y al adentro de la institución; por medio del psicodrama se insta al sujeto a trabajar sus átomos sociales jugando e intercambiando roles entre los mismos compañeros de terapia y con lo cual se supone que el sujeto será capaz de evaluar su propia autoimagen. Sin embargo, este tipo de grupos tienen todavía

algunas limitaciones y es que fueron diseñados porque los servicios que se ofrecen en este sentido, muchas veces son insuficientes y muy limitados, en sus propias palabras surgió más como “un paliativo y no como una solución” (Bello, 2001: 55).

Otro enfoque muy importante dentro de los trabajos que se han desarrollado en Psicología y que integran lo individual con lo colectivo, es el de Melanie Klein, teoría inacabada, construida y reconstruida por diversos autores. La teoría kleiniana “busca establecer lazos de comprensión y no determinaciones fuertes causalistas” (Galeano, 2001: 68), es decir, establecer los vínculos que hay entre el “mundo externo” y el “mundo interno”. A diferencia del psicoanálisis, del cual Klein cree se limita a los procesos psicodinámicos del individuo y que toma en cuenta los procesos históricos y sociales meramente “en la medida en que éstos arrojan una luz en la comprensión del fenómeno psíquico” (2001: 69), su teoría parte del reconocimiento de que el mundo externo existe y determina al mundo interno; sin embargo el verdadero objeto de estudio kleiniano va más allá del simple reconocimiento de ese fenómeno, para ella, este “factor ambiental tiene que ser evaluado desde un punto de vista interno, desde las propiedades y estructuras y desde la constelación de vivencias específicas del sujeto y nunca tan sólo por medio de juicios de valor externos” (2001: 69).

Estos dos últimos ejemplos de los esfuerzos que se han hecho desde la psicología por integrar ambos cuerpos, es decir, comprender los vínculos que hay entre el cuerpo individual y cuerpo social, son muy loables, ya que a la vez que incluyen una mayor complejidad, parten del hecho de que el sujeto está rodeado por un entorno social, y de que la relación que este tiene con él, así como con las personas con las que convive en el cotidiano forman parte de un mundo complejo, del cual, la violencia es parte como fenómeno cultural del mismo por lo que una explicación centrada sólo en lo individual se visualiza por demás insuficiente, ciega y con tintes claramente perversos.

Ahora bien, con relación al cuerpo social, integrado por los usos y costumbres de una sociedad, continuamente impone al sujeto patrones de comportamiento que sirven para garantizar una adecuada convivencia entre los sujetos que la integran; sin embargo, ésta función que podría considerarse ideal, en ocasiones es llevada a extremos verdaderamente nefastos y opresivos para las personas que quedan sujetas a estos dominios. El caso del género es uno de los más representativos de esto; el cuerpo, las emociones, la afectividad y la subjetividad de las mujeres ha padecido por mucho tiempo los efectos que la cultura le ha impuesto; sin siquiera preguntarle si estaba o no de acuerdo; su comportamiento ligado a virtudes

---

existentes sólo en el imaginario del cuerpo social, ha normado por siglos sus tareas, gustos, sensaciones y placeres.

Tanto en los hombres como las mujeres entrevistados se hace evidente la “*huella*” que dejan las diversas interacciones que sostiene el sujeto a lo largo de su vida cotidiana, pero es en la vivencia violenta, donde ésta es más marcada, ya que incluye todo un complejo de dimensiones subjetivas: psico-afectividad-emotiva. Al mismo tiempo que esa huella se imprime en el cuerpo individual se observa un fenómeno muy distintivo del cuerpo social y del que después se deriva la inconsistencia que vive el sujeto entre lo que siente y lo que debería de sentir o lo que se supone debería hacer, se trata de la forma en la que éste último se impone al primero, dándole sentido, justificaciones y salidas a la experiencia vivida, pero únicamente desde lo permitido o aceptado socialmente.

Si en el cuerpo individual la experiencia de la vivencia violenta se guarda en la “*huella*”, en el cuerpo social se guarda en la repetición y la insistencia en que el estado de las cosas permanezca igual, para ello se sirve de las costumbres, la educación, las figuras de autoridad, etcétera. Esto es lo grave de la violencia, la desintegración que existe entre ambas experiencias, si bien el cuerpo social debería asegurar la protección del cuerpo individual, en la mayoría de los casos lo hace sólo de forma eufemística, ya que siempre se considerará que es el individuo el que está haciendo las cosas mal o le está dando un sentido desproporcionado a sus emociones, obligándolo a aceptar, adaptar o sobrevivir a las situaciones o contextos que le sean impuestos, a encontrar en su interior lo que no funciona, a ser *asertivo, inteligente emocional, resiliente*, entre otras, se le educa para convertir sus supuestas “*debilidades*” en “*fortalezas*” a fin de que navegue en la misma corriente que impone el sistema.

Es interesante advertir que en la configuración del cuerpo individual y social confluyen factores comunes, sin embargo la forma es totalmente distinta, el segundo impone al primero formas, siendo esta interacción las más de las veces violenta en ambos sentidos, es decir, al mismo tiempo que el cuerpo individual es violentado, se violenta al cuerpo social.

Dicho proceso de violentación bidireccional es desarrollado por Guy Bajoit, en su concepción de la integración del cuerpo social en los tiempos actuales de las sociedades modernas y postmodernas, al que denomina como el “GRAN ISA: ¡el gran Individuo, Sujeto, Actor!” (Bajoit, 2009: 10), el cual al igual que sus antecesores (Dios, la Razón) como lo señala el autor, se trata “de un principio abstracto y último, producido por los humanos en la práctica de sus relaciones sociales proyectado fuera de las conciencias personales y, por lo tanto,

---

considerado como un <<Personaje mayúsculo>> destinado a dar sentido - orientación y significado- a la existencia y a las conductas de los individuos en todos los campos relacionales de su vida común” (2009: 11). El gran ISA se vuelve entonces, todas aquellas imposiciones sociales y culturales, las cuales, se convierten en exigencias muy concretas en cuanto a lo bello, lo verdadero, lo justo, lo legítimo, lo deseable del cuerpo individual.

Este gran ISA, sin embargo, va por la vida cargado de una falsa libertad hacia el cuerpo individual, con el lema “sé *tu mismo*”, les da a los cuerpos la ilusión de ser libres, cuando sus mandamientos en realidad, van impregnados de inflexibilidad, ya que nos presenta como derechos lo que en realidad son nuestros deberes.

De lo anterior, Bajoit deriva un modelo basado en tres esferas de la identidad, las cuales conforman a este cuerpo social: identidad deseada, identidad asignada e identidad comprometida, cada una de ellas entrelazadas entre sí, con sus propias zonas identitarias diferenciadas y unidas con las otras y un núcleo central. Dichas zonas están en permanente tensión debido a los mandamientos del Gran ISA, lo que ocasiona que el cuerpo individual esté en conflicto permanente, puesto que para *ser tu mismo*, debes introyectar el derecho – deber de autorrealización personal, el de elegir libremente, el del placer y el de seguridad.

El problema con estos mandamientos es que se visualizan en una inflación y una expansión de la identidad deseada por encima de las otras dos, es decir, “mientras sus abuelos eran movidos por el derecho a hacer su deber, ¡ellos lo son por el deber de hacer valer sus derechos!” (Bajoit, 2009: 20), lo que resulta en un *malestar identitario*.

Podemos observar la gran complejidad en la que se desarrollan las memorias de ambos cuerpos derivadas de la experiencia violenta, uno y otro se afectan en un continuo que pareciese no tener fin, de ahí que se proyecte en una imagen que diversos autores han denominado el espiral de la violencia. Es por ello que la solución en torno a la violencia no se puede limitar sólo a una de sus dimensiones, los trabajos y esfuerzos transdisciplinarios serán el camino más real para proponer soluciones futuras a un problema que día a día acrecienta no sólo un estado de malestar, sino de exclusión, marginación y odios.

Los investigadores y profesionales de la psicología franceses coinciden en que tomar en cuenta sólo la personalidad del sujeto violento, sus emociones y sentimientos es insuficiente, esta realidad clínica debe de tomar en cuenta necesariamente otros niveles como: el intrapsíquico, interpersonal, familiar, generacional, cultural y social, entre otros. El tratamiento de la violencia debería abarcar 3 mecanismos base: 1) causalidad lineal (la persona violenta es

---

responsable de sus actos y los reconoce como tal), 2) causalidad circular (sistema en el que se inscriben los códigos del ejercicio de la violencia), y 3) causalidad generacional (vínculo de la experiencia con conflictos generacionales anteriores).

Finalmente de lo que se trata es de desarrollar centros especializados en el tratamiento de la violencia pluridisciplinarios que abarquen diversas corrientes (psicoanalítica, aproximación sistémica, etnología, del comportamiento, etc.), pero sobre todo de ubicar un proyecto preciso que incluya diversas dimensiones: tipo de población con el que se va a trabajar, contexto situacional, objetivo de la intervención, estructura de intervención, etcétera.

## CONCLUSIONES

La violencia como problema de la sociedad implica una gran complejidad de factores, actores y dimensiones, razón por la cual existe una gran diversidad de publicaciones en torno a ella, con distintos enfoques y desde múltiples perspectivas tanto sociales como individuales. Esta problemática ha sido abordada por diversas disciplinas como la biología, antropología, ciencias políticas, economía, filosofía, sociología y por supuesto la psicología, sin ser éstas las únicas.

De hecho las ciencias sociales se han desarrollado más ampliamente a partir de la investigación que se ha hecho de esta problemática, que debido a su ubicuidad forma parte del cotidiano de las diversas culturas a nivel mundial. La psicología ha abordado el tema de la violencia desde diversas perspectivas, pero ha sido sobre todo el enfoque centrado en el sujeto, el que ha tenido mayor auge y en el que se han desarrollado el mayor número de explicaciones, investigaciones y terapias; sin embargo en los últimos años, la psicología social y otras corrientes afines han tratado de integrar un enfoque más holístico del problema, que incluya no sólo al sujeto sino también su entorno inmediato, historia y contexto cultural.

Esta investigación trata de responder y contribuir precisamente a una comprensión más holística del fenómeno de la violencia, abordado desde las memorias que ésta imprime en los cuerpos individual y social, sus relaciones y escisiones, así como la relación que tiene con las dinámicas del poder y sus posteriores impactos en la vida cotidiana de los individuos.

Distinguir la diferencia entre poder y violencia fue muy importante para el desarrollo de esta investigación, encontramos que el primero implica una complejidad muchos más amplia, así como una dialógica entre sujetos que se suponen “libres” y preexiste a la violencia; la cual, toma la forma de un abuso de poder y que tiene como característica esencial en que uno de los sujetos es reducido a objeto, es decir, excluye al otro, niega su existencia, lo suprime, lo anula. La violencia no acepta resistencias, no tiene por intención la negociación o darle comprender algo al otro, ya que simplemente su existencia es negada y convertida en objeto de agresión, exterminio, eliminación, nulidad, etcétera.

En los relatos autobiográficos de los sujetos nos encontramos que existe esta tendencia a confundir el poder con la violencia, de ahí que la conciencia del uso del poder presente una característica muy especial; al momento de ir contando su historia las personas van creando un discurso en torno a las dinámicas del poder,

---



resultándoles muy fácil distinguirlas cuando ellos se ubican en el papel de víctimas, es decir, cuando el poder fue ejercido sobre ellos, cuando es el otro quien lo usa; sin embargo, es muy distinto cuando son ellos mismos los hacen uso de él, ya que no existe una conciencia como tal, puesto que tienden a anteponer una justificación a sus actos, emergida precisamente de todas aquellas normas, usos y/o costumbres ubicadas y legitimadas por el cuerpo social, razón también por la cual, no es externado explícitamente el placer de su ejercicio en los relatos, aunque de manera implícita es bastante obvio.

Pero, exista una conciencia o no como tal, lo que se hace evidente es la forma en que se imprime en los cuerpos la experiencia de la vivencia violenta y su posterior conformación en la memoria del sujeto y de la sociedad, no hay un acto violento del que no quede una *huella*, que afectará posteriormente todo acto, sensación y pensamiento individual con respecto a sus relaciones presentes y futuras con las diversas dimensiones del cuerpo social. Toda relación afectiva, laboral, educativa, institucional, social y cultural estará permeada por la memoria que la vivencia violenta dejó en el cuerpo individual, la vida cotidiana en lo sucesivo no será igual, para bien o para mal la *huella* impresa afectará de formas muy particulares a cada individuo y estará vinculada a una especificidad propia ya sea histórica, social, cultural, familiar y afectiva.

Encontramos que la memoria impresa en el cuerpo individual derivada de la experiencia de la vivencia violenta es distinta a la que se imprime en el cuerpo social. En el primero la *huella* corresponde a una memoria psico-afectiva-emotiva, con sus propias particularidades en cuanto a intensidad y subjetividad, por su parte, la memoria del cuerpo social es histórica-normativa-estadística e impone a la primera, las características propias de un contexto social donde se desarrolla la vida cotidiana de los seres humanos.

Esta diferencia de las memorias de los cuerpos es la que ocasiona un proceso de violentación bidireccional, que se muestra en la discordancia entre la realidad subjetiva del sujeto y el “*real*” social. El cuerpo social se impone al individual, insufla en el deseos, normas, reglas, códigos y estructuras que el sujeto introyecta como propios, este proceso se ejecuta por medio de las relaciones sociales a las que está sujeto el individuo, siempre dentro una jerarquía que supone dominio-sometimiento, una dualidad en las que las figuras de autoridad juegan un papel esencial, es así como funcionan los roles: padres-hijos, jefe-empleado, maestro-alumno, Estado-ciudadano.

El principal problema que deriva de estas relaciones o interacciones entre los sujetos, es que como están dadas en una forma de dominio-sumisión, sirven

---

perfectamente para justificar, invisibilizar o legitimar el uso de la violencia. Es precisamente en la cultura donde este fenómeno encuentra su mejor guarida, puesto que se ubica en las prácticas, usos y costumbres del cotidiano, por lo que se vuelve muy complicado encontrar una posible solución, puesto que se encuentran introyectadas tanto en el simbólico, como en la práctica cotidiana y subjetividad de los individuos.

Sin embargo, como mencionamos anteriormente, aunque en el contexto social la violencia encuentre abrigo, irremediablemente imprimirá una memoria en ambos cuerpos, *huella* que estará sujeta a las características propias de la violencia: temporalidad, contexto social, territorio e historia de cada sociedad en particular.

Cada diseño de intervención en torno al problema de la violencia deberá tomar en cuenta la especificidades propias contexto social e historia del lugar donde se desarrolla la problemática, así como las características individuales de los sujetos, es decir, su propia historia familiar, subjetividades y desarrollo de sus vínculos afectivos.

Del desarrollo de la investigación se concluye que la mejor forma de abordar el problema de la violencia es un enfoque transdisciplinario, que trate a abarcar el conjunto de visiones y puntos de vista en torno a la violencia, pero que a su vez, éste sea limitado al contexto social de la comunidad, población o fenomenológica para la que se pretende diseñar un plan de intervención. De no hacerlo nos veríamos en el riesgo de caer, en más de lo mismo, en proponer soluciones para atenuar los síntomas más no el problema de fondo, no sólo se trata de ayudar al paciente a *sanar* las heridas que la experiencia violenta le dejó y a construir en él mecanismos de defensa, sino también de propiciar desde nuestra profesión mejores relaciones basadas en la no violencia, así como la comprensión del fenómeno de la violencia como un problema social desprendido de la cultura y no sólo como una problemática de roles entre víctimas y victimarios.

Apostar por la toma de conciencia en el individuo, es decir, su propia participación, contribución y acciones en torno a la violencia tendría que ser preferible, puesto que sólo desde la ubicación del sujeto como parte del problema y no sólo como víctima, es posible construir, reconstruir y deconstruir los fantasmas que radican tanto en su subjetividad, como aquellos que se derivan del orden social en el que se encuentra inmerso; no olvidemos que el cuerpo individual no existe en tanto no forme parte del cuerpo social, así como de las complejidades que lo integran, y que son parte de la propia complejidad individualizada de cada ser humano.

Los psicólogos nos encontramos ante el gran reto de repensar desde nuestro propio campo de conocimientos el fenómeno de la violencia y desarrollar una

---

comprensión que integre el universo holístico de esta problemática, de forma tal que nos permita diseñar intervenciones más amplias y precisas para cada caso particular del cuerpo individual, pero sin nunca olvidar el vínculo indestructible que éste tiene con el cuerpo social.

Por último, quisiera agregar que siempre el camino de la no violencia será preferible al de la violencia, por lo que desde nuestra particularidad profesional se vuelve deber, al igual que a los sujetos, ubicarnos dentro del problema, tomar conciencia de nuestra propia participación y contribución. Mantener una crítica constante de nuestro papel, tanto como profesionistas como de sujetos, como parte integral que somos de una sociedad se vuelve obligado sino queremos contribuir desde nuestra profesión al exacerbamiento del fenómeno de la violencia, después de todo no debemos olvidar que ni el conocimiento, ni los saberes, ni las sociedad y mucho menos los sujetos son fijos, el todo se mantiene en constante movimiento y transformación, y que el todo siempre afecta al todo de manera irremediable.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Plata, B. y Tapia, Campos, M.L (2006). *La Violencia nuestra de cada día*. México: Plaza y Valdés.
- Alvarado, García, V. M. (2009, junio). *Ser cuerpo encarnación y (sentido de) existencia*. [En línea]. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala. Recuperado el 07 de junio de 2010 de <http://www.iztacala.unam.mx/carreras/psicologia/psiclin/principal.html>.
- Alvarado, García, V. M. (2010, mayo). *Política y política de vida, la lucha por el placer, una lucha por el poder*. [En línea]. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala. Recuperado el 07 de junio de 2010 de <http://www.iztacala.unam.mx/carreras/psicologia/psiclin/principal.html>.
- Avendaño, Amador, R. C. (2010, mayo). *Memoria colectiva y memoria personal: Apuntes para pensar en una psicología política*. [En línea]. México. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala. Recuperado el 07 de junio de 2010 de <http://www.iztacala.unam.mx/carreras/psicologia/psiclin/principal.html>.
- Bajoit, G. (2009). La tiranía del "GRAN ISA". *Revista Cultura y Representaciones Sociales*, 1, 9-24.
- Banchs, M. (1982). Las representaciones sociales: sugerencias sobre una alternativa teórica y un rol posible para los psicólogos sociales en Latinoamérica. *Aportes críticos a la Psicología social en Latinoamérica*, 183-217.
- Baz, M. (2000). *Metáforas del Cuerpo: Un estudio sobre la mujer y la danza*, México: UNAM Programa Universitario de Estudios de Género.
- Bello, M. (2001, abril). El grupo RED, puente entre el dolor y la esperanza. *Subjetividad y Cultura*, 55-62.
- Bifani-Richard, P. (2004). *Violencia, individuo y espacio vital*. México: Universidad de la Ciudad de México.
- Blair, Trujillo, E. (2009, 17 de julio). *Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición*. [En línea]. México: Universidad Autónoma
-

- Metropolitana. Recuperado el 28 de mayo de 2010 de [http://148.206.107.10/biblioteca\\_digital/estadistica.php?id\\_host=6&tipo=ARTICULO&id=6293&archivo=8-423-6293yyn.pdf&titulo=Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición](http://148.206.107.10/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=ARTICULO&id=6293&archivo=8-423-6293yyn.pdf&titulo=Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición).
- Camus, Albert (2010). *El extranjero, Calígula, El mito de Sísifo: Albert Camus 1913-1960*. Madrid: Alianza.
- Castro, Rocío (2001, febrero). Calle, infancia y adolescencia en Salvador de Bahía. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 97-107.
- Clastres, Pierre (2004). *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Compendio de Psicología: Wilhelm Wundt. Referencia electrónica. [En línea]. México, D.F. Recuperado el 05 de abril de 2010, de <http://escuelaspsi.awardspace.com/libros/Wundt.pdf>.
- Crettiez, Xavier (2009). *Las formas de la violencia*. Argentina: Waldhuter.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1985). *El anti-edipo: capitalismo y esquizofrenia*, España: Paidós.
- Durkheim, E. (1895). *Las reglas del método sociológico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Engels, F. (1969). *El papel de trabajo en la transformación del mono en hombre. En Marx y Engels Obras escogidas*, Moscú: Progreso.
- Engels, F. (1970). *El origen de la propiedad privada, la familia y el Estado*, Moscú: Progreso.
- Foucault, M. (1992). *Genealogía del poder: Microfísica del poder*, España: La Piqueta.
- Freud, S. (2007). *El malestar de la cultura*. México: Folio.
- Galeano, Massera, J. (1997, mayo). Melanie Klein: Fundamentos, teoría y técnica. *Subjetividad y Cultura*, 68-82.
- García, Acuña, Y. (2010, mayo). *Psicología política y procesos de construcción de memoria colectiva*. [En línea]. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala. Recuperado el 07 de junio de 2010 de <http://www.iztacala.unam.mx/carreras/psicologia/psiclin/principal.html>.
-

- García, Canal, M. I. (2006). *Poder, violencia y palabra*. [En línea]. México: Universidad Nacional Autónoma Metropolitana Xochimilco. Recuperado el 07 de mayo de 2010 de [http://148.206.107.10/biblioteca\\_digital/estadistica.php?id\\_host=5&tipo=ARTICULO&id=857&archivo=6-64-857jpy.pdf&titulo=Poder, violencia y palabra](http://148.206.107.10/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=5&tipo=ARTICULO&id=857&archivo=6-64-857jpy.pdf&titulo=Poder, violencia y palabra).
- Guinsberg, E. (1997, mayo). Psicoanálisis, cultura y poder. *Subjetividad y Cultura*, 7-22.
- Guinsberg, E. (2000, abril). Lo *light*, lo domesticado y lo bizantino e nuestro mundo *Psi*. *Subjetividad y Cultura*, 7-28.
- Guinsberg, E., Matraj, M. y Campuzano M (2001, abril). Subjetividad y control social: Un tema central de hoy y siempre. *Subjetividad y Cultura*, 7-26.
- Hobbes, T (2001). *Léviatan*, Francia: Sirey.
- Horno, P. (2009). *Amor y violencia: La dimensión afectiva del maltrato*, España: Desclée de Brouwer.
- Jodelet, Denise (1984). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. *En Serge Moscovici (compilador). Psicología Social II*, España: Paidós.
- Lagarde, y de los Ríos, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ley de acceso de las mujeres a una vida libre de violencia del Distrito Federal* (2008, 29 de enero). Leyes de México. En gaceta oficial No. 263. [En línea]. Recuperado el 29 de mayo de 2010 de <http://www.asambleadf.gob.mx/is52/010803000083.pdf>.
- Linares, J. (2006). *Las formas del abuso: La violencia física y psíquica en la familia y fuera de ella*. México: Paidós.
- Madanes, C. (1993). *Sexo, amor y violencia: Estrategias de transformación*. España: Paidós.
- Martín, L. (2009, 05 de mayo). *Memorias de la transición: la sociedad ante sí misma, 1983-1985*. [En línea]. México: Universidad Autónoma Metropolitana. Recuperado el 03 de julio de 2010, de [http://148.206.107.10/biblioteca\\_digital/estadistica.php?id\\_host=6&tipo=ARTICULO&id=5801&archivo=8-385-5801qaz.pdf&titulo=Memorias de la transición:la sociedad argentina ante sí misma, 1983-1985](http://148.206.107.10/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=ARTICULO&id=5801&archivo=8-385-5801qaz.pdf&titulo=Memorias de la transición:la sociedad argentina ante sí misma, 1983-1985).
-

- Marx, C. (2009). *La jornada de trabajo: El capital*. México: Editores Mexicanos Unidos.
- Moreno, K. (2007). *Violencia familiar y adicciones "recomendaciones preventivas"*. México: Instituto Politécnico Nacional.
- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*, Argentina: Huemul.
- Oehmichen, C. Violencia en las relaciones interétnicas y racismo en la ciudad de México. *Revista Cultura y Representaciones Sociales*. [En línea]. México D.F. Recuperado el 05 junio de 2010 de <http://www.culturayrs.org.mx/revista/num2/Oehmichen.pdf>.
- Olivares, Rodríguez J. y Méndez, Carrillo, F. X. (2001). *Técnicas de modificación de conducta*. España: Biblioteca Nueva.
- Pérez-Taylor, R. (2005). *Las Expresiones del Poder: IV Coloquio Paul Kirchhoff*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Reeve, J. (1994). *Motivación y Emoción*. España: Mc.Graw-Hill.
- Pichón-Rivière, E. (2007). *El proceso grupal: Del psicoanálisis a la psicología social 1*. Argentina: Nueva Visión.
- Rousseau, Jean, J. (2000). *Obras Selectas*. España: EDIMAT.
- Sánchez, Vázquez, A. (1998). *El mundo de la violencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Schindel, E. (2009, 12 de mayo). *Inscribir el pasado en el presente*. [En línea]. México: Universidad Autónoma Metropolitana. Recuperado el 26 de junio de 2010, de [http://148.206.107.10/biblioteca\\_digital/estadistica.php?id\\_host=6&tipo=ARTICULO&id=5804&archivo=8-385-5804gwo.pdf&titulo=Inscribir el pasado en el presente: memoria y espacio urbano](http://148.206.107.10/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=ARTICULO&id=5804&archivo=8-385-5804gwo.pdf&titulo=Inscribir el pasado en el presente: memoria y espacio urbano).
- Touati, A. (1994). *Violences: Penser, Agir, Transformer*. Francia: Éditions Hommes & Perspectives.
- Universidad Autónoma Metropolitana. *Algunas reflexiones sobre la violencia*. [En línea]. México: Araujo, Paullada, G. y Fernández Rivas L. Recuperado el 05 de junio de 2010, de [http://148.206.107.10/biblioteca\\_digital/estadistica.php?id\\_host=6&tipo=CA](http://148.206.107.10/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=CA)
-

PÍTULO&id=1143&archivo=34-1143hbz.pdf&titulo=Algunas reflexiones sobre la violencia.

Universidad Autónoma Metropolitana. *Violencia y educación (de cómo nos fuimos quedando sin palabras*. [En línea]. México: Carrizosa, S. y Gómez M.. Recuperado el 10 de junio de 2010, de [http://148.206.107.10/biblioteca\\_digital/estadistica.php?id\\_host=6&tipo=CA](http://148.206.107.10/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=CA) PÍTULO&id1948&archivo=62-1948itx.pdf&titulo=Violencia y educación.

Universidad Autónoma Metropolitana. *Violencia y vida cotidiana: El caso de Paulina R.* [En línea]. México: Delahanty, G. Recuperado el 23 de julio de 2010, de [http://148.206.107.10/biblioteca\\_digital/estadistica.php?id\\_host=6&tipo=CA](http://148.206.107.10/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=CA) PÍTULO&id=1992&archivo=66-1992wme.pdf&titulo=Violencia y vida cotidiana: el caso Paulina R.